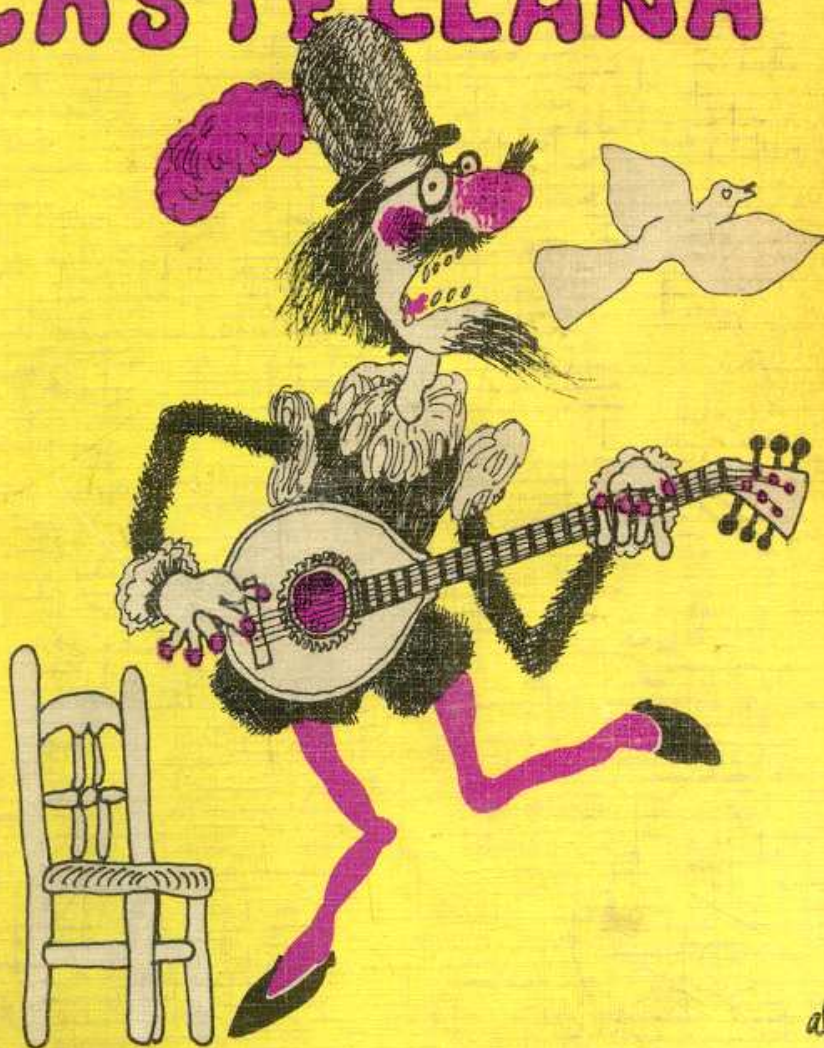


JORGE LLOPIS

LAS MIL PEORES
POESÍAS DE LA LENGUA
CASTELLANA



abeleuda

BIBLIOTECA UNIVERSAL PLANETA
Serie LA NARIZ / Director: ÁLVARO DE LAIGLESIA





Las mil peores poesías de la lengua castellana

Con nociones de gramática histórica,
rudimentos de retórica y poética y un falso
florilegio de poetas laureados.

**POR EL BACHILLER
DON JORGE LLOPIS**

Dirección literaria: Álvaro de Laiglesia

© Jorge Llopis 1973

Editorial Planeta S.A., Calvet, 51-53, Barcelona (España)

Cubierta: Abelenda

Depósito legal: B. 21551-1973

ISBN: 84-320-6358-4

Printed in Spain/Impreso en España

«Duplex S.A.» Ciudad de la Asunción, 26-D, Barcelona

PROLOGO

ESTE MANUAL fue publicado en su versión primitiva el año 1957. La finalidad de este libro de texto apócrifo fue -y sigue siendo- la crítica donosa y el suavito cachondeo de las reglas y normas que aprietan de lo lindo a los poetas, apretón que se llama preceptiva literaria. Desde su primera edición han transcurrido quince años y ese lapso de tiempo, implacable, ha envejecido y gastado lo que fue lozano y pimpante. y aún hay más: esa erosión temporal ha afectado, no sólo al libro, sino a su autor, que de esbelto y guapito que era, se ha trocado en pachucho y fondón. Así es la vida.

Varias veces tuve oportunidad de volver a publicar este volumen, y siempre me negué a ello porque comprendía que necesitaba con urgencia una meticulosa revisión. Despacito, sin prisas, fui alargando, puliendo, retocando, sustituyendo, aclarando, como dicen que hacía don Diego Velázquez - salvando las distancias- con sus cuadros. y tanto he reformado y corregido, que el libro de hoy no tiene apenas nada que ver con aquel esbozo que, con prisas y carrerillas, tuve que escribir antaño para cumplir un compromiso contraído con una famosa editorial.

Pero cuando iba a emprender la reforma y revisión del texto pensé que, puesto que el tiempo inexorable había atacado al libro ya su autor, tenía por fuerza que haber hecho lo propio con lo que rodeaba a ambos: España. Y, en efecto, así era. La situación literaria nacional no es la misma que hace quince años; sobre todo en lo tocante a la poesía.

Los preceptos y reglas que durante tantos siglos rigieron, ya no se observan, como algo agobiante y molesto. ¡Qué bien! Resultaba, pues, que mi libro había tenido algo de sibilino y premonitorio, puesto que lo que fue motivo de burla se había

desechado. Pero, ¡mucho ojo!, si para ser arquitecto bastasen las cuatro reglas de cálculo y un poquito de geometría,, ¿cuántos arquitectos habría en el mundo? La supresión de las reglas que yo caricaturizo en este libro, ha dado acceso en parnasillos, tribunas y conventículos, a una masa impresionante de poetas -cualquiera lo es hoy- porque esas reglas ya no existen. Y, mal que nos pese, eran una especie de cartelito que decía: «Reservado el derecho de admisión en la Literatura.» Esta caótica situación me ha impulsado, casi a la fuerza, a tomar una posición media, de equilibrio. En los forros y entretelas del corazón me duele esta postura mesocrática, porque quisiera estar con los que van delante. Pero he llegado a la penosa conclusión de que, si ajustarse a las inflexibles reglas de la poesía tradicional da como resultado -no siempre- partos trasnochados y parnasianos, ignorar esas normas, saltárselas alegremente a la garrocha, es permitir que cualquier majagranzas, cualquier cipote, aficionadillo de tres al cuarto, con más osadía que talento, nos quiera hacer tragar a fortiori erotismos de fin de curso y primitivismos de cafetería.

Dentro de su estilo, dentro de su aparente coña literaria, este libro es sincero, a veces, descarnadamente sincero. A la española, vamos. Podré estar equivocado o no en lo que digo burla burlando, pero no digo nada que no sienta. Al que le pique, que se rasque.

Me consta que mucha gente se escandalizará cuando se penetre de las razones que aduzco para dar mazazos iconoclastas contra los pedestales de escayola gratuita de muchos conspicuos inmortales. No me importa que se atufen, porque sé que todos los que claman y se desgañitan hoy, dirán otra cosa dentro de diez años. y muchos de ellos, hoy como mañana, harán suyo la que escuchen decir a alguien que les inspire confianza. Los que defienden a bocados una postura -la que sea- y más intransigentes se muestran, son casi siempre los que hablan por boca de ganso, los que caminan -borregos del arte- delante de un pastor, los que no tienen ideas propias y necesitan que alguien se las dicte.

El arte, que es invento del hombre, tiene modas. y lo que parecía deleznable y espantoso, la generación siguiente lo encuentra importantísimo. Recuerden ustedes que Hamlet - que hoy nos parece fuera de discusión- a Moratín le daba cien patadas en la boca del estómago. ¿Por qué no me las van a dar a mí Unamuno, pongo por caso, o Azorín?

Una advertencia final y entramos en materia: en este libro no hay mil poesías, sino muchísimas menos. Las que faltan para completar las mil horrorosas que promete el título, las pueden encontrar ustedes en los libros, en los muchos libros que se publicaron, se publican y se van a publicar.

Ya está.

DEDICATORIA

A mi hermana Isabel, que tanto se ha divertido con este empecatado manual.

LENGUA CASTELLANA

Lengua castellana es esa especie de ronquido que los españoles utilizan los lunes para discutir de fútbol. La lengua castellana sirve también para decir otras muchas cosas, pero menos importantes.

Sirve, por ejemplo, para expresar un pensamiento cualquiera, verbigracia: «La conjunción de los bloques de masas y el abigarramiento cromático, unido a una valoración intrínseca e individualista, tiende a un puntillismo de nostalgias que se remontan acaso a los albores del primitivismo menos ortodoxo. Los bloques yuxtapuestos y la alineación temática...» Pero párrafos Como el precedente sólo se los dejan decir a don José Camón Aznar .

Existe también un castellano especial para economistas y políticos, porque de vez en cuando se leen por ahí cosas como ésta: «En los fundamentos de todo sistema hay, no como premisa, sino como colofón, un inciso coyuntural que retrotrae y frena el caos inflacionista, consecuencia y paradigma de una mal entendida centralización, cuya idoneidad se sincronizaría acaso con una fase empresarial que se apoyase en unas estructuras flexibles que tenderían al fin ya la postre a la sistematización de lo orgánico.»

Me permito suponer -no he buceado lo suficiente en este terreno- que lo mismo que existe en literatura un barroquismo, un culteranismo, en política tenemos un grupo de prohombres gongorinos, que hablan para una minoría que los entiende. y esa minoría selecta y preparada, es el público que sigue de cerca los gorjeos de tales canarios estatales. Al resto del país, que lo zurzan.

CARACTERÍSTICAS DE LA LENGUA CASTELLANA

Tiene nuestra lengua unas condiciones especiales de sonoridad, reciedumbre y armonía. Es el castellano idioma riquísimo, repleto de términos variados. Tan rico y eufónico es, que hasta las canciones modernas, ramplonas y contestatarias, tópicas y vulgares, parecen una maravilla cuando las pía cualquier boquirrubio microfónico. Esto da una idea clara de lo hermoso y sufrido que es nuestro idioma.

El castellano es un idioma ideal para hablar claro, para decir lo que uno siente, para cantarle las cuarenta al lucero del alba. Pero esto por desgracia es difícil de comprobar, porque los españoles pocas, muy pocas veces han tenido la oportunidad de expresar claramente sus pensamientos. Desde los más pretéritos tiempos llevan nuestros paisanos sobre la boca una mordaza -pañuelo de fina batista o de hierbas, según el español sea de la ciudad o del campo- que no les permite explayarse a gusto.

Esa veda, esa prohibición de hablar no se refiere más que a ciertos temas. Quizá por eso, cuando el español habla, lo hace en voz alta, a gritos; acaso para desquitarse de las restricciones que le impone esa bufanda de fibra más o menos homologada que refrena sus impulsos.

La literatura hispana, esa maravillosa literatura nuestra, es casi siempre una literatura de rodeo, de circunloquio, que en pocas ocasiones aborda los problemas candentes de manera frontal y decisiva. Tiene que estar desmoronándose el Imperio -castillos en el aire- para que se escuche la voz carrasperosa y descarada de Quevedo, recitando con amargura aquello tan tristemente hermoso de

Miré los muros de la patria mía...

Han de llegar los franceses e invadido todo sin la menor contemplación, para que se escuchen -un poco retrasados- aquellos candentes y ripiosos versos que todos ustedes conocen:

Oigo, patria, tu aflicción. ..

La cultura penetra en España con el cuentagotas sostenido unas veces por Aranda y otras por Floridablanca, propulsores de aquel famoso «despotismo ilustrado», cuya divisa era «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo»; sistema éste que parece blando y suavito comparado con otros que con más o menos frecuencia han sido instaurados en la península, y cuyo lema podría ser «Todo para nosotros y al pueblo que le den morcilla».

La generación del 98 levanta la liebre, y despotrica y censura, amparada acaso por el valor y la razón que daban la pérdida de las últimas escurriduras de nuestro imperio colonial. Los españoles, extremosos, incapaces de observar el ten con ten necesario en todos los actos de la vida, se vuelcan, a partir del Desastre, en el pesimismo más negro; y desde ese punto de vista lo ahúman y lo ennegrecen todo. y pecan ahora de agoreros y gafes, como antes habían pecado de ingenuos y patrioterros, poniendo por las nubes una cosa que se había ido ya a hacer puñetas.

HABLAR POR HABLAR

Como decía antes, el español habla su idioma en voz alta. Hay quien asegura que los españoles vociferan por culpa de su temperamento exaltado, de la sangrecita torera que circula por sus sistemas arterial y venoso. Pero hay quien opina que si el español habla a gritos, lo hace para que le escuchen los otros, porque se da la curiosa circunstancia de que el que habla en España cree siempre que lo que dice es más importante y mollar que lo que dicen los demás.

Por eso ha sido ésta tierra de grandes oradores, tanto sagrados como profanos, hombres que subían al púlpito o a la tribuna, y desde allí vociferaban, desbarraban a placer, seguros de la importancia de lo que estaban transmitiendo a los demás gracias al vehículo de la sabrosa, eufónica y repajolera lengua castellana.

En tiempos pasados, los españoles acudían a la iglesia o al Congreso de los diputados a escuchar a aquellas lumbreras de la oratoria, a aquellos faros majestuosos y dogmáticos, que

echaban a volar sus cláusulas barrocas y floripondiosas como tenores en noches de gala. y el público, que no se había enterado de nada, aplaudía con frenesí después de una cavatina -a veces coreada por la oposición- de Cánovas, de Ríos Rosas o de don Emilio Castelar, el Tamberlick de la política, dueño de todos los registros apasionados, tanto heroicos y vibrantes como lamentosos y plañideros.

España, nación que ha preferido siempre la forma y ha descuidado el fondo, ha ensalzado y elevado a personajes que en otras latitudes no hubieran pasado de ser valores discretos. Una de las alabanzas que más se ha prodigado en esta tierra ha sido la que aludía a la palabra fácil, a la verborrea. y cuando se citaban las cualidades y méritos de un ciudadano, todos hemos escuchado: «¡Fulano habla tan bien...!» Nadie ha loado la intención oculta, el tema, el cogollito de la cuestión, la profundidad de conceptos, sino la palabra en sí, o mejor dicho, el torrente de palabras que ha fluido de aquella boquita ampulosa, cola de caballo de ese Monasterio de Piedra que ha sido siempre la oratoria hispana.

Al orador eximio se le ha llamado siempre pico de oro, prueba evidéntísima de que todos los oradores hispanos, de un bando o del contrario, han sido siempre cotorras.

NORMAS AL USO PARA EL EMPLEO DEL IDIOMA

Desde su edad más tierna, el niño español -irico mío!- es adiestrado concienzudamente por sus progenitores, los cuales, a fuerza de desvelos, llegan a conseguir que el niño en cuestión se exprese a gritos. En las casas, por las calles, en los lugares públicos, en los espectáculos, las repulsivas gargantitas de los niños españoles -iangelitos de mis carnes!- vociferan a todas horas con ese despotismo -esta vez no muy ilustrado- de los cortos y asquerosos años. y por ahí los vemos, vociferando, comentando a gritos, pidiendo con imperio las cosas más heterogéneas, siempre bajo la mirada vigilante y amorosa de sus padres, que también son de aúpa.

Cuando un niño cualquiera emite y pronuncia la lengua nacional a tono normal, los amigos de los padres les

comunican que aquel niño es raro, que posiblemente esté enfermo, que es un introvertido o que les ha salido de la acera de enfrente.

Una de las causas de que en España se hable a tono brillante ha sido y es -ahora menos, afortunadamente- la radio. Puesta a todo meter en los hogares españoles, obligó a sus ocupantes a hablar a gritos para hacerse entender de los demás. y tanto se aplicaron algunos ciudadanos que lograron, a fuerza de tesón y de voluntad encomiables, oscurecer con sus voces intempestivas la de don José Luis Pécker.

La TV continuó la labor de preparación comenzada por la radio; arrastrando al ciudadano medio hasta situaciones límite. Porque tener un televisor es como poseer un cinematógrafo propio. Y, claro, cuando en la película que proyecta ese día el canal hay músicas estentóreas y gritos de la protagonista protestando contra las pésimas costumbres sociales del lejano oeste, las voces de los habitantes de la casa han de elevarse notablemente si quieren que se les entienda.

La TVE ha perjudicado de una manera perversa, pero paulatina, a los españoles. Veamos cómo:

A) porque les ha enseñado a hablar a gritos, según hemos indicado más arriba;

B) porque está llenando el idioma de desconcertantes y repelentes barbarismos;

C) porque como las películas y algunas «series» que se proyectan son malas, cuando los ciudadanos ibéricos van al cine, se conforman con cualquier cosa;

CH) porque, acostumbrados a comentar el programa que están contemplando a domicilio, cuando van a un espectáculo público, la fuerza de la costumbre les impele a seguir comentando en voz alta, sin el menor miramiento ni el menor respeto para el resto de los espectadores.

Producidas seguramente por ese desgañitamiento de la población civil, una de las enfermedades que más estragos causa en la península es las anginas. Por fortuna hoy se curan con bastante rapidez y eficacia. Las anginas españolas jamás son malignas, y mucho menos infecciosas. Proviene casi

siempre de un gerundio, de un modo adverbial o de un adjetivo posesivo que al ser pronunciados, como de costumbre, a gritos, han rozado la garganta del paciente. Hay médicos especializados que en vez de curar estas irritaciones faríngeas con una medicación clásica, en lugar de utilizar el cauterio o el bisturí para cortar por lo sano, emplean el Espasa, que absorbe en seguida el vocablo enquistado. Y cuando la irritación es general y toda la garganta del interesado es una pura llaga, el facultativo receta al paciente la lectura reposada de las obras completas de santa Teresa, con lo cual el enfermo se cura en pocos días, horrorizado de tener que tragarse las lucubraciones de la famosa y aburridísima Doctora.

Pero si el hombre, como hemos apuntado, habla empleando tonos ensordecedores de pregonero, la mujer española vocifera muchísimo más. Hay excepciones, claro. Pocas, pero las hay.

Posiblemente, la mujer hispana desbarra así, a voz en cuello -ebúrneo y alabastrino, si quieren, pero a voz en cuello-, para afirmar y subrayar esa prerrogativa medieval que todavía subsiste en España y convierte a la mujer en algo intangible, y la eleva y la sublimiza -dulía laica- como objeto de veneración. Las mujeres españolas llevan dentro a doña Blanca de Navarra. y conste que esto no quiere decir que doña Blanca de Navarra hablase a gritos, sino que las mujeres españolas se consideran seres especiales dignos de toda clase de miramientos, de cortesías y de respetos. Lisístratas de la Meseta, venden caro su sexo.

No sé por qué, pero me imagino a las grandes protagonistas de la novelística nacional como unas tremendas despotricadoras. Así tuvieron que ser Pepita Jiménez, riñendo con sus criadas, y la Regenta, y Fortunata. Lo único que cambia es el paisaje que estas señoras tenían detrás.

Y esto es grave, porque España es un país esencialmente femenino. Todo ese machismo, esa hombría casi profesional del contribuyente español, es pólvora en salvas, cohete de verbena. En España mandan y han mandado siempre las

mujeres. Los autores teatrales cucos escriben comedias para la mujer, porque cuando ésta, que siempre tiene una amiga que la aconseja, dice que la comedia es buena, el éxito del autor está asegurado. En España triunfa todo aquello que le gusta a la mujer. Por eso casi siempre hemos tenido un régimen de derechas, porque las mujeres han cogido aparte a sus cónyuges y les han dicho: «No te metas en nada, Manolo, que los demagogos y republicanotes quieren siempre armar cisco, y aquí lo que nos conviene es el orden.»

El elevado concepto que de sí misma tiene la mujer, parece que se va esfumando. Las nuevas generaciones son más normales. Y bajo la apariencia desenfadada y casi masculina de la chica de hoy, encuentro más respeto por el sexo opuesto, más deseo de integrarse a la sociedad. Se diga lo que se diga, desde que la mujer española ha soltado el abanico -su cetro de flamencona en activo- se ha humanizado, ha bajado de su pedestal de ídolo y con desparpajo y valentía está haciendo oposiciones a unos derechos que sólo se consiguen olvidando privilegios arcaicos, en los que no entraba la inteligencia, sino el mero hecho de estar buena.

Más respetuosas y educadas son las chicas jóvenes que las respetables y fondonas matronas iberas. En una barra de cafetería, recibí no hace mucho -sin intención de hacerlo, claro- un bolsazo de una señora que, acompañada de otra, se estaba regalando. Me volví, sorprendido por el golpe. Las dos damas -con perdón-salieron del local haciendo comentarios de este tipo: «¡Fíjate, se ha vuelto! ¡Qué delicado!» Es decir, que la cortesía, según estas señoras bastante brutas, es algo que ellas reciben, pero no dan.

Y no; la educación y la cortesía son recíprocas, de ciudadano a ciudadano, sin distinción de clases ni de sexos. Me pondré muy contento el día que vea que todas las mujeres que ocupan las butacas de un teatro se levantan, como en Francia, para que pueda pasar otra señora o un caballero. Algunas ya dan las gracias cuando uno se molesta y les sostiene la puerta para que pasen, pero lo de las butacas de un teatro o cine todavía no lo han comprendido nuestras salerosas y morenas compatriotas.

Claro, y con unas mujeres que son así, ¿cómo va uno a decirles que hablar fuerte es una ordinariez ? Ellas hablan como les da la gana porque para eso son mujeres españolas, tiranas de los hogares y gobernadoras domésticas, cargo que están ejerciendo desde que don Amílcar Barca asomó la jeta por estas tierras.

DESVENTAJAS DE HABLAR TAN FUERTE

Hablar a voces es molestísimo, tanto para el que discursa como para el que escucha. Aparte de crear a este último un peregrino complejo de sordo, los españoles tendrían que moderarse y hablar con menos brillantez, por varias razones, a saber:

1ª Por lo mal que se pronuncia el castellano.

Los españoles tienen a gala su pésima pronunciación del idioma y se recrean y esponjan haciéndole jugarretas allenguaje, consiguiendo con esto que se adultere cada vez más.

Creo que todo el mundo conoce el chistecillo o cuento de aquel niño que decía a su padre:

-Papá, quiero pan e higos.

-Niño, eres tonto e idiota -respondía el padre.

De este chascarrillo semántico se saca la dolorosa conclusión de que el empleo correcto de la conjunción copulativa e está considerado en nuestra patria como una repipiez o un engolamiento reventativo de niño zangolotino.

2ª Por haber enviado al destierro a varias consonantes dignísimas.

En las comedias de fin de siglo, cuando intervenían personajes costumbristas, no precisamente de costumbres y hábitos ejemplares, tales como golfos, timadores y gente del bronce, los autores *les hacían hablar su propio idioma*, posiblemente con la intención educativa de que el público corrigiese sus defectos, si los tenía.

Los propios hermanos Álvarez Quintero ponían entre comillas las palabras que pronunciaban mal sus personajes - no me refiero a los andaluces-, y así veíamos todas las palabras que llevaban una *ll*, tales como *caye*, *cabayero*, etc.

En la actualidad pocos son los españoles que pronuncian con corrección la *ll*. Ya no vale la pena subrayarla.

Lo mismo sucedía con la *b* y la *v*, que tienen diferente pronunciación, de lo contrario no existirían palabras como *subversión*, *obvio*, etc.

Hasta hace muy poco, la *x* era pronunciada correctamente. Desde mi niñez he seguido paso a paso la transformación de esta letra en *s*. La primera vez que lo pude observar fue allá por el año 1935, cuando una criada de casa dijo que «allí se respiraba mucho *osígeno*». Hoy casi todo el mundo pronuncia la *x* como *s*. Hasta en TV, que tendría que ser academia del bien hablar. ¡Hasta en el teatro, donde, por su tradición, la palabra tendría que ser de oro! Claro que de esto tienen la culpa los directores -papel preponderante hoy en día-, que deberían corregir la deficiente pronunciación de los actores en lugar de poner tantos focos, tanto vestuario, tanto decorado giratorio que, las más de las veces, es marco y encuadre de una obra dicha, sin ofender, con el culo.

Sería curioso interrogar a los directores teatrales y cinematográficos y registrar magnetofónicamente sus respuestas, para ver cómo hablan los que tienen que corregir a sus respectivos elencos. Quizá nos llevaríamos todos divertidos chascos.

Como resulta que los que hablan mal son más que los que procuran pronunciar con corrección el idioma, los borricos nos avasallan e imponen su criterio. ¡La rebelión de las masas! , que dijo don José.

La Academia de la Lengua, que está casi siempre tocando el violón u otro instrumento de arco, acepta con júbilo la supresión de la *p* en las palabras de origen griego *psíquico*, *psicología*, *psiquiatra*, etc., cuando la *p* líquida, que hay que pronunciar con un saltito precioso, era lo más hermoso de la palabra, lo que le daba un carácter helénico, culto y

humanista. Claro que el ochenta por ciento de los académicos han pasado ya de los setenta años, y tales decisiones se deben considerar naturalmente como lo que son: chocheces.

3ª Por adulteración y retorcimiento de palabras. Hable usted, señor mío, con un español cualquiera; luego con otro; más tarde con otro más. y así. Observará usted, caballero de mi consideración, que, al intentar el diálogo -eso que se dice ahora que hay que empezar y yo no veo que sea cierto-; al intentar el diálogo -repito- con todos esos compatriotas suyos, observará usted, caballero del alto plumero, que sus interlocutores le van a hablar de lo siguiente:

- A) de fútbol;
- B) de mujeres;
- C) del Gobierno (esto último, bajito).

Pero hable usted de lo que hable, que al fin y al cabo el tema es lo de menos, los españoles consultados le dirán, casi todos ellos, las siguientes y erróneas palabras y locuciones:

Pasé desapercibido, por *pasé* inadvertido.

Bajo mi concepto, por *en mi concepto*.

Fulano estaba delante mío, por *delante de mi*.

Mengano está detrás mía (ifemenino y todo!), por *detrás de mí*.

Y, naturalmente, todos o casi todos los señores consultados dirán mal la palabra castellana más castigada, más vapuleada por extrañas metátesis populares: *croqueta*.

Usted escuchará de labios de sus interlocutores, señor mío:

cocreta

crocreta

cocleta

y clocleta, postrer alarde pirotécnico de la errónea pronunciación hispana.

El pueblo de Madrid, incluidas la morena y la rubia, que es el que peor habla de toda España, dice -doy fe de ello- todo lo que reseño a continuación: metaplasmos que erizan el vello al menos purista de los puristas:

Metátesis, como *piscología*, por *psicología*.

Prótesis: arradio, por radio; amoto, por moto.
Epéntesis: alcarchofas, por alcachofas.
Paragoges: ves a la tienda, por ve a la tienda.
Ayer vinistes, por ayer viniste.
Oyes, Manolo, dime... por oye, Manolo, dime.
Síncopas: inaguración, por inauguración; víctima, por víctima.
Idiotismos a porrillo:
Mondarinas, por mandarinas. Estillas, por astillas.
Comisería, por comisaría. y no cito más, porque el libro daría asco.

GRAMÁTICA

¿Qué es gramática? , se preguntarán ustedes con más razón que un santo. ¿En qué consiste la gramática?, volverán a preguntarse, volverán a inquirir y volverán las oscuras golondrinas.

No se inquieten ustedes, que para eso el presente manual es de divulgación, y espero que, con un poquito de suerte, divulgaré todo lo divulgable desde sus hermosas e impolutas páginas.

Gramática es la manera de hablar bien nuestro idioma y de escribir con corrección lo que se tercié.

Ahora bien, gramática, lo que se dice gramática hay muy pocas personas que la sepan como es debido. Es privilegio de unos pocos caballeros -casi todos ellos proveyos y asmáticos- que se sientan en unos sillones, tantos como letras mayúsculas y algunas minúsculas tiene el alfabeto, en un edificio que se llama Real Academia Española. A veces estos señores, víctimas de una artritis o de un ataque de asma, tienen que guardar cama, dogmáticos y valetudinarios. Durante esos días el idioma sufre un colapso, una pausa depresiva. El Presidente, para reanimarlo, tiene que inyectarle trozos de la Agudeza y arte de ingenio, de don Baltasar Gracián, y del Quijote. Restablecidos los eruditos enfermos, y con ellos el idioma, la docta corporación se reúne en pleno y declara que las obras completas de don Manuel José Quintana son estupendas. Con la conciencia limpia después de tal aserto, los académicos se retiran a sus respectivos domicilios.

Como, por mucho que me esfuerce en suavizarla, la gramática española es difícilísima y contribuiría a hacer el libro insoportable, voy a dar por sentado que todos ustedes la conocen, aunque no sea más que de oídas, y voy a pasar a otra materia con un suspiro de satisfacción, ya que yo tampoco sé ni torta de gramática.

¿De acuerdo? Ea, pues de acuerdo.

ORÍGENES DE NUESTRA LENGUA

Es axiomático y evidente que un idioma no nace de repente. Ni siquiera en unos años. Generalmente un idioma nace de una lengua anterior, a la que se denomina lengua madre. Del padre no se ha hablado nunca.

Para expresarlo con más claridad, un idioma moderno es la lengua madre, pero después de sufrir un proceso lento de degeneración, de retorcimiento, de viciosa decadencia.

Más claro todavía: lingüísticamente hablando, lo que llamamos lengua castellana es una porquería.

La lengua madre del idioma castellano es el latín, circunstancia que me parece detestable por dos causas:

1ª por lo repajoleramente difícil que es;

2ª por los líos que causaba antaño al que hablaba tal idioma, porque jamás sabía si la frase estaba o no construida en acusativo.

El latín ha sido uno de los grandes fracasos de la Humanidad. Inventado por eruditos -los llamados latinistas-, fue utilizado en la Antigüedad para desesperación de los hombres de entonces. Creadas las lenguas hijas, hubo siempre un grupo de gentes raras que se empeñó en conservar el latín, nada más que con la intención de que fuera una de las asignaturas del bachillerato. Es decir, para jorobar a los estudiantes. Afortunadamente, el latín está hoy tan desacreditado que ni siquiera lo utiliza el clero posconciliar .

Pero antes que naciese el latín, muchos millones de años antes, los hombres primitivos no hablaban, no sabían decir ni mu, porque mu lo decían entonces los toros, muchísimo más avanzados que el hombre de aquellas épocas.

Las gentes prehistóricas, en su vegetar neanderthalesco, necesitaban un medio de comunicación; algo, en fin, parecido a lo que tenían las zorras, los jilgueros y demás animales.

Con un atisbo de perspicacia, con un destello de luz en sus pupilas bestiales, el hombre primitivo advirtió:

A) que se diferenciaba del mono;

- B) que esa diferencia entre el mono y él no era tan notoria como para echar las campanas al vuelo;
- C) que aunque hubiese querido echar las campanas al vuelo, el hombre primitivo se hubiera tenido que fastidiar, porque las campanas -y, por lo tanto, las iglesias- no se habían inventado. Sólo existía un muchachito con una bandeja, que desfilaba entre los hombres sentados por allí;
- CH) que necesitaba con urgencia un medio de comunicación eficaz para decirle a uno de sus congéneres lo mal que le caía un tercero.

Entonces fue cuando el hombre de las cavernas se dispuso a inventar un idioma. Primeramente encargó de ello al mono, que era más sabio y tenía más experiencia. Pero el mono estaba siempre esperando que pasaran unos niños y le echaran cacahuetes, y no se tomó el encargo en serio. Aparte de esto, dio a entender al hombre que, sin idioma ni nada que se le pareciese, había subsistido muchos siglos tan ricamente. Ya aquellas alturas no iba a complicarse la vida por una cuestión fonética y gramatical que ni le iba ni le venía.

Molestos, escocidos, los hombres se distanciaron de los monos. Aquella sociedad rudimentaria quedó, pues, escindida, incómodamente escindida de esta manera:

A un lado los monos, que, por su espíritu tradicional y su falta de iniciativas y adelantos, fueron las derechas.

Al otro lado los hombres, que formaron las izquierdas, soñadores y utópicos.

Por primera vez en la Historia -o Prehistoria- se iniciaba sobre la península Ibérica una lucha sorda, enconada, fratricida. La tensión fue creciendo paulatinamente entre las dos facciones, que se miraban de soslayo, que se escarnecían y se vituperaban con gestos, ya que no con palabras. y por fin llegaron a las manos.

Ganaron, naturalmente, los monos. El hombre, en la clandestinidad, se dispuso a crear aquel medio de comunicación que tanta falta le hacía. y lo inventó sin la colaboración del mono.

En realidad, el hombre primitivo se limitó a observar lo que hacían todas las cosas que lo rodeaban. Los animales rugían, el viento ululaba, las aves emitían su canto, que cambiaba según se refiriese al amor o a la rica bananita que está en lo alto. La primera imitación del hombre fue la del arrullo y canto de las aves, por eso la primera palabra que inventó el hombre fue pipí.

Entusiasmado con su sensacional descubrimiento, el hombre primitivo imitó a la fuente, ya la tormenta, y al mar. Y al oso, la lechuza, el mosquito y tantos otros vertebrados e invertebrados como pululan sobre el planeta.

Pero las palabras no bastaban para hacerse entender, dado el escaso número de ellas que se había inventado. Entonces, el hombre de Cromañón se auxilió con gestos y carantoñas, tan expresivos o más que las palabras. Esta costumbre dura en nuestros días; no tienen ustedes más que darse una vuelta por las calles y observar a la gente: ésta cuenta un suceso cualquiera de una forma tan expresiva, que no se oye: se ve.

Otra de las pruebas de este expresivismo exagerado se puede observar en el cine nacional: los actores cómicos, por los que no ha pasado, por lo visto, el tiempo, gesticulan lo mismo que el hombre cavernícola. Claro que los guiones que interpretan tales actores eran conocidos también en aquellos remotos y bestiales tiempos; así que váyase lo uno por lo otro.

El inventor del idioma primitivo tropezó con graves inconvenientes en la España de entonces: nadie mostraba el menor interés en aprender aquella lengua recién creada, porque lo que la gente quería era aprender inglés. También esta costumbre ha perdurado hasta nuestros días, en los cuales hay una academia de idiomas en cada esquina. De castellano no las hay, y es una lástima, porque no les vendría mal a esos que quieren aprender lenguas extranjeras, conocer un poquito la nuestra.

A medida que le fueron necesarias, el hombre neolítico inventó nuevas palabras que fueron enriqueciendo aquel idioma todavía en mantillas.

He aquí algunos ejemplos de palabras y vocablos primitivos:

Tata, mico, filfa, patata, nene, moqueta, camama, tocateja, motete, capicúa, telele, chabola, rorro, pelele, cuco, Lola, coco y caca.

La aportación de palabras nuevas, de remotos neologismos, se repartió por igual entre los dos sexos, que entonces ya existían, es decir, el masculino y el femenino. Entonces no se había estrenado todavía Oh, Calcutta y se ignoraban ciertas cosas que la civilización y el progreso, en su afán de hacernos la vida agradable, inventarían.

Hay, pues, palabras masculinas y palabras femeninas. Las primeras fueron creadas por el hombre para designar objetos, circunstancias y pensamientos viriles.

Palabras inventadas por el hombre:

Tertulia, siesta, Pepe, árbitro, café, copa, puro, tongo, itu padre! y itía buena!

Sucedía a veces que se creaba una palabra y ésta no tenía aplicación, porque el objeto que designaba todavía no se había descubierto. Tales fueron los vocablos café, copa y puro. Pero aquellos seres sencillos y sin problemas, a falta de aquellas cosas se conformaban paladeando una borragínea, un tallo de bambú o un conglomerado silíceo.

La mujer aportó su granito de arena al vocabulario primitivo inventando algunos términos utilísimos e importantes, tales como son:

Abanico, Maruja, guateque, pieles, testarudez, ¿Cuándo nos casamos, Paco? ¡A ésa la visten sus enemigos! , ¡He visto unas rebajas ideales, chica! y ¡Ya me lo decía mi pobre madre...!

Hay que tener en cuenta que todo esto no surgió de sopetón, sino paulatinamente, con cierto orden, despacito, como debe ser. De lo contrario, aquellos cerebros de arpillera y piedra pómez hubieran experimentado una sacudida, colapso espantoso del que posiblemente no se hubiera recuperado todavía la Humanidad.

La civilización estaba en marcha; prueba de ello es que el hombre cuaternario, consciente de su misión divulgadora,

abandonaba la grosera clava, la agresiva y repugnante porra, y construía primorosas hachas de sílex, que blandía para cargarse a todo el que se le ponía por delante. La porra aquella, que el hombre había abandonado, no se perdió para siempre en la noche de los tiempos. La recogieron sobre la Meseta los que estaban dispuestos a gobernar a todos los demás. y con ella nos están dando en el occipucio desde el Neolítico y hasta nuestros simpáticos y coyunturales días.

Entre hachazo y porrazo, las locuciones que inventaban los hombres antiguos no eran palabras cultas. Que nadie se haga ilusiones al respecto, porque las facultades creadoras de aquellos seres eran muy limitaditas. Ningún ciudadano de la Edad de Piedra salió de pronto diciendo:

Ambidextro, fastigio, criptógama, cimborrio, cacodilato, afasia, metempsicosis, piróscafo, paralelepipedo, etc.

El léxico de aquellos señores era muy escueto. Apenas si contaban con un par de cientos de palabras. Bien es verdad que en la actualidad hay escritores que utilizan los mismos términos que usaron nuestros remotos antepasados. y puede que un escritor de tanto lustre como Baroja no poseyera un vocabulario mucho más rico.

Lo peor que pudo suceder entonces fue que los españoles empezaron a mostrar ciertas inclinaciones, costumbres, usos y acentos al pronunciar el idioma patrio, que los fueron distanciando. Los unos empezaron a llamarse oretanos; los otros, carpetanos. y así todos. y como los había con acento gallego, dijeron: « ¿ y si nos instalásemos en Galicia ? » y allá se fueron. y lo mismo sucedió con los que pronunciaban comiéndose los finales de las palabras, que se instalaron en Andalucía y allí siguen, tan resalados y graciosos.

Y la cosa no terminó ahí. Una vez en las distintas regiones, los españoles primitivos se acantonaron en pueblos, que hicieron suyos, y veneraron. y no nombraron patrona a la Virgen de la Cinta o de las Angustias, porque todavía no se estilaba, pero sí decían ya que aquel pueblo era lo mejor del mundo. De entonces data el curioso patriotismo de los españoles, que tienen amor por su patria, pero por quien están

dispuestos a partirse el pecho es por el pueblo en que han nacido, más importante para ellos que la totalidad del país. Y, sobre todo comparado con el pueblo vecino -al que odian-, el suyo es lo más grande de la Creación.

A veces he tenido ocasión de conocer algunos pueblos de España. Cierta vez visité Herencia (Ciudad Real), en la cual los nativos estaban orgullosísimos de sus festejos. y recitaban el siguiente dístico:

Pa carnavales Venecia, y después, Herencia.

Hipérbole local disculpable si se tiene en cuenta el amor desenfrenado y heroico que los españoles sienten por la patria chica.

En tiempos antiguos ya era España famosa por su clima. No sabemos si era ya entonces diferente, pero nos consta que naves de todo el Mediterráneo recalaban por aquí, no siempre con fines turísticos. Pero los españoles, ya entonces hacían buenas migas con todo lo que oliera a exótico, con cualquier cosa que procediera de más allá de sus fronteras. Por aquí, pues, desfilaron los griegos, que se instalaron tan ricamente en la Costa Brava. y los fenicios, que eran una especie de viajantes catalanes de entonces, que, lo que querían era enseñar a su presunta clientela el muestrario (ya entonces decían, como ahora, *mostruario*).

La hegemonía de don Amílcar y otros componentes de la prosapiosa familia Barca, hizo que esto se animara un poquito. Se fundaron ciudades y pueblos y, naturalmente, los extraños introdujeron vocablos en la lengua primitiva de los españoles.

Los cartagineses dejaron a su paso por la península pocas palabras, y las que dejaron aquí, se las volvieron a llevar. Total: tablas.

Los fenicios, en cambio, enriquecieron nuestro vocabulario con nuevas palabras que muy pronto se hicieron de uso general y se utilizaron una atrocidad.

Ejemplos de palabras fenicias:

Escandallo, remesa, detall, muestra, giro, pagaré, modelo, libranza, plazos, letra, protesto, notario.

Ningún pueblo de los muchos que pasaron por España influyó tanto como los romanos. Hay que tener en cuenta que estos señores se quedaron en la península bastante tiempo, y, claro, su influjo sobre las costumbres nuestras llegó a ser decisivo.

Hablemos, pues, si ustedes no tienen inconveniente, de

LOS ROMANOS CAPRICIOSOS

A veces, no se sabe por qué, nos imaginamos una cosa de una manera especial, la vulgarizamos, la incluimos en el saco roto de los tópicos. Esto ha sucedido con los romanos, a los que todos nos figuramos como unos señores envueltos en toallas de baño, coronados triunfalmente de laurel y acanto, y empuñando el plectro. Bueno, lo del plectro he de confesar que es cosa mía, porque hay quien cree que el plectro es el ferrocarril aéreo de Chicago, caso de que en la citada localidad haya un ferrocarril con las características apuntadas.

Los romanos que conocemos son los que figuran en las estatuas, y tuvieron que ponerse lo que el escultor les dijo, porque ya se sabe cómo son los artistas. Es lo mismo que si dentro de setecientos años la gente supusiera que las señoras de los financieros y gente gorda son tal y como aparecen en los lienzos de los pintores especializados en esta clase de modelos, es decir, delgadas, estilizadas, elegantísimas, irguiendo con una especie de estupor de buen tono el egregio busto. Se equivocarían de todas todas, porque las señoras aludidas suelen ser gordas, encorsetadas y cotorronas.

A los romanos se les ocurrieron, no cabe duda, cosas felices y elegantes, algunas de las cuales han perdurado hasta nuestros días: acueductos, estatuas, circos y teatros. Cosas duraderas y sólidas, porque los romanos eran un pueblo práctico.

Lo que oscurecía y eclipsaba tan laudables iniciativas era el idioma, que, naturalmente, los nativos de todos los sitios que conquistaban encontraban difícilísimo. Pero los oriundos del Lacio, erre que erre, se empeñaban en que había que aprender

tan espantoso idioma *a fortiori*. y como en España entraron *manu militari*, nos obligaron *velis nolis* y *ab initio* a hablar en latín, situación que *ab ovo* los nativos consideramos de *motu proprio* como *ex abrupto* item puñetas.

Los españoles de entonces, que como los de ahora no tenían grandes aptitudes para los idiomas, porque, como hemos visto, no pueden con el suyo propio, se armaban unos líos tremendos cada vez que tenían que habérselas con los conquistadores. y para hacerse entender, hablaban su lengua a gritos, costumbre que hoy se practica igualmente cuando un extranjero cualquiera interroga a un aborigen: en vez de tratar de ser claro en su explicación, el español le habla a gritos, como si por gritar el forastero se fuese a enterar antes de dónde cae la calle de Augusto Figueroa.

Se desarrollaban a la sazón escenas bastante peregrinas. Decía un romano al entrar en cualquier sitio:

-¡Ave! Y, claro, los españoles, que en el fondo han sido siempre algo desconfiados, pensaban:

-Ya está este tío pidiendo una gallina. En vista de aquel lamentable estado de cosas, los romanos optaron por enseñar el latín a los nativos. y se dedicaron a ello con ahínco y tesón. Según las estadísticas de la época, en las tres provincias en que fue dividido el territorio español se obtuvieron los siguientes resultados :

En la Lusitania aprendió el idioma un 60,5 por ciento de la población civil.

En la Bética sólo lo aprendió un 30,8 por ciento, y los que lo aprendieron conservaban, como hasta hoy mismo, su retrechero acento andaluz.

En la Tarraconense aprendió el latín solamente un 10 por ciento, porque en el NE español se hablaba ya entonces el catalán, que posiblemente se inventó para que los de aquella región no tuviesen que hablar lo que se hablaba -fuera lo que fuese- en el resto del país.

He aquí algunas palabras latinas que han llegado hasta nosotros sin sufrir alteración ninguna:

Álbum, filípica, catilinaria, vademécum, memorándum, nómina, pepitoria, soflamen, cerumen, tándem, musulamen, Sofía Loren.

Aquella situación no podía prolongarse mucho tiempo. Los romanos, abusones, se aprovechaban de su inmejorable posición de conquistadores; se permitían ser decadentes, entregándose sin el menor pudor a toda clase de placeres prohibidos. Los bárbaros del Norte, escandalizados de tanta inverecundia, penetraron con violencia, arrasando a su paso foros, termas, estanques, piscinas, teatros, etc. Fue la primera vez que en España, con mano dura, se barrían tantas cosas inútiles e inmorales y se cuidaba con atención la salud moral del ciudadano y su preparación para el ingreso en la vida eterna. Desde aquel momento siempre ha habido en España alguien dispuesto a salvar nuestras almas, a limpiar nuestros espíritus, a tapar a las mujeres incitantes, a podar nuestra literatura. ¡Dios premie a estas buenas gentes los desvelos que se han tomado por nosotros, pobres descarriados!

LOS BÁRBAROS DEL NORTE

Para una persona que no esté versada en Historia, los bárbaros del Norte son unos agresivos y mostrencos gamberros acabados de llegar de Bilbao. Craso y lamentable error, ¡cáspita! El Norte era, en aquellos tiempos, un sitio que estaba situado muchísimo más lejos que Bilbao. Los bárbaros procedían de aquellos países fríos, cinturón boscoso que rodeaba entonces los dominios de Roma como una especie de telón de acero antiguo. y esta especie de corsé se fue estrechando cada vez más en torno a las caderas ampulosas de la gran metrópoli, que como señora fondona se asfixió dentro de aquellas ballenas.

En puridad, la invasión de aquellos pueblos montaraces y fornidos se había ido haciendo poco a poco. Los bárbaros, durante muchos años, se fueron colando dentro del territorio de Roma. y los romanos los acogían con benevolencia, porque bárbaros y bárbaras les resolvían siempre las arduas cuestiones del servicio doméstico.

Pero Roma era un bocado exquisito, incluso para gustos tan poco refinados como los de aquellos animales de bellotas; Roma era un señuelo y un hito, un luminar majestuoso que tenía que tentar a la fuerza, deslumbrándola, la palurda mente de los bárbaros. y el susodicho luminar, que estaba podridito por dentro como una pera, se desmoronó con estrépito apenas las huestes extranjeras dieron el primer empujón gordo.

No sabían los invasores, hombres bestiales pero puros, El mal negocio que hicieron al invadir el Imperio de Occidente, porque al mismo tiempo que asimilaron la cultura romana, se empaparon hasta la médula de las no muy recomendables costumbres de los vencidos, de sus refinamientos y depravaciones, que, como todos los refinamientos y depravaciones de todos los tiempos, estaban muy ricos.

A España llegaron algunas de aquellas hordas y, sin contemplaciones ni historias, se establecieron en todo el territorio español. Pero ya hemos dicho -y si no lo hemos dicho lo vamos a decir ahora mismito- que, en un caso de invasión, la influencia es recíproca entre vencedores y vencidos. Los recién llegados enriquecieron el castellano con nuevos términos, alguno de los cuales ha llegado intacto y limpio de polvo y paja a nuestros días.

Veamos unos cuantos ejemplos de palabras que nos legaron los aguerridos y furibundos conquistadores:

Los alanos nos dejaron la palabra *perro*, que, como puede apreciarse, carece de la raíz latina correspondiente, como el francés *chien* y el italiano *cane*. Luego tomaríamos también la palabra latina y diríamos *can*, pero nos gustará siempre más decir *perro*. Ya los perros también les gusta más que se les llame *perro*.

Los suevos, a su paso por estas tierras, inventaron el vocablo *fritos*, porque no me negarán ustedes que hay algo exótico y extraño en un plato de *suevos fritos*.

Llegaron los vándalos, sanguinarios y despiadados, y no aportaron vocablo alguno a nuestra lengua, porque los vándalos no hablaban: mordían.

Los burgundios no acabaron jamás de llegar, porque perdieron el enlace en Venta de Baños, y así no se puede ir a ningún sitio, ¡qué caramba!

Por fin llegaron los godos. y tras ellos, los visi. Las dos tribus se fusionaron; y como advirtieron que el clima de España les sentaba muy bien, se quedaron para los restos. y aquí los tenemos desde entonces en forma de ingenieros, tranviarios, dependientes de comercio y otras muchas profesiones.

LOS VISIGODOS

Cuando los invasores penetraron en nuestra península no sabían que les aguardaban unas cuantas sorpresas bastante dolorosas, a saber:

1^a Que todo el mundo hablaba latín, por la sencilla razón de que todavía no se había inventado el castellano.

2^a Que los hombres de España, romanizados o no, aseguraban a todas horas que eran los más machos del universo.

3^a Que la contaminación atmosférica en las ciudades era tremenda ya entonces, por culpa de los hornos de pan y de los fogones de todas las cocinas aborígenes.

4^a Que casi todos los domingos, salías a la calle y unas señoritas, vistosamente ataviadas con unas clámides monísimas, te ponían, quieras que no, un alfiler con una insignia. Los motivos de la cuestación variaban, pues tan pronto se pedía para las viudas de los valientes caídos en la batalla de los Campos Cataláunicos, como para las víctimas causadas por la lectura de las obras agrarias del señor Columela.

5^a Que, a pesar de su fama en el extranjero de bebedores expertos, en España no se degustaba el vino de la tierra, sino el café con leche y el agua de Seltz.

Los visigodos penetraron en España con esa chulería feroz que siempre han adoptado aquí los vencedores. y la primera medida que tomaron, naturalmente, fue cambiar el nombre de las calles y plazas principales de cada ciudad o burgo. Así pues, sustituyeron los tradicionales nombres de Foro de

Traiano y Calle de la VIII Legión por Plaza de Ataúlfo y Calle del 29 de abril, fecha esta última de la entrada de los invasores.

Este cambio de nombres de las vías públicas debía tener una importancia enorme, porque los conquistadores lo aplicaron hasta en el villorrio más insignificante.

Los visigodos modificaron notablemente el calendario, introduciendo en él el santoral arriano. Para celebrar sus éxitos guerreros, y de paso dar en los morros a los vencidos, nominaron el año de su entrada Año de la Somanta, aludiendo a la que habían dado a los contrarios. Ya partir de aquel glorioso año, los siguientes se fueron llamando Primer año godo, Segundo año godo, y así sucesivamente.

Los visigodos iban vestidos como los reyes de la baraja, pero sin tanto lujo y, naturalmente, sin llevar el cartelito de Heraclio Fournier. Vitoria. Las mujeres vestían peor todavía. Y todo ciudadano que no podía costearse tan suntuoso atuendo, vestía como podía, que es algo que ha sucedido en todas las épocas del mundo.

Como el latín era un idioma insoportable -los recién llegados se atascaban siempre en las declinaciones-, los conquistadores decidieron de repente hablar en romance. Esto no quiere significar que chamullasen en verso, sino en algo parecido a lo que hablamos ahora usted y yo, pero más antiguo.

Muchas fueron las palabras visigodas que se introdujeron como Pedro por su calle en nuestra lengua. Damos a continuación unas cuantas:

Menestra, torneo, juegos florales, celada, código, gesta, mesnada, torreón, crónica, doña Fredegunda, don Fruela, doña Fredeswinda y Gala Placidia.

La forma de gobierno de los visigodos fue la monarquía electiva, sistema que perduró en España mucho tiempo. Generalmente convocaban a elecciones reales, que, como siempre ha sucedido aquí, estaban ya amañadas previamente. Y salía el candidato que les daba la gana que saliera a los que sostenían entonces la sartén por el mango.

No podían disfrutar del trono los tonsurados y los decalvados. De ahí viene la costumbre de los calvos españoles de disimular su alopecia con una boina vasca que se colocan sobre la cholla y no se suelen quitar, entren donde entren.

LOS MUSULMANES

Los primeros tiempos visigodos fueron un fracaso espantoso. Todo estaba corrompido, todo se vendía y se compraba. La elección de aquellos reyes -algunos de los cuales duraron un suspiro- daba pie para enjuagues y cochinaditas. De estos tiempos turbulentos y difíciles, de los cuales no nos queda más que la lista de los reyes godos -siempre que se pueda decir de carrerilla-, data la tan española costumbre del tongo.

Así estaban las cosas cuando en Tarifa e inmediaciones desembarcaron unos moros que venían a ver si aquí se podía pescar algo. Desde las almenas de la fortaleza, don Guzmán el Bueno, con un gesto teatral y ampuloso, les arrojó un puñal. Los musulmanes, refitoleros y ceremoniosos, pensaron que el puñal que arrojaba el gobernador de la plaza era un presente y, nada más llegar a Toledo, se pusieron a fabricar como locos toda clase de armas blancas damasquinadas, que luego le regalaban a la gente, haciéndola una desgraciada para toda la vida. La costumbre perdura todavía, pues hay quien regala puñales y espadas damasquinadas en cuyos gavilanes parece que titila el brillo feroz de la morisma vencedora.

Aquellos vencedores con marlota y turbante introdujeron en España muchísimas cosas buenas, entre ellas la costumbre de lavarse, que, todo hay que decirlo, se practicaba muy poco entre los pueblos hispanos. Pero a pesar de su saber, su cortesanía y su civilización, los mahometanos no fueron bien acogidos por los nativos, porque tenían un gravísimo defecto: no iban a misa de doce.

Los árabes se pasearon tranquilamente por todo el territorio español, fundando nuevos pueblos y comarcas a los que ponían nombres que empezaban casi siempre por ben y al. La conquista musulmana fue coser y cantar, y muy pronto

aquellos forasteros se adueñaron de toda la península, excepto un trocito. En aquel sitio montañoso y abrupto se acantonaron las huestes cristianas. y como vieron que la cosa les iba mal, solicitaron del cielo -para el que siempre han tenido los españoles buenas recomendaciones-, que obrase un milagro. y el milagro se produjo con la aparición de la Virgen de Covadonga, que les echó una manita, como después se la echaría Santiago, o Sant Yago. Esta costumbre de complicar lo celeste con lo humano tardó mucho en desaparecer de España. Posiblemente las últimas boqueadas de aquella manera de ver las cosas sean los hábitos del Carmen o de Santa Rita que todavía se endosan algunas españolas, emplazando, obligando por así decirlo, al cielo a que haga el milagro a cambio de unos metros de sarga o de algodón, generalmente de unos colores horrorosos.

La estancia de los mahometanos representa un beneficio enorme para el país. El léxico se enriquece considerablemente con los nuevos términos importados por los infieles, los cuales siempre estaban introduciendo vocablos.

Se hallaban los nativos tan tranquilos en su domicilio cuando de repente la criada aparecía y anunciaba:

-Señorito, ahí fuera hay un moro que viene a introducir un vocablo. ¿Qué hago? , ¿le digo que vuelva otro día?

-¡Mujer, qué cosas tienes! -decía la señora de la casa-. Hazle pasar, y prepara té y unas mantecadas, que esta gente es muy finolis y se fija mucho en el trato social.

Y el árabe entraba, haciendo zalemas y cucamonas, y con cierta solemnidad introducía el vocablo, circunstancia que casi siempre servía de pretexto para un copioso pisolabis a base de fruslerías y pitosflautas con su poquito de cante y su oportuna y zaragatera zambra.

Ejemplos de palabras de origen árabe:

Alcatifa, aljofifa, bencina, alhóndiga, escaramuza, ojalá, alcachofa, Alicante, alcalde, alguacil, benjuí, benemérito, beneficencia, beneplácito, y otras muchas palabras que comienzan por al y ben que no recuerdo en este momento.

LA INCÓMODA Y NAUSEABUNDA EDAD MEDIA

Mientras los invasores se dedicaban al cultivo de las tierras, a la elevación de palacios y alcázares, al álgebra, a la astronomía, a la poesía lírica ya otras muchas cosas útiles y entretenidas, los cristianos se dijeron:

-No podemos imitar a los invasores. Tendrán mucha más cultura que nosotros, pero son infieles. Así que, para darles en la cara, nosotros seremos unos burros y unos zoquetes. ,

Alguien pensó que lo cortés no quitaba lo valiente y que se podía creer en la Virgen del Carmen y ser al mismo tiempo un erudito o un experto en obras hidráulicas. Pero la mayoría de los cristianos protestaron con energía. y con la frente muy alta fueron creyentes y borricos.

Mientras los hijos de Mahoma se lo pasaban aquí tan ricamente, los reinos cristianos, en lugar de hacer un esfuerzo grande para echar a los intrusos, se dedicaron con ahínco a darse en la cresta los unos a los otros. Cuando no luchaban castellanos contra aragoneses o navarros, eran los nobles quienes se unían para combatir contra el rey. Todas estas luchas intestinas tuvieron como causa común lo terriblemente aburrida que tuvo que ser la Edad Media, sin una sala de fiestas ni un teatro.

El idioma se va transformando lentamente, como se transforma la política. En Castilla, la dinastía tradicional sufre un grave colapso con la entronización, previo fratricidio, de la casa de Trastámara, representada por don Enrique II, hijo de la mano izquierda de don Alfonso XI. Muerto en Montiel don Pedro I, su hermanastro, recoge el cetro castellano, que empuña gracias a las prebendas, favores y canonjías que reparte a unos y otros.

De esta época turbia y movidita datan algunas de las palabras francesas que se han adherido a nuestro idioma y parecen a estas horas más castellanas que unas sopas de ajo. El introductor de tales vocablos fue, sin duda, don Bertrán Duguesclin -o Du Guesclin- que, más mercenario que la torta,

se encontraba aquí a las órdenes del rey bastardo. El castellano empieza, pues, a poblarse de horrorosos galicismos. Puede que sean de aquella época las palabras siguientes:

Entremeses, edecán, bisutería, retreta, senescal, guardamangier, randibú, sumiller, retrete.

La expansión aragonesa por el Mediterráneo tuvo también que absorber numerosas palabras. No he podido averiguar qué palabras son ésas, porque los aragoneses son muy suyos y no han querido decírmelas .

La revisión, inventario y auto de fe practicados en la biblioteca de don Enrique de Villena -que tenía fama de nigromante y satánico- inaugura una institución, ya venerable, que desde este momento va a cuidarse de las almas de los escritores, y por ende de los lectores, con resultados óptimos: la Censura.

LOS REYES CATÓLICOS

Como todo el mundo sabe, los Reyes Católicos fueron dos. Según los manuales de historia al uso, estos monarcas fueron de verdadero mazapán de Toledo: finos, cortesanos, inteligentes, económicos, sagaces, esforzados; pero, sobre todo, católicos. De ahí el nombre.

Pero España es el país de la hipérbole, y parece, al estudiar Historia, que los dos soberanos citados fueron los únicos, los mejores, los más grandes. Es cierto que robustecieron el poder real, tan enclenque y anémico en los reinados de don Juan II y don Enrique IV, pero eso al fin y al cabo es barrer para dentro. Cierto, también, que lograron la unidad española con la conquista de Granada; pero este triunfo unitario es muy discutible. Lo que los Reyes Católicos lograron fue que los españoles se mantuvieran con la boca cerrada, pero no que, como decía antes, dejaran de preferir su pueblo a todo el resto del país. El espíritu de los reinos de Taifas es el pensamiento nacional.

Los más fervientes partidarios de los Reyes Católicos no dejan escapar cualquier cosita sin importancia para alabarlos

y ensalzarlos. Algunos de ellos, para demostrar los sedimentos demócratas de aquella pareja nos dicen que reunieron con frecuencia las cortes en las que tenía participación el pueblo; como si no supiéramos todos la clase de participación que siempre ha tenido el pueblo cuando en España se han reunido unas cortes.

No podían los Reyes Católicos permitirse entonces la más pequeña apertura a sinistra. Eran buenas gentes, pero palurdas, catetonas. Don Fernando, menos: había hecho algún que otro viajecito con motivo de las guerras de Italia. No tenemos más que fijarnos en el lugar de nacimiento de ambos monarcas: doña Isabel nace en Madrigal de las Altas Torres, lugar que, a pesar de su poético nombre, debía ser un villorrio asqueroso. y don Fernando nació en un sitio todavía peor, un lugar que tiene nombre de barco a punto de hundirse en el Atlántico: Sos.

Por si no fueran bastantes estas pavorosas circunstancias del reinado de Isabel y Fernando, aparece entonces uno de los personajes más siniestros de toda nuestra Historia: don Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana, susto y fantasma de todos los que tenemos como profesión las letras.

Ostentosos, engolados y protocolarios, doña Isabel y don Fernando tuvieron un gusto literario pésimo. De lo contrario no hubiesen patrocinado aquellas repelentes aleluyas, símbolo y bochorno de su reinado, como por ejemplo aquella que dice, aproximadamente: «Por Castilla y con Pinzón, nuevo mundo halló Colón», o aquella otra que reza así: «Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», avanzadilla de un slogan televisivo que anunciaba un detergente con el que jamás se lavó la camisa la reina de Castilla.

EL CÉSAR Y SUS SUCESOES

Fue don Carlos I de España y V de Alemania un monarca eficiente, cortesano, valiente y apuesto. Se asegura que nació en Gante. ¡Gante! : nombre que suena a encajes, a canales de agua perezosa, a verdes praderas cruzadas por rollizas

campesinas a las que el joven rey intentaría seguramente meter real mano a orillas del Escalda. ..Bueno, en realidad no sé si el Escalda pasa o no por Gante, pero pudo muy bien haber pasado en aquella época.

Habían dejado los Reyes Católicos esto bastante calentito. y para que no se enfriara nombraron regente de España al Cardenal Cisneros, hombre enérgico que por un poquito nada más no pudo saludar a don Carlos cuando éste vino -rodeado de flamencos chupópteros- a reclamar su herencia.

Las campañas de Italia, emprendidas con entusiasmo por Su Majestad Cesárea -nombre de parto difícil-, fueron la causa de que muchos vocablos italianos se nos colaran de rondón en nuestra lengua.

Palabras italianas absorbidas por el castellano:

Medalla, empresario, ópera, fachada, aria, spaghetti, ravioli, Traviata, macarrones (con o sin tomatito, a elegir), *centinela y torna a Sorrento*.

La cosa iba viento en popa cuando de repente don Carlos, tan equilibrado al parecer, se retira a Yuste aquejado de melancolía corrosiva. Y allí, con el regodeo del que se toma una copita de Marie Brizard, contempla sus funerales en vida, exequias que los monjes, tétricos y engolados, sirven a la carta a aquel señor tan raro.

Pero don Carlos no tenía la culpa. Las leyes de la herencia son implacables y don Carlos estaba pagando, sin comerlo ni beberlo, mendeliano, el funesto parentesco de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos, primos hermanos por parte de los Enríquez. Por eso el infante don Juan, hijo de estos monarcas, muere retorcido de deseos libidinosos como un play-boy del siglo XV; por eso doña Catalina, con melindres de gata real, harta al pobre Enrique VIII, que, con tal de perderla de vista, llega hasta la cisma; por eso doña Juana I pasea por toda Castilla el ilustre fiambre de su esposo; por eso Felipe II, años después, construye El Escorial, esa gloriosa y monumental fábrica de zapatos herreriana erigida a la salud de san Lorenzo, que no se había metido en nada.

Coincidiendo con el predominio de la Casa de Austria, nuestras relaciones con Portugal -nación cercana a nosotros y por lo tanto desconocida- fueron inmejorables. Estábamos con los lusos a partir un piñón. Sobre todo, porque entonces Portugal pertenecía a España. Del idioma de Camoens se nos pegaron algunas locuciones.

Ejemplos de palabras tomadas del portugués:

Vigía, fado, botafumeiro, chubasco, guitarrada y Companhia dos Carruagens-Camas e dos Grandes Expressos Europeos.

NUEVOS ELEMENTOS EXTRAÑOS EN NUESTRA LENGUA

Hay veces que nuestro idioma se altera. El elemento extraño más perjudicial para nuestra lengua es precisamente levantarse de la cama y comprobar que tenemos la lengua sucia. Casi siempre se le echa la culpa al tabaco o a cierta afección leve del hígado que nos convierte durante la noche la lengua en un trozo de arpillera o gutapercha. y no es así; lo que sucede es que se nos ha atravesado un indigesto barbarismo de los muchos que se introducen a diario en nuestro idioma.

La proximidad de Francia, nación de la que estamos separados por los Pirineos, convierte al francés en la lengua que más vocablos ha suministrado al español, por varias causas:

1^a Porque fuimos invadidos por los franceses cuando aquello del alcalde de Móstoles.

2^a Porque al mando del duque de Angulema, nuestros vecinos volvieron a invadirnos con el nombre de los Cien Mil Hijos de San Luis.

3^a Porque en España siempre hay cursis que dicen que esto es chic, aquello tiene mucho cachet y otras mentecateces que prefiero no recordar .

4ª Por culpa de la cocina francesa, que se ha internacionalizado y nos ha inundado de términos culinarios, como *bechamel*, *financiere*, etc.

5ª Por la moda, la dichosa y cambiante moda, la inquieta moda, que constantemente, irradiando sus destellos carísimos desde París, nos arroja palabras extrañas como *pret-à-porter*, *boutique*, etc., que ya no son galicismos, sino palabras francesas utilizadas con la mayor frescura.

Más palabras tomadas del francés :

Paje, vianda, manjar, potaje, cabaret, langosta Thermidor y Brigitte Bardot.

Buceando en el castellano, encontramos de repente palabras que han enriquecido el lenguaje; palabras extrañas, exóticas, orientales que se nos han entrado en casa, pero no por influencia directa del idioma del que proceden, sino a través de otro lenguaje que ha actuado como transmisor. Así sucede por ejemplo con el persa, idioma que posiblemente no conocen en España más que media docena de gentes. y lo mismo sucede con el turco, lengua que antiguamente se podía pensar que la practicaban unos señores que vendían alfombras por las calles de las ciudades españolas. Pero después de una investigación a fondo, se averiguaba que los vendedores ambulantes eran casi siempre de Mataró y el género de alcatifas que vendían procedía de Crevillente.

He aquí algunas palabras que se han introducido en nuestro idioma, procedentes de lenguas diversas:

Del sánscrito:

Paria, brahmán, baranda, Ramayana, rábano, Mahabarata y Brahmaputra (con perdón).

Del persa:

Pagoda, persiana, bazar, momia, percal, caravana, sátrapa, mus, duples y órdago a la grande.

Del chino:

Jade, abanico, quimono, ping-pong, marketing, yo-yo, mandarina.

Del alemán:

Obús, blocao, vermut, nibelungo, vivac, Guttemberg, zanguango y Mercedes Benz.

Del turco:

Bey, quiosco, turbante, diván, morroscos, turca, otomana, cojín y cogorza.

Del inglés :

Paquebot, royalty, club, bar, folklore, comité, dock, cabina, protectorado, laborismo, sport, rosbif, cheviot, petróleo y Gibraltar.

De las lenguas eslavas:

Troica, mazurca, redova, polca, cosaco, rubasca, mujik, ucace, samovar, vodka, caviar, zar, chubesqui, consomol, cominform, дума y veto.

Del inglés de los Estados Unidos:

Wisky, iceberg, apartamento, best-seller, soda, gángster, dry cleaning, aparcamiento, oleoducto y bases aéreas.

Del inglés de cafetería :

Ice cream, perrito caliente, Cuba libre, Gin tonic, cakes, sirope, hamburguesa, sandwich.

Del inglés médico :

Chequeo.

Como se puede observar en todas las palabras que he reseñado un poquito más arriba, hay un cincuenta por ciento de ellas que no es que hayan venido a enriquecer el idioma, sino que se usan en su forma natural, pronunciadas y expresadas en el idioma propio de cada una de ellas, o en traducción literal. La prensa española tiene mucha culpa de estas locuciones llegadas aquí de *extrangis*. Recuerdo, ya hace años de esto, que los periódicos españoles hablaron durante mucho tiempo de los *parachutistas* que se lanzaban de los aeroplanos. Hoy han hablado de *alunizaje*) y supongo que cuando la ciencia consiga que se llegue a los demás planetas de nuestro sistema, se dirá que los hombres han *saturnizado*) han *vulcanizado* o han *martirizado* (de Marte).

FORMACIÓN DE OTROS VOCABLOS

Como la vida sigue su curso y el progreso no para, el idioma, por no ser menos, se pone a tono y va reflejando en su interior los adelantos, los descubrimientos y las complicaciones, cada vez más áridas y abruptas, que la vida moderna nos brinda, so pretexto de hacérsela más cómoda.

Los últimos adelantos científicos han enriquecido nuestra lengua con neologismos, algunos de los cuales se usan corrientemente como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

Tenemos, pues, neologismos clásicos:

Telégrafo, teléfono, demografía, penicilina, enzimas, antibióticos, antihistamínicos, etc.

Hay otros, como son:

Pruebas nucleares, magnicidio, estraperlo, etc.

De lo que se deduce que casi todas las palabras nuevas, o son medicamentos -casi siempre carísimos- o son electrodomésticos y nos hacen a todos la vida imposible.

PALABRAS DE ORÍGENES VARIOS

Hay palabras que dan vigor y flexibilidad al lenguaje porque han ido apareciendo a medida que el hombre ha tenido necesidad de ellas para designar objetos en un principio nuevos y luego menos recientes, convertidos en clásicos y tradicionales por el uso cotidiano.

Las mismas palabras de que nos servimos todos los días, pueden originar nuevos términos, según éstos se formen de una manera o de otra. Así, tenemos:

Palabras formadas por derivación:

De pera, *perito*; de tonto, *tontarria*; de pesa, *peseta*; de mango, *manganeso*; de flan, *Flandes*.

Las hay también por composición, es decir, porque dos palabras se han unido, se han aglutinado para formar una tercera que participa de las cualidades de las dos palabras madres. Ejemplos:

De carro y coche, *carricoche*; de anda y Lucía, *Andalucía*; de Lola y Brígida, *Lollobrígida*.

A veces un pueblo o una localidad cualquiera dan su nombre a una palabra que designa el invento que procede del sitio referido, por ejemplo:

De Mahón, *mahonesa*; de Sevilla, *sevillanas*; de Alicante, *alicantina*; de Galicia, *gallegada*; de Berlín, *berlina*; de Astorga, *mantecadas*.

Hay otras palabras que han tomado el nombre del inventor del objeto en cuestión, ideado o imaginado por él, o bien del divulgador que lo ha divulgado.

Ejemplos:

Quinqué, de su inventor, monsieur Quinquet; *Ros*, del general Ros de Olano; *silueta*, de don Esteban de Silhouette; *sardina*, de Victorien Sardou; *mingo*, de Antonio Mingote, excelso dibujante contemporáneo; *Cabo Ortegá*, de don José Ortega y Gasset, etc.

y no canso más, majos.

LA OBRA LITERARIA, SUS ELEMENTOS Y OTRAS COSITAS

OBRA LITERARIA

Se llama obra literaria a esa clase de libros que, generalmente, no lee nadie. Los libros que suele leer la gente no son obras literarias, sino obras de solaz y esparcimiento.

El público no suele leer obras literarias, porque piensa:

- A) que son aburridas;
- B) que son largas;
- C) que son caras.

Casi siempre la gente acierta, y las obras literarias participan de las tres cualidades anteriormente apuntadas.

Cuando las obras literarias van mezcladas con libros de divulgación, y la selección de unas y otras obras parece que está hecha con los pies, se llama entonces «Colección Salvat».

Hay una literatura masculina y otra femenina. Hace muchos años los hombres leían a Baroja y Blasco Ibáñez y, las mujeres que leían, se asían a las obras de doña Concha Espina, que eran de aúpa. Hoy todo el mundo se ha mezclado y lee indistintamente las cosas más heterogéneas, pero las mujeres consiguen, como en el resto de los negocios del país, que algunos escritores tengan grandes éxitos literarios. y de repente se lanzan a comprar como locas novelas del tipo de Monólogo de una señora frígida.

LITERATURA

El conjunto de obras literarias y el estudio y clasificación de las mismas se llama Literatura, para distinguirla del estudio de los platos de cocina, que se denomina Gastronomía.

He puesto esta comparación, que podría parecer gratuita, porque muchas veces la Gastronomía encierra más literatura que muchas de las obras que se publican por ahí. y al fin y al cabo, si no la hay, haces lo que dice la receta y te salen unos macarrones como para chuparse los dedos de gustito.

Conviene aclarar que hay dos clases de literatos: Los que viven -o intentan vivir de las obras de ingenio y creación: es decir, los que se inventan algo y lo plasman en un libro, a ver qué pasa.

Los que viven, casi siempre muy bien, a costa de los escritores que han fallecido o que están en las últimas. Estos eruditos, estos tremendos sabihondos se subdividen en dos clases, a saber:

Los comentaristas y gloseros, que, como su nombre indica, glosan y escarban en la vida y la obra de Góngora, de Villamediana o de Cervantes.

Los antólogos, que se limitan a reunir trozos literarios de un autor o autores, los publican, y las más de las veces salen bonitamente del paso con un prologuito más o menos acertado.

Lo que sucede en realidad a estos escritores es que, como jamás se les ha ocurrido nada original -y si se les ha ocurrido algo es nauseabundo-, se dedican, como vampiros, a chupar la sangre del vivo, o como espeluznantes necrófagos, a merendarse los ya putrefactos cadáveres de los difuntos.

LENGUAJE LITERARIO

Las palabras que los autores utilizan -a veces sin tiento ni medida, reconozcámoslo- se llaman lenguaje literario, porque embellecen la narración. En cambio, lo que decimos cuando llaman a la puerta y se presenta un señor con la alocada pretensión de cobrar un recibo, no tiene nada que ver con la literatura.

Pensamientos iguales, expresados en lenguaje natural o en lenguaje figurado, cambian notablemente. Dichos de la segunda forma, cobran energía y belleza. El que no cobra casi nunca es el señor anteriormente citado, que con su recibo en la mano se tiene que ir a hacer gárgaras en vista de la resistencia y agresividad que nota en el ambiente.

Estudiemos las diferencias entre un lenguaje y otro, redactando algunos pensamientos dichos de ambas maneras.

Vamos a ver qué sale, majos:

Natural: El barro ensucia los zapatos limpios.

Figurado: Reboza el fango villa impolitez de los escaarpines

Natural; Empieza a amanecer a lo lejos.

Figurado; En su inicio, la esplendente aurora cubre de rosicler la brumosa lejanía.

Natural: Eduvigis era gorda, aunque firme y hermosota.

Figurado: Eduvigis ofrecía la orgía lardosa de sus ajamonadas y enjutas mollas, empero era ebúrnea y turgente, si que también una exuberante tía buena.

Como puede deducirse de los tres ejemplos anteriores, cualquier frase, por corriente que sea, se puede embellecer por medio de un eficaz y certero lenguaje literario. El refranero castellano, que posee la deliciosa vulgaridad de todo lo que tiene más de artesanía que de arte, puede, convenientemente disfrazado, ser expuesto sin el menor desdoro por los pedantes de chicha y nabo. Me permito hacer algunas sugerencias al respecto:

Los duelos con pan son menos.

Traducción: Las exequias con candeal son tolerables

Mucho ruido y pocas nueces.

Traducción: Excesiva tracamundana y exiguo cascajo.

Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Traducción: Quien a ubérrima conífera se adosa, óptima umbría lo entolda.

No hay mal que por bien no venga.

Traducción: No existe adversidad que por sinecura no se trueque.

No te metas en camisa de once varas.

Traducción: Jamás te introduzcas en fibra homologada de once toesas.

La cabra siempre tira al monte.

Traducción: El rumiante siente la atracción de la Carpetovetónica.

Dentro de cien años, todos calvos.

Traducción: En el transcurso de una centuria, todos alopécicos.

Dame pan y dime tonto.

Traducción: : Obséquiame con hogazas y motéjame de estulto.

Agua que no has de beber, déjala correr.

Traducción: H₂O que no has de ingurgitar, permítela que discurra por su cauce.

Gato con guantes no caza ratones.

Traducción: Felino con quirotecas no vena roedores

El ojo del amo engorda el caballo.

Traducción: La esclerótica del mandamás engrosa el solípedo.

A mal tiempo, buena cara.

Traducción: A borrasca en las Azores, rostro jocundo.

FORMAS DEL LENGUAJE LITERARIO

Antes, el lenguaje literario adoptaba estas tres formas:

Enunciativa

Narrativa

Descriptiva

Esto era lo clásico, y de ahí no se salía nadie, porque entonces la Real Academia de la Lengua velaba por la pureza del lenguaje y por la nitidez de los conceptos e ideas. Incluso la docta institución se permitía intervenir privadamente en la vida de los escritores, a los que, como buenos españoles, se les exigía que fuesen gente de orden. y se dio el caso peregrino de que algunos de los miembros de tan benemérito instituto fuesen, antes que escritores, carcas.

Pero las cosas son ahora de muy distinta manera. Desde hace algún tiempo los escritores se han liado la manta a la cabeza, y esta manta -unas veces zamorana y otras agujereada y piojosa- ha creado nuevas formas de lenguaje literario, a saber:

Embarullada

Copiativa

Marrana y

Camelística.

Pasemos ahora, si ustedes no tienen inconveniente, a estudiar las siete formas de lenguaje literario que andan por el accidentado y abrupto panorama intelectual hispano:

Forma enunciativa

Como se deduce de su nombre, esta manera se utiliza para enumerar los distintos estados de ánimo, los pensamientos, las conclusiones -si es que se llega a alguna que el autor siente y vive en lo más profundo de su yo. También se refiere esta forma de lenguaje a todas aquellas observaciones psicológicas e íntimas, aunque éstas sean casi siempre unas tonterías así de gordas.

Ejemplo:

Sentí que un frío de muerte me atenazaba el corazón con sus pinzas de hielo, y que mi mente se trastornaba hasta el extremo de que, sin sentir, empezaba a merendarme un par de abanicos horrorosos que representaban unas damiselas lánguidas que empapuzaban a sendos pavos reales, pintados por el artista de un color azul agresivo.

DON JUAN VALERA

Forma narrativa

La forma narrativa expresa los hechos, efemérides, vicisitudes y eventos que han acaecido vaya usted a saber dónde, porque, según cánones antiquísimos, el autor tiene la libertad de conseguir que la obra literaria, de la cual ostenta la paternidad, suceda en el lugar que le dé la gana. Para eso es el padre de la criatura. O el tío, caso de que el autor haya plagiado nada más que un poquirritín.

Ejemplo:

Hallándose don Quijote en la venta, tan bien servido y regalado como no digan dueñas, aconteció que de pronto aparecieron por aquellos alrededores unos vizcaínos, que, montados en sus mulas pollinas, dirigíanse a la singular posada con la intención que podrá imaginar el lector, caso de imaginar algo, que puede que lo imagine, si algo imaginare.

DON MIGUEL

Forma descriptiva

Mediante este truquito literario se pueden pintar y describir objetos, lugares, paisajes ya doña Virtudes haciendo punto de gancho. Como España es hiperbólica y extraña, ha elevado a cimas inaccesibles a escritores que no han dicho nunca nada, y que toda su fama la deben a las descripciones, pinturas éstas sin belleza alguna, sositas, deslavazadas, como hechas a través, de una ventanita de pueblo lleno de moscas y de catetos borricos y malolientes. A una de estas momias camelísticas pertenece el siguiente

Ejemplo:

Es Villagorda del Duque ciudad castellana; por sus calles soñolientas y mal empedradas apenas si cruza algún transeúnte dispuesto a romperse el bautismo en la calzada. La ventisca de las vecinas sierras azota los vidrios de balconadas y ventanucos, desde los cuales, como un cuadro enmohecido por la repulsiva pátina del tiempo, divisan abandonadas eras: polvo, palurdos y aburrimiento son el pan de cada día de aquella cochambrosa contornada.

AZORÍN

Modernamente, como antes he reseñado, a las tres formas tradicionales expuestas hay que adicionar cuatro más. Comencemos por la llamada

Forma embarullada

No cabe duda de que el crecimiento demográfico español es evidente. Donde antes éramos menos, ahora somos más. Lo terrible del asunto es que, según veo con estupor, en pocos años, en lugar de nacer y crecer una población civil normal, ha nacido y ha crecido una apretada y espesa generación de poetas. Todo el mundo es ahora poeta. y publica libros, que es lo más gordo.

¿Qué pasa? ¿Esta gente que se dice, que se cree poeta, lo es de verdad, o estamos, como sucedió del siglo XVII al XVIII, en un tremendo paréntesis, en un lapso que va de Torres Villarroel a los fabulistas?

Porque puede no haber poesía tanto por la carencia, por la escasez de autores, como por la sobra de ellos.

¿Ha nacido, sin que ninguno de nosotros lo sospeche, una generación de monstruos, de superhombres? O, por el contrario, la poesía de ahora, sin sujeción a reglas, sin algo que tase y coarte y frene, ¿es tan fácil que cualquier mastuerzo, cualquier imbécil más o menos literario, tiene acceso a la gloria, reservada siempre para los raros?

La *forma embarullada*, nueva en el panorama literario, es aquella en la cual el autor dice -o cree decir, el angelito- algo importante. Pero se vale, como medio de expresión. de la

turbidez, de la oscuridad, de una especie de pretenciosa y sibilina palabrería.

A esta clase de literatos, de creadores oscuros, les llamo yo «autores de cementerios marinos».

y ya está bien: como bromita, aceptemos el «Cementerio» del señor Valéry -del que, honradamente, jamás me he enterado- pero más adivinanzas, más penumbras camelísticas, no.

Con la frente muy alta, confieso aquí que El cementerio marino de monsieur Valéry no me gusta nada. y puede que no me guste, no lo sé, porque no he podido jamás enterarme de lo que el buen señor quiso decir.

Puede que se dirigiera solamente a los que «están en el ajo», a los que -preparadísimos y enteradísimos eruditos a la violeta- penetran lo más laberíntico y se permiten el lujo de decir que han comprendido lo más enigmático.

Un saludo a los elegidos. Renuncio a poner un ejemplo de esta forma embarullada. Sirva cualquiera de esas cosas que se publican con demasiada frecuencia, ¡ay!, en España y plazas de soberanía.

Forma copiativa

Nos hallamos ante una manera literaria que consiste en apropiarse de lo que todo el mundo conoce de sobra, de lo que, a fuerza de ser del dominio público, es tópico y tabarra. El autor, con una buena colección de frases, dichos, anécdotas, chistes y chascarrillos baturros, organiza una obra original. Famosísima en España y parte de América, es una novelita en la cual el autor, conocidísimo, ha aportado a su relato dos frases originales. El resto de las que figuran en la narración son asirias, egipcias, caldeas y griegas, tanta es su antigüedad y solera.

Sirva como ejemplo un fragmento de la obra citada:

...pues sabrás, querida Lizzie, que aquí, en España, hay costumbres muy raras y originales. Por ejemplo, el otro día, hablando con mi novio -porque tengo novio- de cierta cosa dudosa que yo quería emprender, me dijo de repente:

«¡Fíate de la Virgen y no corras!» Yo, la verdad es que, por más que me estrujo las meninges, no encuentro relación alguna a ambas cosas. y si fuera necesario correr, lo haría de forma deportiva, sin necesidad de mezclar para nada en ello a la madre de Jesús. ¿No te parece, morronga mía?

RAMÓN J. SENDER, *La tesis de Betsy*

Forma marrana

Esta manera de expresar pensamientos e ideas se ha extendido bastante en nuestras letras. Consiste en ir acumulando acontecimientos poco edificantes, los cuales se adoban y alían con frases procaces y malsonantes. La Picaresca de la caca, vamos.

Pero todo tiene su explicación: hace unos cuantos años, en un país como España, donde casi todo estaba prohibido excepto dos o tres cosas -y quizá me quede corto-, cuando un escritor conseguía pasar por el colador censoro una obra atrevidilla, se hinchaba a ganar pesetas. Lo que sucede es que como los españoles son extremosos, lo que en un principio fueron alusiones más o menos veladas se convirtió en una orgía de palabrotas, tacos, pesias y verdolagas.

Y aquí viene lo bueno: la mayor parte del público censuró a los escritores que se permitieron tales licencias. Era natural: después de cuatro lustros y medio de literatura para monjas pazguatas, el español no estaba preparado y era él mismo quien despotricaba contra las demasías de aquellos escritores listillos y aprovechados, que estrenaban picardías en España.

Pero como todo tiene un límite, a fuerza de prodigar escenas escabrosas y situaciones en las cuales la libido hace siempre de las suyas, la gente se ha acostumbrado, y cuando uno de estos escritores de pornografía literaria lanza un libro nadie se escandaliza, porque ya sabe lo que va a leer.

Como ejemplo de esta manera de hacer, he aquí un fragmento de una de estas obras sicalíptico-deslavazadas:

La boca de Robustiana se abrió como una letrina para denostar de esta guisa a María la Cachondona, que remecía una apestosa colilla de tagarnina en sus labios amoratados:

-¡Vete a hacer puñetas, mala pécora! -escupía la puta apoplética-. ¡Qué más quisieras tú que parecerte a mí, mierda seca, que no cambio yo tu cara entera por uno de los carrillos de mi culo!

CAMILO J. CELA TRULOCK,
Marquisas, bagasas y peliforras

Forma camelística

En realidad, esta manera de escribir es una modalidad de la que he reseñado en la forma embarullada. Es posible aceptar hoy día a los escritores que practican el galimatías, porque mucha gente que antes no leía, de repente ha descubierto los libros, y ahora va y lee. y como los que se han lanzado a la aventura de leer, que diría don Pedro, han comenzado por los autores contemporáneos sin la previa degustación de los clásicos, y los jóvenes osados y ardorosos de ahora «nacen ya enseñados», hay que darles cosas abstrusas y desquiciadas para que se sientan *minoría selecta*.

El escritor de ahora tiene que ser oscuro y sibilino. Si lo que escribe no lo entiende nadie, mejor: los pedantillos podrán marcarse el farol de decir que ellos lo entienden y que don Vicente Blasco Ibáñez es una porquería.

Como ejemplo de esta *forma camelística*, ahí va un fragmento de un libro que, aunque parezca mentira, se expende en las expendedorías del ramo. y hay gente que lo compra, palabra.

INSTRUCCIONES PARA TIRAR UN HUEVO FRITO POR EL BALCÓN DE UN PISO ENTRESUELO, SIN ALFOMBRAS, NATURALMENTE

Empiece por mirar el barómetro, pero puesto boca abajo, como debe ser. Luego encierre bajo llave las cucharas. no se vayan a escapar por la chimenea. Deténgase un momento y procure guardar silencio, por si bostezase la reproducción de Rembrandt que tiene usted en el comedor. Coja el huevo con dos dedos, pero, naturalmente, uno de cada mano, y obsérvelo a la luz. Puede que en ese momento Herbert von Karajan se esté rascando el occipucio, pero esto no le

inquieta, mientras no se lo rasque a usted. Arroje en este momento el huevo por el balcón.

Adquiera a continuación un ejemplar del *Berliner Illustrierte Zeitung* y, bien envuelto en él, si cabe, jure con una mano puesta sobre el Puente del Rialto no comer jamás tortilla de patata, excepto si se la sirve la sombra de Einstein.

JULIO CORTÁZAR (escritor de «allá»),
Rabisalserías de metopas y triglifos

CUALIDADES DEL LENGUAJE LITERARIO

Cotarelo, ilustre erudito español, hizo posiblemente una clasificación racional de las cualidades del lenguaje literario. y digo «posiblemente», porque jamás he leído nada de Cotarelo: siempre me ha parecido un pelmazo impresionante. Pero aseguran conspicuos autores -que tampoco conozco, claro- que el lenguaje literario tiene ciertas cualidades que no son para echar en saco roto. Estas características son las siguientes:

Propiedad

Corrección

Pureza

Riqueza

Naturalidad y

Claridad.

Cualquier cosa escrita por un autor que observe todas estas propiedades -y las ponga en práctica, claro- se puede decir que es perfecta.

Estudiemos, una por una, las cualidades antes especificadas.

Propiedad

Esta cualidad del lenguaje no es ni más ni menos que una cuestión de cuidado, de habilidad. El escritor debe en todo momento usar las palabras con su significación exacta. Esto no quiere decir que ha de llamar a la protagonista Bernarda,

ya mitad de la novela -o lo que sea- llamarla Encarnación; así, por las buenas. La propiedad es otra cosa. Por ejemplo, si queremos expresar la belleza de la heroína, llamada Rosalía, tendremos que decir: «Rosalía era hermosísima», o bien, si queremos dar más fuerza a la descripción, diremos: «Rosalía tiraba de espaldas»; pero jamás se nos ocurrirá expresar y describir la belleza de la muchacha diciendo: «Rosalía calzaba un treinta y siete largo», porque en este caso el calzado, aunque sea de artesanía, no tiene nada que ver con la belleza de Rosalía, que es al fin ya la postre lo que queríamos describir-

La propiedad es tan necesaria para los escritores de todas las ramas, que muchas veces las frases y conceptos elocuentes y certeros se registran para que consten el día de mañana. De ahí viene el nombre de *Registro de la propiedad*, que todos ustedes conocen.

Corrección

Esto de la *corrección* es más difícil de lo que parece. No se trata aquí de la corrección social o manera de comportarse en el mundo elegante y pera. La corrección literaria, que es la que vamos a estudiar, consiste en poner las cosas en su sitio, cada una de ellas como y donde debe estar.

Se comete incorrección cuando se tergiversan y quebrantan las leyes de la concordancia, cuando una frase se puntúa malo cuando se cae lamentablemente en el *solecismo*. Aclaremos que un solecismo no es, desde luego, lo que le pasó a Pepito en aquella excursión, cuando se hinchó, el muy animal, de tomar en la playa los rutilantes efluvios del divino Febo. El solecismo es otra cosa: una gravísima falta cometida contra la sintaxis o contra la pureza del idioma.

He aquí un ejemplo de solecismo:

Eres, Filis, muy hermosa,
según dice don José,
por lo tanto, creo que
eres tú bella cual rosa
de té chino, o sea, de the.

Bueno, además de ejemplo de solecismo, el anterior lo es de versos malos y rípidos, ¿no? Pues más a mi favor.

Pureza

Cuando el lenguaje que se emplea no está mezclado con esto, con lo otro y con lo de más allá, se dice que es lenguaje puro. Cuando, por el contrario, el lenguaje que usa un escritor está continuamente mechado con locuciones extranjeras, con palabritas dudosas, con una puntuación mala, se dice que es una marranada.

Para escribir con pureza se recomienda huir de los barbarismos, los arcaísmos, los neologismos y los lugares comunes.

Barbarismos son palabras y locuciones tomadas de otros idiomas. Se debe huir de ellos, excepto de aquellos que la Real Academia ha aceptado con una frescura inaudita, como son *garaje, edecán, retreta, obús, entremeses, tirabuzón*, etc.

Arcaísmos son palabras en desuso, términos arrumbados en el polvoriento desván de la gramática -hermosa frase, caracoles!- y, por lo tanto, ridículos. Son arcaísmos *magüer, aqeste*, etc.

Neologismos son términos de nuevo cuño, de invención a veces inmediata. Los escritores cultos -y culteranos- han empleado con frecuencia palabras de invención propia. Así lo hicieron Góngora, Quevedo y Calderón de la Barca. Darío, Miró y Valle-Inclán también enriquecieron nuestro lenguaje sembrando en sus obras bastantes neologismos, a veces acertadísimos y sonoros...

El inconveniente de los neologismos es que casi siempre la Academia de la Lengua Española se niega a reconocerlos. Legaliza, en cambio, las tonterías que se les suelen ocurrir a los socios de esa especie de casino de pueblo que es tan empingorotada y nefasta institución. Recuérdese el término *jerinac*.

Por lo visto, el hecho de ser académico, ya de por sí triste, permite a los ocupantes de los sillones ciertas licencias. Lo

digo porque uno de sus miembros, gran erudito, suele esmaltar sus escritos con los más feroces galicismos. Sin duda, tiene permiso del presidente para el uso del término *eclosión*. Recordamos a tan conspicuo y talentado caballero que en castellano poseemos la palabra *brote*, que sería acaso muy bien recibida por nuestra lengua, tan martirizada en estos últimos tiempos.

Hay que tener mucho talento y prestigio en el campo de las letras para atreverse a introducir un neologismo. Por ejemplo, el verbo calmiticiar, con el que voy a formar una frase cualquiera:

Aurelia sufrió una desilusión al calmiticiar.

Ya ven ustedes qué efecto tan raro. No; no usen jamás el verbo calmiticiar, sobre todo porque no sé lo que significa, ya que se me acaba de ocurrir en este instante.

Lugares comunes. Mucha gente cree que los lugares comunes son los cuartos de estar de las casas. Y no es así. Lugares comunes son esas frases hechas que, a fuerza de ser repetidas por unos y otros, rezuman vulgaridad. Un escritor verdad no debe usar jamás estos lugares comunes. Desgraciadamente hay plumíferos que todavía usan estas frasei hechas, estos topicazos indecorosos. Y leemos, por ejemplo, que

Fulano pensó *obrar en consecuencia*.

La noche era *oscura como boca de lobo*.

Menganito tenía un *miedo cerval*.

Salió Perengano diciendo: *Pies, ¿para qué os quiero?*

Riqueza

Esta cualidad del lenguaje no se refiere a la circunstancia agradable de que, para escribir bien, el autor tenga que tener, en un banco cualquiera, una saneada y pingüe cuenta corriente. No obstante, una posición desahogada permite al escritor lo necesario para tener una tranquilidad. y esta

seguridad de cuerpo, que viene a traducirse en anímica, permite al interesado escribir muy requetebién, si sabe.

La riqueza a que me refiero en el epígrafe es la del lenguaje, que, según las normas, ha de ser rico, variado, expresivo y todo eso. Se puede escribir por ejemplo:

La niebla oscurecía todas las cosas; por eso Ermerinda no vio a Marceliano, que la aguardaba con un paquetito de patatas fritas.

El pensamiento arriba expresado se puede enriquecer notablemente si decimos :

Las cerúleas opacidades de la bruma vespertina patinaban todos los objetos; por eso Ermerinda no avizó a Marceliano, que borrosamente aguardaba con una bolsa amarillenta, repleta de exquisitos y crujientes tubérculos que con su oro frito llenaban el recipiente. y aquel modesto presente era en sus manos enamoradas holocausto y ofrenda.

Lo mejor hubiera sido -riqueza lingüística aparte- no escribir jamás el anterior pensamiento, tanto en su forma abreviada y escueta como en la florida y rimbombante versión. Lo consigno aquí a ver si el ejemplo cunde y muchos novelistas de hoy se deciden a no darnos la lata.

Naturalidad

Aseguran ínclitos retóricos que el escritor debe huir de toda afectación y engolamiento. Dicen que el poeta Zorrilla repasaba y retocaba sus poemas una y otra vez, y que, a pesar de tantas reformas y enmiendas, tienen a estas alturas un aspecto envidiable. Hay, por el contrario, quien asegura que cuanto más se pule y se retoca una obra literaria, peor sale. Yo creo que lo mejor es, no sólo no repasarla, sino no escribirla y dedicarse a otra cosa que dé dinerito, que es lo que uno necesita para poder escribir después lo que se tercie, repasado o no.

Claridad

El escritor que compone un poema o desarrolla una novela o cuento ha de pensar que, con un poco de suerte, hay un público que va a comprar dicha obra y se la va a echar al colete sin más ni más. Según los eruditos antiguos, la condición primordial que ha de tener la obra de un escritor cualquiera ha de ser la claridad, es decir, la virtud de llegar hasta los cerebros de todos los presuntos compradores de libros.

Pero esto era antes. Con el tiempo, la condición inexcusable de claridad se ha ido perdiendo y ahora, cuanto más confuso y embarullado sea el autor, más grande es el triunfo.

A Galdós, que, pese a su aparente naturalismo y facilidad, emplea un vocabulario extensísimo, lo entendía antes todo el mundo. Ahora esa diafanidad sería, más que una virtud, un defecto. y posiblemente don Benito se hubiera muerto de asco. de vivir en estos tiempos.

Las artes se han convertido en una especie de «damero maldito», de acertijo, de adivinanza, cuya solución está, por lo visto, en manos de una minoría tan selecta como pedante y majadera. Este público de superdotados, de pisaverdes literarios, ha llegado hasta a vituperar y despreciar a un director de cine, porque en aquella película ¡era claro!

Las personas que son sensatas -confieso que hace muy poco tiempo que he comenzado a sentar la cabeza- se desorientan y se desesperan al ver el galopante frenesí que lleva el arte. Menos mal que luego, con la tranquilidad y ecuanimidad que dan los años, se liberan de prejuicios y juicios de mentecatos y gilipuertas, y gracias a las músicas - lo que sea- de Ginastera y Luis de Pablo, se dan cuenta de lo bonita y genialmente poco profunda que es *La Traviata*.

Como ejemplo de claridad, ahí va un falso poema de un escritor actual por el que el autor de este libro tiene gran admiración. El poema es de los años mozos del vate, y afortunadamente no tiene nada que ver con lo que más tarde, serena el alma, ha escrito este maestro contemporáneo:

Eres como un astrolabio
-labio y astro- que detecta
estrellas y suspiros
en sus alidadas.
Pan virgen es tu cerebro caliente.
Se han rasgado los velos, los siete velos de Salomé,
aquella flor de impudicia,
aquella gacela fluorescente,
aquella marrana.
Llora el búho -tocólogo del monte-
y su llanto cetrino
se rememora a sí mismo
en las astillas de la noche fría.
Ha muerto don Manuel
Fernández y González.
Pero mañana es viernes.
No te apures
y jalea la juerga de volantes.
y desplantes verdes de la escarola.
Toca el ornitorrinco,
que es un pato tontarria
incrustado en conejo.
¿Sabes llorar?
Ex-libris:
una página en blanco
y un motor de tranvía.

DON GERARDO

LENGUAJE FIGURADO

Hemos quedado, si yo mal no recuerdo, en que cuando el escritor de habla castellana no llama a las cosas por su nombre, sino que se vale de ciertos truquitos, el citado autor está empleando:

- A) lenguaje figurado;
- B) un buñuelo.

Todo depende, pues, del talento, la inspiración y la habilidad del escritor. Pero no nos hagamos ilusiones, y pensemos, con

tristeza y mesticia sumas, que la mayoría de las veces al autor le sale el buñuelo. Lo que sucede con frecuencia es que la citada fruta de sartén tiene siempre adeptos: público acostumbrado, por lo visto, a los platos indigestos y repugnantes.

El uso del lenguaje figurado es más difícil de lo que parece, y para ello el escritor echa mano de las llamadas figuras retóricas.

FIGURAS RETÓRICAS

Las figuras retóricas son una especie de trampas de que se vale el escritor para no llamar al pan pan y al vino vino.

Las figuras retóricas son muy necesarias para el que escribe. Por ejemplo, si queremos decir que en un sitio cualquiera se ha apagado la luz, podremos expresar este pensamiento así:

La luz se ha ido, Josefina.

Pero ¿no es verdad que la idea, expresada de esa forma vulgar y pedestre, no tiene nada de literario, excepto si la obra va firmada por el señor Baroja, que tampoco tenía nada de literario?

Intentemos expresar el mismo pensamiento de una forma más bella. Digamos, pues:

La incandescente reverberación de los fgneos efluvios hase ocultado en las sombras de la noche como las almas de los gentiles se precipitaban en el fondo insondable del Erebo, Josefina.

No cabe duda que, expresado así, el pensamiento gana en fuerza literaria, en belleza y en originalidad. Lo malo es que Josefina contestará seguramente que somos unos engolados insoportables.

Pero dejemos estas disquisiciones y vamos a lo que importa.

Las figuras retóricas pueden ser de varias clases :

Si atienden al lenguaje, a la forma externa de las palabras, se denominan *figuras de dicción*.

Si atienden a las ideas -caso de que el escritor las tenga-, es decir, a lo interno, al fondo, al cogollito de la cuestión, se llaman entonces *figuras de pensamiento*.

Si no atienden a la forma ni al fondo se llaman *Boletín Oficial del Estado*.

Hay una tercera clase de figuras que tienen el nombre de *tropos*. Pero no adelantemos acontecimientos y vayamos con calma.

Figuras de dicción

Estas figuras no son lo que mucha gente entiende por figuras, es decir, cacharros de barro cocido o de loza, que casi siempre representan a una señorita con pamelita que tira de un par de galgos rusos.

Las figuras de dicción más importantes son las siguientes:

Polisíndeton, que consiste en multiplicar las conjunciones a todo meter, incluso cuando se ve que la frase no las pide. Con esto se logra dar a una o varias cláusulas una fuerza especial, un vigor inusitado y, a veces, una lata que para qué les voy a contar a ustedes.

Ejemplo:

Y así, sobre el feísimo escudero,
y el caballo y la lanza fuerte y dura,
y el yelmo y el arzón del caballero,
y la hojalata atroz de la armadura,
cayeron los infantes con un grito
y no dejaron de ellos ni un trocito.

HERRERA

Asíndeton es precisamente lo contrario de lo que acabamos de explicar un poquito más arriba. Se comete *asíndeton* cuando se suprimen las conjunciones con la misma fruición que el censor español tacha párrafos, cláusulas y hasta páginas enteras, haciendo una putada de órdago con sus manos pecadoras al escritor hispano.

Pongamos un ejemplo de esto:
¡Llega, apresura, corre,
precipítate, arrójate violento,
escala la alta torre,
arranca el esperpento
del pendón que tremola con el viento!

FRAY LUIS DE LEÓN

Epanadiplosis. Aunque lo parezca, la epanadiplosis no es la situación de la Luna cuando llega a su perihelio, sino una de las figuras de dicción que estamos enumerando. Consiste en utilizar la misma palabra al final de una frase y al principio de la siguiente. Veamos un ejemplito:

Si eres, *Zaide*, un *mentecato*,
mentecato es tu papá.
Piensa al bailar en la *zambra*"
la *zambra* que se va a armar

Romancero

Gradación. Cuando una frase toma un sentido ascendente o descendente, subir y bajar expresados por conceptos y frases, y por lo tanto la cosa sube o la cosa baja, se llama *gradación*. Vamos a ver si con ejemplo se entiende mejor lo de la subida y la bajada de la cosa:

Y muy atento has de estar a lo que te diga, Sancho amigo, bebiéndote, si preciso fuera, sus palabras, aunque ese trasegar se aminore poco a poco hasta extinguirse y finir en bostezo y cabezada, que meollo de hembra parlera es como castaña, que encubre bajo su exterior lozano lo huero y fofo de su cacumen.

DON MIGUEL

Anáfora. Mucha gente, al oír hablar de la *anáfora* piensa que se trata de una tinaja griega horrorosa a la que siempre le falta un asa. y no; la *Anáfora* es una de las más importantes figuras de dicción, y consiste en repetir la misma palabra al principio de varias cláusulas consecutivas.

He aquí un ejemplo alucinante:

Sois, don Gil, no es lisonja,
mentecato como un burro;
sois estólido y mastuerzo,
sois camueso y mameluco,
sois más tonto que Pichote,
sois sandio, porro y tontucio,
sois babieca y papanatas,
sois beocio y zamacuco,
sois tonto de capirote,
zampatortas, tuturuto,
sansirolé, mamacallos,
cipote, tolondro y zurdo;
sois el que asó la manteca;
sois, don Gil, gilí y obtuso,
y *sois*, en fin, lo que *sois*,
porque *sois* tonto del culo.

LOPE DE VEGA,
Las pamemas de Mantis,
jornada III, escena X

Epístrofe es una figura de dicción contraria a la anáfora. Se comete epístrofe cuando se repite una misma palabra al final de varias cláusulas o frases.

Vamos a verlo:

El generalito Contreras se apropió, lechuzo y agaritado, contemplando los lejos llenos de fusiles. Manando de los llanos calvos de Apatusco, fusiles. y tras la terrosa geodesia de Santa Petrita de Poplatlán, fusiles.

VALLE-INCLÁN

Concatenación. Su mismo nombre lo va pregonando: es un encadenamiento de palabras, palabras que (he aquí una concatenación, terminan un periodo y comienzan el siguiente, como si el autor temiese que el vocablo se le olvidase, y recalcará e insistiera.

Un ejemplo sugerente:
Zaide, me llenas de *burlas*,
burlas que son como *espadas*,
espadas de doble *filo*,
filo que se me atraganta
por el filo de la lengua
de Filo, que fue mi amada
y tuya, por eso estamos
con filo y sin Filo en casa.

Romancero

Epíteto es sencillamente un adjetivo que se une a un sustantivo con el fin de que éste tenga más fuerza expresiva. También se conoce con el nombre de *epítetos* a denostar a una persona determinada, acordándose con elegancia de la madre que lo parió. En vez de reseñar aquí esa clase de epítetos, pongamos varios ejemplos de los que son tolerados:

Mágica estrella de la noche.
La *puerca* miseria de los desheredados.
Las *rutilantes* alhajas de los nuevos ricos.
La *eficaz* labor del gobierno.

Nota; Esto último, además de un epíteto, ha sido casi siempre en España una mentira.

Cuando el epíteto está formado por una frase o sustantivo adjetivado se llama *aposición*.

Ejemplos:

Bach, el *padre de la música*.
Santiago Bernabeu, el *mecenas de España*.

Retruécano es en realidad un bonito juego de palabras, un retorcimiento de una o varias frases hasta conseguir una pirotecnia verbal que, casi siempre, no tiene nada debajo.

Ejemplo:

Seamos razonables, pero recordemos que la razón de la sinrazón es el razonamiento de los que, no razonando, razonan con su sinrazón. y esa razón irracional que no se puede razonar como la razón, indica que tengo razón.

BENAVENTE

Cuando el retruécano lo escribe un autor cualquiera, la crítica dice que es una gansada. Cuando el retruécano procede de una pluma consagrada, se considera una frase genial.

Hipérbaton. En manos de un escritor -sobre todo de un poeta- la frase puede llegar a tremendos grados de extorsión y retorcimiento. La alteración del orden natural de la frase se conoce con el nombre de *hipérbaton*. Maestro de esta clase de líos literarios fue don Luis de Góngora, que con su culterano cerebro exprimió, retorció y alteró todo lo alterable. De tan estupendo e importante poeta pueden muy bien ser estos versos:

Estas que son del aire margaritas,
aspas y ruedas de floral molino,
dormidas, que al reír, dulce tocino,
las va dejando el aura más contritas.

DON LUIS

Elipsis. Con el fin de ir más deprisita, el escritor suprime a veces palabras al parecer innecesarias. De esta manera da a la frase más concisión, más viveza.

Ejemplo:

Juntos estáis, y yo tal vez en Babia;
juntos sobre mi lecho, ¡mil infiernos!
¿Qué os sucede? ¿Ya mí? Funesta rabia
me indica que pusísteisme los cuernos.

Como puede observarse en el ejemplo anterior, el poeta (anónimo esta vez, porque nadie se confiesa cornudo ni en endecasílabos) pudo haber dicho :

Juntos estáis y yo *estoy* tal vez en Babia.

y luego:

¿Qué os sucede? ¿Ya mí *qué me sucede también?*

No lo hace así el autor incógnito del citado serventesio para no alterar las sílabas del verso y para expresar con viveza y prontitud la triste circunstancia de tener una esposa que, según puede deducirse, es un zorrón desorejado.

Y por fin, para terminar con estas interesantes y folloneras figuras de dicción, tenemos el

Pleonasmo. Esta virguería retórica es el caso contrario de, la elipsis, o sea, el uso y abuso de palabras; vocablos que, a pesar de su aparente inutilidad, dan fuerza, vigor, gracia, pundonor y lo que hay que tener.

Verbi gratia:

Te escuché con los oídos
y con los ojos te vi,
¡ay de mí!,
y mis celos encendidos,
celos del que sufre y ama
comprobaron por mi mal,
¡ay rosal!,
que te encontrabas en cama
con un perito industrial.

GUTIERRE DE CETINA

Figuras de pensamiento

De la misma manera que las figuras de dicción servían para embellecer la frase, éstas de pensamiento ponen a éste (el pensamiento) que da gusto verlo. Vigorizan la expresión, embellecen las ideas, porque, según quedamos, esta clase de figuras retóricas se refieren al fondo y no a la forma. Hagamos un resumen de las más importantes :

Optación, que consiste en expresar un deseo ardiente de cositas buenas a otra persona, animal o cosa. Es mejor siempre desear ventura a una persona, porque siempre nos lo puede agradecer, aunque no lo haga a menudo, porque el género humano es un asquito.

Un ejemplo:

Que el conde, Marcela hermosa,
te regale cual mereces,
y te ferie y baile el agua
sin caprichos ni desdenes,
y te colme de favores,
y los domingos te obsequie

con la honesta cana al aire
del pueblo español: pasteles.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN,
Más vale un toma que dos te daré, jornada II,
escena XIII

Execración es un deseo, una apetencia de males para sí propio. Esta figura se presenta muy pocas veces, porque el que más y el que menos prefiere -es muy humano -que los males y desgracias le sucedan al vecino.

Ejemplaricemos:

Téngase allá el malandrín, follón, bellaco, dijo a esta sazón don Quijote, blandiendo una hogaza de pan moreno y una escudilla de magras, que mis ojos cieguen y mi razón se oscurezca si no sois vos el menguado hideputa, puta que os parió en mal hora. y diciendo esto, dio con las magras y el pan sobre el rostro de Froilán de Pasamontañas, el cual, si no comió por dentro aquel día, hízolo por fuera, aunque no con tan gran provecho.

DON MIGUEL

Imprecación es un deseo de males, desgracias y pejugueras a otra persona. Esta figura, aparte sus características retóricas, es una ordinariez. He aquí un ejemplo que servirá como aclaración del asunto:

-¡Ojalá que tus amigas
te designen con un mote,
que se te llene el cogote
de alcachofas y de ortigas;
que se te suelten las ligas
y se desgarre tu ropa;
que muy cerca de la popa
se te forme un aneurisma,
y que te rompas la crisma
sobre los Picos de Europa!

JOSÉ ECHEGARAY,
O memez o antipatía,
acto 3^o, escena VII

Erotema o interrogación. Esta figurita tiene sus más y sus menos, porque en realidad es una pregunta que uno mismo se hace. y las preguntas que se plantea uno mismo generalmente no tienen respuesta, salvo en los freudianos casos de desdoblamiento de personalidad.

Si la pregunta que el escritor se hace es contestada por un señor que pasa en aquel momento por allí, no vale.

En fin, la cosa es que uno ha de preguntarse algo.

Sirva como ejemplo este interrogantísimo soneto:

¿Qué sucede, qué ocurre que no salto
de gozo y de otras cosas que no digo?
¿Por qué razón me importa todo un higo?
¿Por qué ni me conmuevo ni me exalto?
¿Soy acaso una estatua de basalto?
¿Soy vil y deshonesto? ¿Soy de abrigo?
¿O con fruición espero a algún amigo,
por sacarle diez duros, sable en alto?
¿Cómo soy? ¿Cómo soy? ¿Qué espeso vaho
cubre mis ojos y mi cuerpo zurce?
¿Por qué un pipiripao, juerga o sarao
me dejan insensible como un urce?
¿ Porque voy de Santurce hasta Bilbao
y no voy de Bilbao hasta Santurce?

RODRÍGUEZ MARÍN

Deprecación, que tiene nombre de crisis financiera, es en realidad una súplica ferviente, un ruego expresado en forma poética y, si me aprietan, cursi. A veces da pie para que el escritor exprese un pensamiento profundo y filosófico, como sucede en la copla -sabiduría del pueblo- que va como ejemplo:

¡Calla y no llores, mujer!
¿Que descendemos del mono?
¡ y qué le vamos a hacer !

Popular

Preterición es una trampita, una finta donosa que permite al autor fingir pasar por alto lo que se está declarando con toda la boca.

Para muestra, he aquí un botón:

Y nada les diré del tren que gastan -dijo doña Tomasa ajustándose el peinador- y pasaré por alto cenas frías, calientes y templadas, abonos del Real, chocolatadas, merendolas y cuchipandas, que no parece sino que el dinero se les viene a las manos, como a los israelitas les caía de bóbilis bóbilis el rico maná del firmamento.

PÍO BAROJA

Apóstrofe es una figura que durante muchos siglos de historia literaria ha tenido cultivadores. Consiste en lo siguiente: el escritor simula dirigir la palabra a seres inanimados, los cuales, naturalmente, no responden. y en los casos en que estos seres inanimados han respondido, los poetas se han llevado un susto de garabático. Pero ya digo que esto no suele suceder con frecuencia, porque los seres inanimados no hablan; para eso son inanimados.

Vamos a ver si con un ejemplito comprendemos mejor la cosa:

¡Salve, lago profundo, en cuyo seno,
desde tus hondas heces
que enturbian tu cristal manso y sereno,
crías limo viscoso, crías peces,
y si te da la gana
crías otras especies ahí abajo:
ora la verde y cantarina rana,
ora el repugnantillo renacuajo!
¡Dime, lago silente,
por qué te has removido de repente...!

QUINTANA, 45,3^o dcha

Reticencia. Es la reticencia la figura de los puntos suspensivos, la de las malicias y sobrentendidos, la de la mala uvita. Para cometer reticencia hay que dejar incompletas las

frases con el fin de que el que escucha comprenda que no todo el monte es orégano. Una verdadera monadita, vamos. He aquí un buen ejemplo de *reticencia*, que brindo a la afición:

¿De Aurelia qué te diré?
Tú ya sabes... Imagina...
Lo que yo piense es harina
de otro costal. ..Pero sé
cosas... Sospechas de que...
Rumores que con descaro
circulan... No sigo. Paro.
Cuando la verdad reluce...
Ata cabos y deduce
que lo que he dicho está claro.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA,
Nunca es tarde si la dicha es buena,
acto 1^o, *escena XVIII*

Litote o atenuación. Seguimos con las figuras que permiten al autor no ir al grano, sino deambular en tomo a él (al grano, claro). El escritor comete litote cuando mediante un rodeo niega lo contrario de lo que quiere afirmar. Parece que no, pero es muy bonito este lío.

Ejemplo:

Buena la haríamos, es cierto -replicó don Homobono-, si la Regencia de estos estados recayese en otra persona que no fuese nuestra idolatrada María Cristina, que a don Baldomero, sobre no tener, cual la Reina, su gracia y desparpajo de jamona napolitana, le faltarían Muñoces a quienes contentar y Eolos de camarilla que con sus bufidos hinchasen las velas de la desvencijada, aunque clericalísima nave del Estado.

DON BENITO

Sinonimia. Esta figura de pensamiento no es más que una acumulación de términos, cuya significación es parecida, que consiguen reforzar y amplificar un pensamiento.

Escojamos al azar un texto cualquiera que nos aclare la cuestión:

La Majestad de Isabel II, ajamonada, lardosa, pandorga, túrgida, retaca y botijona, acarició su ampuloso busto de real comadre con sus manos empopadas y populacheras que sostenían casi en vilo el cetro de ambos mundos.

VALLE- INCLÁN

Antítesis es una figura en la cual se establece como una especie de contraste de fuerzas opuestas, es decir, que se habla normalmente de una persona o cosa y de repente, gracias a un giro rápido, se expresa lo contrario. Esto no se emplea más que en literatura. Expresarlo en la vida real suele producir un ambiente espeso que casi siempre termina, para el que ha cometido antítesis, en un sopapo.

Ejemplo de antítesis:

Ríes envuelta en ramos de magnolias.
Ríes y ríes siempre, sin pensar
que le debes seis meses al casero. ¡ Mañana llorarás !

BÉCQUER

Idolopeya es una bromita necrológica, una gracieta que el escritor se permite, poniendo frases y conceptos en boca de una persona que ha muerto. La Retórica no dice nada referente a si la figura de pensamiento tiene validez cuando a la persona fallecida se le ha practicado la autopsia.

Aclaremos dudas con un ejemplo extraído del inmenso caudal de nuestra poesía romántica:

La losa del monumento
alzóse tres veces, tres,
tanto que quedó inclinado
eso que dice R.I.P.,
y la firme voz del conde
dijo a su esposa: «Mujer,
mira lo que estás haciendo,
pues no me parece bien
que recién viuda, pichona,
al devaneo te des,
y éste quiero, éste no quiero,
soldado, paje o doncel,

te acompañen, y ese lecho
en el que anteayer finé,
lo tengas más concurrido
que un baile o una *kermés*.»

DUQUE DE RIVAS

Eufemismo es la manera de expresar con cierto disimulo decoroso, con cierta falsedad de buen tono, ideas cuya expresión directa heriría los inmaculados oídos de la gente timorata y pudorosa.

Ahí va un ejemplo de eufemismo, expresado en esta décima:

Doña Narcisa Laborda
que está soltera asegura,
sin embargo, la cintura
hásele puesto asaz gorda,
y tanto y tanto desborda
miriñaque y pañolón,
que esa hidrópica hinchazón,
me está dando en el olfato,
ni es propia del celibato,
ni puede ser un flemón.

HARTZENBUSCH

Paradiástole es una figura retórica y no una enfermedad del corazón. Vaya esto por delante. Este delicioso floreo retórico se produce cuando el autor utiliza voces de la misma significación, dando a entender que la tienen distinta. y cuando no lo logra, aunque no haya paradiástole, ida una risa...!

No sé si el ejemplo cuadra o no con el asuntillo, pero por mi parte que no quede:

Vino, sentimiento, café, copa y puro
forman los cantares de este tiempo duro
Cantares...
Quien dijo cantares ha dicho cianuro
(potásico. No cabía).

MANUEL MACHADO

Hipérbole es, ¡vive Dios!, una figura de pensamiento castellana cien por cien; cuadra perfectamente a nuestra idiosincrasia ampulosa y obesa, a nuestra manera de exagerar los acontecimientos, a nuestra paciente fabricación de castillos en el aire.

La *hipérbole* es la hinchazón hasta lo inverosímil, hasta lo fabuloso; es la caricatura literaria, la acumulación de adjetivos, lo superlativo hecho carne.

Las descripciones hiperbólicas son características de algunos autores famosos de nuestras letras.

Ejemplo:

Érase una mujer con carne tanta
que su grosor llegaba al infinito.
Érase una pirámide de Egipto
y un Escorial de carnes que ataranta
Érase encarnación que se agiganta,
érase a cada paso un gran conflicto,
érase un odre de tocino frito,
érase una mujer casi elefanta.

QUEVEDO

Epítome es una figura bastante socorrida, que consiste en repetir algo que ya se ha dicho con el fin de dar más claridad y fuerza al relato. También se comete *epítome* cuando en boca de un personaje se pone un dicho, muletilla o estribillo machacón. Cuando un escritor comete epítome en casi todas sus páginas, se llama don José María de Pereda, novelista montañés muy apreciado en su patria chica. Del insoportable e inolvidable -no se le olvida fácilmente- novelista santanderino es el ejemplo que va a continuación:

-¡Cristu! -exclamó el doctor Falces iracundo-. ¿y ahora le sales con esu? No iré, que no parece sino que a vuestras mujeres, ¡Puches!, se les ocurre echar criaturas al mundo cuando yo estoy jugando una partiduca en el Casinu. No me moveré de aquí, ¡puches! y menos ahora, que voy ganando cuatro perrucas, que trabajo me costó, ¡Puches!

y no te estés ahí como un tontu, que de aquí no me voy,
¡puches!

PEREDA

Epifonema no es un telegrama trasatlántico, sino una especie de recapitulación final, una consecuencia global que el autor saca de todo lo que ha expuesto con anterioridad.

Ejemplo al canto de esta especie de resumen literario:

A trompicones anda, pierde el paso,
acude a todas partes sin sentido,
y se ahoga en un vaso,
y se siente perdido,
que tal es el tremendo y triste caso
del hombre cuyo sueldo es muy escaso.

FRAY LUIS DE LEÓN

Tautología es la repetición, la insistencia machacona de un concepto, de un pensamiento que el autor disfraza presentándolo de diversas maneras a ver si cuela.

Cuando se comete esta repetición, adobada de distintas formas, se cae en la *tautología* y en el tabarrón. Tal sucede a la gloriosa autora que se cita a continuación:

El día brumoso y gris se deshizo en copiosa lluvia sobre Vilacachelos. Anegaba las soñolientas rúas aquel caer incesante. Sobre la Plaza Morriña parecía que se habían abierto las cisternas del cielo. y lejos, en los pazos, aquella cortina monótona lo mojaba todo, según costumbre muy arraigada en tierras galaicas.

PARDO BAZÁN (Condesa de)

Parresia. Si alguien les dice a ustedes que una tía suya murió de parresia, créanselo. Es una figura retórica, pero por ser al mismo tiempo un puro truco, hay lectores que no pueden soportarla y fallecen en el acto, previo pipiritaje y sofoquina.

Seamos más explícitos: la *parresia* es lo siguiente: decir, al parecer, cosas ofensivas a una persona, que no son tales, sino plácemes, loas y caramelos de limón y menta.

El empleo de la *parresia* es muy delicado en castellano, porque el interlocutor, es decir, el que está soportando los fingidos vejámenes, no puede reprimirse, le aflora su sangrecita torera y suele propinar al que habla una bofetada fenomenal.

Un ejemplo para desbrozar el camino:

Doña Sol, las que cual vos
nacieron en alta esfera,
ya los placeres del mundo
sin ton y sin son se entregan;
las que con galanes parlan
en la calle o en la reja,
y permiten que otras manos
les toquen las consecuencias ;
las que con manto tapadas,
y sin manto, descubiertas,
con manto y sin manto al monte
se han jugado la vergüenza,
las gentes las llaman zorras,
pelanduscas y pellejas.
Menos mal que vos no sois,
doña Sol, como son éstas,
que en vos es la honestidad
oriente, siendo vos perla,
y ningún galán os toca,
porque no sois pandereta.

TIRSO DE MOLINA,
La condenada por fiarse mucho,
jornada 2^a, escena XXI

Tropos

Cuando un escritor sustituye una palabra por otra con la que tiene cierta relación, aunque sea lejana, ha hecho un tropo como un castillo.

Esta semejanza entre las dos palabras ha de tener cierta lógica, de lo contrario no vale.

Los tropos son muy necesarios para la narración, porque esmaltan y dan fuerza y elegancia a las frases. En castellano

hay unos cuantos tropos, pero citaré los más importantes para que no digan luego que saco a relucir *tropos sucios*.

Como decía un poco más arriba, los tropos básicos son tres:

Sinécdoque
Metonimia y
Metáfora.

Sinécdoque es un tropo bastante extendido, porque se suele cometer con frecuencia. Consiste en nombrar parte de un objeto para designarlo por entero. Bueno, explicado así parece un follón, pero en realidad es bastante sencillo y puede resumirse de esta manera: el todo por las partes (con perdón).

Ejemplos de sinécdoque:

El conde tiene *tres mil cabezas*, por tres mil reses.

En el teatro no cabía *un alma*, por una persona.

y así todo.

Metonimia es designar una persona, animal o cosa con el nombre de otra con el que guarda cierta relación de dependencia. Las metonimias pueden aparecer cuando menos nos lo figuremos.

Ejemplos:

El continente por el contenido, o viceversa:

Se tomó doce *copas*

Que no quiere significar que un señor se tragase los doce recipientes de vidrio, sino que se tragó el contenido de ellos. Con este curioso ejemplo no sólo se comete metonimia, sino que se coge una cogorza impresionante.

Más cosas :

El lugar por la cosa que de él procede:

Felisa bebía *jerez y rioja*.

Sin comentarios, porque las hay ansiosas.

Más:

El autor por su obra:

En casa hay dos Rembrandt y un Velázquez.

No caerá esa breva. Más todavía:

El autor por su obra:

Leo a Vargas Llosa.

Que no significa que yo me ponga delante de ese autor con la pretensión de leer en sus ojos, sino que me he gastado el dinerito comprando una de las novelas escritas por el señor Vargas Llosa y la he leído solamente hasta la página 59, porque el citado novelista me aburre como no quieran ustedes saber.

Hay más cosas sobre las metonimias, pero prefiero pasarlas por alto, porque ya está bien.

Metáforas. Siempre que he oído hablar de metáforas se me ha antojado que son unos relieves que hay en el Partenón. y no. Las metáforas son tropos, y funcionan sencillamente cambiando el nombre de la cosa que se quiere nombrar por el de otra. ¿Verdad que explicado así parece un barullo del diantre? Pues lo es.

La metáfora -dicen preceptistas, pedagogos y retóricos de campanillas, es el florón y la gala del lenguaje literario. y seguramente tienen toda la razón del mundo, porque cualquier trozo literario se enriquece con el empleo de metáforas. Lo contrario es hacer las cosas a la pata la llana, como don Pío Baroja, que tenía estilo de dependiente de ultramarinos.

He aquí algunos ejemplos de metáforas:

La Casiana encendió el cardenillo óseo de su rostro, que se quebró, refitolero, en una podrida y fervorosa mueca odontálgica.

V ALLE-INCLÁN

La tarde, pecera verde,
baila entre los olivares,
y las muñecas de vieja
de la vid, forran estantes,

GARCÍA LORCA

Has de saber, Sancho hermano, que cuando nuestros sesos se elevan y vuelan por las inmensas salas del espacio, calla la lengua y el ingenio dormita, que el que discreto es, por discreto lo tienen, y más vale un toma que dos te daré.

DON MIGUEL

EL ESCRITOR, SUS FACULTADES Y PERENDENGUES

ESCRITOR

Se da el nombre de escritor a un señor que, generalmente, se pasa la vida sin un céntimo. A veces el escritor se torna glorioso, circunstancia que le permite comer algunos días de la semana.

Cuando dos escritores se reúnen, pueden suceder varias cosas:

- 1ª que decidan hacer una comedia en colaboración;
- 2ª que hablen mal de un tercer escritor, que, casualmente, no se halla presente;
- 3ª que se limiten a tomar café.

Cuando en vez de ser dos los escritores reunidos, son tres, hablan mal, no sólo del colega que se encuentra ausente, sino de todos los escritores españoles y extranjeros.

Cuando en la reunión hay más de tres escritores que hablan mal, se llama Café Gijón.

CUALIDADES DEL ESCRITOR

El escritor hispano tiene notables cualidades que realzan su gran personalidad. Estos adornos y cositas son los siguientes:

- 1º El *gusto*. Si el escritor no tiene gusto es difícil que le salga nada aceptable. La frase *el gusto es mío* es un lugar común inventado por un escritor que se creía con más facultades que los otros.

2º La *originalidad*, que consiste, como todos ustedes saben, en el arte de copiar a los demás sin que se note demasiado.

3º La *inspiración*. Esta cualidad es muy discutible. La inspiración es algo suave, etéreo, intangible, que baña de repente al artista. Si tuviéramos que exigir la correspondiente inspiración a los escritores actuales, no se publicarían en España más que cinco o seis libros al año.

Aparte estas cualidades clásicas, el escritor tiene otras, menos ortodoxas y menos estudiadas, ya que se me acaban de ocurrir en este momento.

Helas aquí:

1ª La *soberbia*. El escritor se cree siempre el mejor de los mejores, no sólo de España, sino del mismísimo orbe.

2ª La *avidez*, que se demuestra en los casos en que escritores más o menos consagrados concurren a un premio literario, y se lo llevan, claro, gracias a las buenas amistades que suelen tener entre los miembros del jurado.

3ª La *cochina envidia*. Cualquier escritor, al enterarse de que un colega ha alcanzado un éxito, se pone verde, porque él piensa que los demás no deben vivir ni siquiera de los éxitos que a él le han sobrado.

PROTECCIÓN A LOS ESCRITORES

Creo con sinceridad que no hay país en todo el globo que proteja más a los escritores que España. Conste que al decir que el escritor está protegido no me refiero a que el Estado subvencione a un par de guardaespaldas con la misión de proteger y defender al citado escritor en caso de una repentina agresión provocada por las masas de lectores airados. Me refiero a que probablemente no hay nación en el mundo en la que abunden como aquí los certámenes, concursos, premios, juegos florales y demás brevas literarias. Lo que sucede es que casi siempre se chupan estas brevas unos cuantos señores, no sé si porque son de la situación o porque dominan el mecanismo interno del referido chupe.

Pienso también que la protección abierta a los escritores noveles resulta casi repugnante. Hay en nuestra patria cientos de concursos para la protección de escritores noveles, como si convocándolos y alentándolos fuese suficiente para conseguir unos resultados propicios. El Estado y algunas instituciones privadas pecan en este caso de ingenuidad, porque escritores «de verdad» no brotan más que uno cada diez años, y me quedo corto.

Lo único que se promueve con esas convocatorias es el encono y el inconformismo sin fundamento, porque váyale usted a decir a un pollo que ha presentado su comedia o novela que lo que ha hecho es un engendrito muy salado. El gahnápiro se revolverá y lo primero que se le vendrá a la boca será decir que así van las cosas en España.

Todo esto se evitaría reuniendo el dinero que se gasta cada año en certámenes y concursos y repartiéndolo entre los escritores conocidos, que son los que de verdad trabajan. Lo demás es fomentar medianías, porque cuando un escritor vale, no le hacen falta premios literarios: se coloca solo.

Sí; el dinero de todos esos galardones debe repartirse entre los verdaderos profesionales, siempre, claro, que en ese reparto me toque algo a mí.

EL ESTILO LITERARIO

Estilo literario es la forma personal, el procedimiento de que un autor se vale para poner en pie lo que previamente se le ha ocurrido. También es parte del estilo el ropaje con el cual el escritor viste sus ideas para que el público no advierta que las susodichas ideas eran ya viejas en tiempos del conde de Floridablanca.

Se suele decir que cada hombre es un estilo y que por el estilo se puede conocer al escritor. Yo digo que es cierto, pero en realidad sólo se puede conocer a doce, porque los demás se parecen mucho los unos a los otros, y, claro, como se parecen tanto, se confunden entre sí, Baroja incluido.

También se asegura que el estilo es el reflejo del alma del escritor. Aserto dudoso, porque si tal es cierto, ¿qué clase de alma descarada, cochina y procaz tiene don Camilo José Cela? ¿Qué alma tan plúmbea tuvo don Marcelino Menéndez Pelayo, siempre castrando trozos y fragmentos, al parecer libidinosos, de nuestra Literatura, menos atento a que la aprendiéramos que a que nos condenáramos por impíos?

Lo que sí es evidente es que el medio ambiente y las circunstancias de la vida del escritor influyen en él y, por ende, en su estilo. De no haber nacido vasco, Unamuno no hubiera sido escritor, pero como en el norte siempre está cayendo la lluvia, para no mojarse, cogía cuartillas y pluma y llenaba las primeras con la segunda. Un caso parecido fue el de la condesa de Pardo Bazán, que como estaba gorda y le costaba trabajo salir a la calle, se quedaba en casa, se hacía chocolate, y se imaginaba que era escritora. ¡Cosas del clima!

CLASES DE ESTILO

Resulta sumamente difícil hacer una clasificación racional de los distintos estilos hispanos. Hay muchas dificultades, como son ciertos matices, ciertas tendencias, que nos impiden encasillar a un escritor determinado en un grupo de iguales o parecidos colegas.

Hay que tener también en cuenta que la política ha invadido con bastante frecuencia el campo de las letras. y como casi siempre han gobernado España los partidos conservadores, las clasificaciones las han hecho los conspicuos de estos partidos y así siguen desde entonces.

Pero todo tiene su compensación, y si es cierto que en el campo de la erudición y la sabihondez la mayoría ha sido siempre de ideas moderadas, los escritores en sí, los poetas, novelistas y dramaturgos españoles, salvo pocas excepciones, fueron liberales.

Sin que sirva de precedente, voy a intentar una clasificación de los estilos literarios españoles.

Como norma general hay siempre, en todo tiempo, dos tendencias contrapuestas, enemigas casi: la conceptista y la culterana. Es decir, Lope colocado enfrente de Góngora. Yo me quedo siempre con Góngora. Como me quedo, siglos después, con el autor de aquello de

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...

a toda la profundidad de Unamuno; porque creo que hacer poesía no es dogmatizar, ni escribir un tratado de filosofía. y si lo que me dicen me lo dicen bien, prefiero la belleza de lo liviano, de lo superficial bien dicho, que los esfuerzos y asmas y flatos profundos de aquel mejillón con boina que daba clase en Salamanca.

Sin comprometerme a nada definitivo, me atrevería a hacer una clasificación de los estilos literarios españoles, que sería, poco mas o menos, así:

Estilo lacónico
Estilo florido
Estilo ático
Estilo suavito
Estilo enérgico
Estilo sublime
Estilo a la pata la llana
Estilo comedido
Estilo frigorífico.

Estilo lacónico. Pensar en el estilo lacónico me da siempre mucha hambre, porque se me antoja que tiene algo que ver con el lacón con grelos, riquísimo plato galaico que me parece superior a muchas creaciones literarias. Desgraciadamente no es así, y el estilo lacónico es aquel que utiliza como medio de expresión la frase breve, concisa, directa. Se diferencia de un telegrama en que ni hay que pagar al final, ni lo recibe Luisita.

Pongamos un ejemplo de estilo lacónico, que eso siempre ayuda:

Las nueve. Llueve en Gijón.
Salgo. Me calo el chambergo.

Espero ante la estación.
Dos horas. No vienen, «ergo»
me han atizado un plantón.

SELGAS

Obsérvese en el ejemplito anterior el estilo conciso y lo repugnante de los versos.

Estilo florido. Se caracteriza este estilo por la abundancia de adornos y floreos, por las metáforas y tropos en general, por la barroca construcción de sus cláusulas.

SEMÍRAMIS. Corceles transparentes
que profundos salís de aquestas fuentes,
¿cómo, equinos chorlitos,
podéis llenarlo todo de chorritos?
Al miraros exulto
y ebúrneo y nacarino tengo el bulto.
¡Oh ubérrimos pensiles,
alcatifa de tiernos perejiles!
¡Oh jardines colgantes
más frescos y en sazón que estaban antes!
Aquí el cardo selvático
crece, entre borriquero y aromático;
aquí llega el escriba
a ver la abeja que en el polen liba;
aquí el sátrapa amigo
viene a desayunarse con el higo,
y con la falda abierta
pasean, gala y pompa de esta huerta,
mis esclavas, que al ir tras el ciclamen,
enseñan al andar pierna y musulamen.

CALDERÓN DE LA BARCA,
Las pejiqueras del mundo,
acto 1^o, escena III

Estilo ático. No vayan a pensar ustedes que esto tiene algo que ver con los últimos pisos de las casas. El estilo ático es una especie de equilibrio, de ponderada balanza literaria que

nunca se decide por uno de los platillos y, con equidad, se mantiene en el fiel. El estilo ático es elegante.

Ahí va como ejemplo un fragmento de una comedia muy conocida:

EETELVINA. ¿Quién llega?

TRASPORTÍN. Mi señor, hermosa Eetelvina, que no se atreve a decirlo mucho que os ama. Os lo diré yo en su lugar, que su timidez encuentra portavoz en mi osadía.

EETELVINA. ¿y quién es vuestro señor?

TRASPORTÍN. El noble Licordio.

EETELVINA. ¿Licordio? Tiene nombre de piano.

TRASPORTÍN. y lo es.

DONA TRUFA (*falsamente indignada*). ¡No puedo consentir esta intrusión desvergonzada!

TRASPORTÍN. Consentireis, doña Trufa. En toda vuestra larga vida no habeis hecho más que eso: consentir.

DONA TRUFA. Bien, pero...

TRASPORTÍN. y consentir es aceptar lo que, si no se hubiera consentido, no hubiera podido realizarse por falta de consentimiento.

EETELVINA. Una frase muy bella.

TRASPORTÍN. No es mía. Se le ha ocurrido a mi señor.

DONA TRUFA. Pero. ..tu señor y tú sois. ..

TRASPORTÍN. Dos fuerzas distintas. Todos llevamos dentro un lobo sanguinario y un ingenuo y tierno corderillo. En este reparto de papeles de la vida, a mí me ha tocado ser el lobo carnicero, ya mi señor, como podréis ver, el borrego. (*EETELVINA y LICORDIO se acercan, cogidos de la mano.*) ¿Lo veis? La hermosa Eetelvina no pelagra en manos de mi señor, puesto que la parte mala, la del lobo, la lleva un servidor .

EETELVINA. y así termina la farsa, que deja de ser la farsa para ser la vida, cuando la vida, que es farsa, no se atreve a serlo, y la farsa, que también es farsa, mueve los hilos de cristal de la farsa, de la vida y de un follón del demonio.

JACINTO BENAVENTE, *Los entremeses fiados*,
acto 3^o, escena última

Estilo suavito. Como su nombre indica, esta clase de estilo literario es azucarado, femenino y blandengue. El escritor que lo cultiva no saca jamás los pies del plato, y sus párrafos o versos tienen una encantadora nostalgia y un pucherete de niño abandonado a punto de ser recogido por una condesa en la calle de Jacometrezo.

He aquí un ejemplo como aclaración oportuna:

Ya están aquí, Platero, rompiendo el cristal del atardecer violeta con sus negras pedradas aéreas. Son los vencejos, ¿sabes, Platero? Esta noche dormirán boca abajo en cualquier establo, invertidos como peras pochadas a punto de caer del árbol. ¿Los ves? A mí me dan asco, porque han roto la diafanidad de la tarde malva, líquida y estupefacta. No mataremos ninguno de esos vencejos, porque somos lánguidos y cursis, pero no los miraremos más. Para que se chinchen, Platero.

J. R. J.

Estilo enérgico. Es el reverso de la moneda del estilo anterior y es, por lo tanto, fuerza, vigor, exaltación, desplante de farruca, atrevimiento. Los escritores que han cultivado esta clase de estilo han sido casi siempre pasto y merienda de nuestra diestra y conspicua Censura. No por nada, sino porque se han ido exaltando y calentando poquito a poco, y sin querer han rozado lo escabroso o lo prohibido. Téngase en cuenta que lo escabroso varía en España de una manera radical. y lo que ayer era tolerado, hoy puede ser pernicioso. y al revés. y la cosa no queda ahí, sino que, a pesar de haber sido autorizada una obra cualquiera, como España está dividida en muchas provincias y en cada una de ellas hay autoridades dispuestas a velar por nuestra salvación, la obra puede ser escabechada en una, varias o todas las provincias españolas.

En estos casos me imagino que en el seno de las instituciones nacionales ha de producirse algo parecido a lo que se conoce con el nombre de «Cisma de Occidente». Porque, si unos han autorizado y otros prohibido, y unos y otros creen que la razón está de su parte, lo lógico es que se lancen dicterios y maldiciones, del mismo modo que antaño, cuando llegó a haber tres papas, se excomulgaron los unos a los otros.

Como los españoles son extremosos, confunden el estilo enérgico con el estilo procaz, porque aquí no hay término medio. Esta manera de hacer ha sido empleada por unos

cuantos escritores a los cuales la Censura les ha dejado pasar muchas cosas gordas. Hemos de suponer que esos escritores privilegiados estaban recomendadísimos, bien porque eran de la situación, bien porque durante la guerra tuvieron a un cura escondido en su casa, bien porque, sin que los demás lo hayamos adivinado, eran censores, y así, ya se puede.

Ármense de paciencia, porque a continuación voy a insertar un resumen de un poema con música de compositor «de allá» y letra de conspicuo académico «de acá». El poema se titula «María Cretina». Su autor lo define como *tragifollón en tres melopeas* (con perdón de la mesa):

La escena representa un cadalso. Los espectadores (caso de que los haya, se llevan un disgusto mayúsculo cuando ven que en vez de ajusticiar al autor, dos esbirros traen aherrojada a María Cretina. La interesada, con meneíto de danzón libidinoso, recita desde el finibusterre:

I

Soy la mujer greñuda;
soy la mujer cocida, seca, endrina;
soy la mujer que suda
y por eso va oliendo a sobaquina.
Soy la mujer barbuda,
soy la mujer pantera,
que un día da pavor y otro dentera
Soy la mujer-guitarra;
soy la mujer-cotorra,
una guarra
y una zorra.
Soy la mujer que mea
sin que nadie la vea
(pues no es un espectáculo bonito
dar gratis a la gente el numerito).
Soy la mujer que otea,
y como soy del trópico,
empleo para hablar el rico tópico.

II

Se ha muerto el mono. Sonríe,
que es carne que se corroe,
carne de reo que ríe;
río que rae y que roe.
Se han muerto en el mediodía
Avicena y *Averroé*
(la ese no me cabía).
El presidente Monroe
se ha muerto en Kalamazoo.
(Le guardan luto en Pequín
mandarina y mandarín.)
En Aguilar de Campoo,
víctima del garrotín
se ha muerto el Padre Feijoo,
y muy cerca de Verín
(Orense) tuvo mal fin
don Gonzalo de Berceo
de un empacho de ruibarbo.
Y se ha muerto en Ribadeo
Greta Garbo.

III

Yo me lavo con la flor;
yo me lavo con la hoja,
con canto de ruiseñor,
con «Langosta Thermidor»
y *La Busca*, de Baroja.
Me lavo en Tarapacá
con minas de oro y de plata,
ya orillas del Paraná
me abluciono con horchata
(sin la paja, claro está).
¡Fallezco como una vaca!
¡Soy la hechicera de Oaxaca,
y digo con gesto de asco,
que en Xochimilco y Tabasco

este mundo es una caca!

CAMILO JOSÉ C. TRULOCK

Nota; advierto a ustedes que la caricatura que acaban de leer, a pesar de su intencionada ramplonería, de sus ripios y de sus marranadas, es muchísimo mejor que el original, en el cual la inspiración está ausente, el lugar común está presente y el autor, desgraciadamente, no está en la cárcel, por topiquero.

Estilo sublime. Cuando el autor se eleva y conduce al posible lector a cimas altísimas e inaccesibles, se dice que ha alcanzado el estilo sublime. Como todas las cosas extremosas y pasadas de rosca, el estilo sublime tiene sus peligros. No para el autor, se entiende, sino para el lector, que, enardecido por la fuerza y el vigor de lo que está leyendo, se levanta de repente y arroja el libro a la cabeza de su tía Lola. No alcanza a su víctima, es claro, pero rompe *por fin* una licorera tremenda, regalo de unos parientes a los que, a pesar del obsequio, se sigue recibiendo en la casa.

Aseguran algunos retóricos eminentes que don José María de Pereda alcanza a veces el estilo sublime. No puedo dar fe de ello, pues sin duda esa elevación se encuentra en las páginas a las que jamás he podido llegar cuando me he impuesto como penitencia la lectura de las obras del famoso novelista.

Las pasiones humanas pueden alcanzar lo sublime cuando son manejadas con habilidad. Sírvanos de ejemplo un fragmento de un drama clásico:

REY. Amor con ardiente lazo
llevó la fiebre a mi frente.
¡Abrásome, don Vicente!

CONDESTABLE. ¿No será cosa del bazo?

REY. No es del bazo, que cautivo
de una belleza rural,
me encuentro aquí, por mi mal,
a pesar de ser altivo.
Piensa, pues, y considera
que tan grande es mi pasión,
que a perder voy la razón,

Condestable de Albatera.
CONDESTABLE. Entra en casa de esa bella
que esquiva triunfa y se engalla,
y urde con tu faramalla
el asalto a esa doncella.
Ella es pura. Pura es ella,
y sencilla es la batalla;
al fin entrará en la malla
de tus redes; has de vella.
y si no logras vencella,
ni rendilla, ni logralla,
ni siquiera avasallalla
o en un apuro ponella,
mejor harás en dejalla,
porque un hombre de tu talla,
digno de mejor estrella,
cuando una bella le falla,
se aparta corriendo della,
y al punto, para olvidalla,
ingurgita una botella
de aguardiente de Cazalla.

LOPE DE VEGA,
El rey don Pedro en Vallecas,
jornada II, escena I

Estilo a la pata la llana. Cuando un escritor cualquiera no se mete en dibujos, y con tranquilidad y reposo cuenta lo que quiere contar, y utiliza un léxico rico, pero no exótico o excesivamente culto, este escritor tiene *estilo a la pata la llana*. Ni extorsiona las frases, ni busca y rebusca metáforas o adornos raros. Se limita a referir su anécdota.

De don José María Pemán podrían ser estos versos entresacados de un inexistente drama suyo:

(DON DIEGO *entra por la puerta del foro.*)

DIEGO. ¡Pepa!

PEPA. ¡Diego de mi vida!

(Se abrazan, pero no mucho, porque el autor es de derechas.)

DIEGO. Tardaste más de la cuenta.

PEPA. Para llegar a esta venta
tuve que andar escondida.
En cuclillas, por la oscura
noche, evitando al francés,
vine. Reconoce que es
una incómoda postura,
pues al querer avanzar
caminando así agachada,
se te queda destrozada
toda la región lumbar .

(Adusta, a DIEGO, ya que no hay otro personaje en escena.)

Pero, dime, ¿qué querías,
que así me hiciste venir?

(DON DIEGO le toma la barbilla.)

DIEGO Así, no. Has de sonreír

PEPA. No me sale.

DIEGO Desconfías.

Tu mirada de carbón
que los impulsos me roba,
me barre como una escoba
las telas del corazón.

PEPA. Finges.

DIEGO. No, Pepa: deseo
que tu vida, al despuntar,
como el viento en el palmar
todo lo llene de oreo.
Quiero que tu carne moza
Y al vibrar cual arpa eólica,
quiero al pulsarte ya loco,
no saber jamás si toco
mollita o toco mayólica.

PEPA Dime qué quieres de mí,
que en tus frases merengosas
veo que a pedirme cosas
viniste.

DIEGO. ¿Las harás?

PEPA. Sí.

DIEGO. Pepa, de la situación
no soy, pues soy liberal,
bastante anticlerical
y además de eso, masón.
y un masón es hombre majo,
que con un signo o pamplina
que hace en un sitio, adivina
a los que están en el ajo.

PEPA. ¡Hazme el signo!

DIEGO. ¡Qué mandanga
tienes! ¡Mira!
(Hace la seña masónica.)

PEPA. ¡Descarado!
Yo lo encuentro, Diego amado,
igual que un corte de manga.
Mas di qué quieres.

DIEGO Promete,
ya que aseguras amarme,
que esta noche has de llevarme
a Motril este paquete.
(Le entrega uno, abultadísimo.)

PEPA. ¡Jesús, qué pesado es!

DIEGO.¿Dudas?¡Responde!

PEPA. Respondo:
Diego, ¿dónde me lo escondo
para engañar al francés?
(DON DIEGO, desalentado.)

DIEGO.Te niegas, pues, a ayudarme.
¿Cómo negarme podría
si tu mirada me enfría
apenas llega a rozarme?
¿Cómo quieres que no te abra
este pecho que aquí está,
si voy tras de ti cual va
detrás del pastor la cabra?
¿Cómo me voy a negar,

si me besas el cogote
y parece tu bigote
como las olas del mar?
¿Si eres, bañado en el fango,
guitarra que con su acento,
lo mismo me toca el tiento,
como me toca el fandango?

(Llaman a la puerta. DON DIEGO se oculta. PEPA antes de abrir se esconde el paquete en el escote. Entran varios soldados franceses, precedidos de un oficial.)

OFICIAL. ¿Eres tú Pepa Bisté?

PEPA. La mismita soy, pimpollo.

OFICIAL. Hija, vaya un desarrollo!

PEPA. Pues usía dirá en qué
puedo servirle.

(Hace una inclinación y se le cae el paquete.)

OFICIAL. Es sencillo.

¡Dame ese paquete!

PEPA.¿ A ti?

(¡ Válgame san Serení!)

(El OFICIAL destapa el paquete y sufre una tremenda conmoción.)

OFICIAL. ¡Una colcha de ganchillo!

¡Que la fusilen!

PEPA. ¡Qué drama!

¿Me vas, pues, a fusilar?

OFICIAL.¡A la colcha, que el lugar
de ella es estar en la cama!

(Los franceses fusilan a la colcha, mientras PEPA, para consolarse, se atiza un copazo.)

PEMÁN, *La adivina impaciente,*
acto 3º, escena última

Estilo comedido. Es este estilo el peculiar de los autores amables, sin grandes ni enjundiosos temas, sin tesis intrincadas ni problemas peliagudos. Esta clase de autores no están hoy en boga, porque los pedantes, que han tomado al

asalto la literatura, piensan que los libros tienen que ser una especie de cursillo de Metafísica.

Bien es verdad que muchos de los autores consagrados de estilo comedido han desacreditado esta forma de escribir. A pesar de ello, los eruditos los consideran y los catalogan. Tal es el caso de aquella aficionada, de aquella señora, ni realista ni romántica, que se llamó don Fernán Caballero, cuyas deslavazadas novelitas tienen un puesto en nuestra historia literaria, porque no ha habido todavía un valiente que se decida a extirparlas. Doña Cecilia no poseía grandes dotes de escritora y, además, estaba corroída por todos los prejuicios y mojigaterías de las mujeres cortas de luces. La lectura de doña Cecilia da una penosa idea de lo que es o debe ser el panorama literario de un país civilizado. Por contraste, claro.

Renuncio a poner ejemplo alguno por respeto a mis lectores.

No nos queda más que el *Estilo frío*, del que no diré nada, porque, siendo como es tan frío, se ha congelado tanto que se ha puesto hecho un puro carámbano. Allá él.

LA ELOCUCIÓN. PROSA Y VERSO

ELOCUCIÓN

Cuando una obra está ya pensadita -caso de que se piense antes, que muchas no lo han sido- no hay más que desarrollarla, tomando como base una cosa que todos nosotros tenemos al alcance de la mano: el idioma castellano. A ese desarrollo, a esa busca y rebusca de términos y vocablos adecuados, se llama *elocución*.

Ahora bien, antes de meternos de lleno en el desarrollo de la obra que vamos a escribir, hay que ir pensando en la forma que le vamos a dar.

Según los autores, una obra cualquiera se puede hacer de estas tres maneras:

En prosa. En verso. Como salga. La prosa tiene la ventaja de que es algo parecido a lo que hablamos usted y yo, pero mejor dicho. El verso tiene un grave inconveniente: que para hacerlo hay que ser poeta. Pero esto no ha de amilanar a nadie, porque muchos señores han hecho versos sin necesidad de ser poetas, ya pesar de ello -o acaso por ello mismo- han sido, como el señor Rodríguez Martín, de feliz recordación, presidentes de la Real Academia de la Lengua.

En resumen, lo mejor es dejar correr el bolígrafo sobre el impoluto papel blanco y llenar cuartilla tras cuartilla, utilizando el método tercero, es decir, *lo que salga*. No hay que acomplejarse nunca, y pensar que -si de poesía se trataversos mucho peores hizo don Eduardo Marquina. y si en prosa sale la cosa, ahí tenemos a don Ricardo León, catalogado

en todas las historias de la Literatura Hispana, a pesar de los rebuscados, arcaizantes y refractarios ladrillos que dio a la estampa.

En este pajolero país que es España, hay dos oficios, dos profesiones terriblemente difíciles: la de político y la de escritor. Les diré por qué: porque todos, absolutamente todos los españoles, si de política se trata, se creen con aptitudes suficientes, con perspicacia y clarividencia, para «arreglar el país». Y, claro, el hombre público se encuentra siempre en una posición incómoda, criticado y menospreciado por el ciudadano medio, que se cree un mesiánico tremendo, y la gestión gubernativa de otro hombre le parecen embelecos y picardías de taumaturgo de tres al cuarto.

Con los escritores sucede lo mismo. Los españoles, si no lo han escrito, «han imaginado un libro»; lo llevan idealmente bajo el brazo. Por eso se figuran que ya son escritores y se permiten mirar por encima del hombro a los que, para ellos, son <tia odiosa competencia>.

VERSIFICACIÓN

Verso es cada uno de esos rengloncitos tan majos de que se compone una obra poética. Cuando se trata de *La Araucana* del señor Ercilla, en lugar de llamarse versos, se denominan cataplasmas.

Los versos clásicos se componían de *pies*.

Los versos castellanos se componían de versos sin pies.

Los versos actuales no tienen pies ni cabeza.

Es conveniente señalar que los versos griegos o clásicos se iban formando con los pies que hemos citado. Había entonces

yambos,
espondeos,
troqueos,
pirriquios,
dáctilos,
etcétera.

Supongo que con haber citado algunos de estos versos o pies clásicos ya he demostrado lo culto que soy. No creo necesario ahondar más en el asunto, sobre todo porque para componer versos griegos tendríamos que comenzar por estudiar o recordar el idioma de la Hélade. y no es oportuno ahora emprender tamaña aventura.

VERSOS CASTELLANOS

Nuestros versos, para figurar como tales, han de ajustarse a un ritmo, a una medida ya una rima.

Para hacer versos no basta colocar renglones en un papel, de forma que unos estén debajo de los otros. Saldría algo que seguramente no tendría nada que ver con la poesía, ni siquiera poniéndole debajo la firma de don Dámaso Alonso.

Hagamos una prueba y coloquemos dos renglones como se suelen colocar en poesía :

Treinta días en Albacete,
y hay que ver lo caro que me ha salido el hotel.

No parece verso, ¿verdad? Porque no lo es. Para que un verso esté escrito en verso, tiene que contener poesía, es decir, tiene que tratar de un tema elevado, o por lo menos, bello y si es posible, sublime. Pero esto último nos sale a muy pocos.

El desarrollo del tema ha de ser sonoro y eufónico. Probemos ahora a colocar dos renglones que tengan cierta cadencia:

Las señoras de Estambul
tienen todas un baúl.

Hemos mejorado algo; no mucho, lo reconozco, pero algo. De todas formas, a los versos citados les falta un yo no sé qué para que sean considerados como poesía. ¿Qué les faltará, córcholis?

Les falta sencillamente poesía, que es algo que el poeta lleva dentro.

Ritmo

Sin un ritmo conveniente, no hay poesía que valga. El ritmo es la combinación armoniosa de los acentos y las pausas. Veamos un ejemplo:

Moja en la nocturnal chocolatada
de la noche tu rostro vacilante.

Piensen ustedes en la cadencia de estos dos endecasílabos, en la acentuación de los mismos, en las pausas, y verán que, aunque se refieran a una solemne tontería, suenan bien.

Armonía

Si el poeta escoge previamente las palabras, disponiéndolas de forma eficaz, contribuirá grandemente a proporcionar armonía a aquello que ha escrito. De lo contrario, le saldrá un buñuelo.

Esto de escoger las palabras no quiere decir que ustedes empiecen a separar, apuntándolos en un papelito, los vocablos que les gustaría utilizar en su composición poética, sino que conviene escoger palabras sonoras, elegantes. Hay quien escribe poemas de la manera que he dicho al principio. Lo peor es que el poeta proceda así, sino que hay quien publica tales majaderías.

Hay vicios que se oponen a la armonía, que la destruyen, o, por lo menos, que la comprometen bastante. Estos vicios son tres:

hiato,
cacofonía
y aliteración.

Hiato es la repetición consecutiva de una misma vocal. Ejemplo:

Regresaba a Almería

Hay que evitar como se pueda el hiato, vicio feísimo del que debe huir todo poeta que se estime. De todas formas, se puede usar por la noche mejor que de día, por aquello de que «de noche todos los hiatos son pardos».

Cacofonía es la repetición seguida de una misma sílaba. Ejemplo:

Cora corre al coro como cosa cómica.

Aliteración es una repetición machacona y pesadísima de una consonante o grupo de ellas, que hacen feísimo. Ejemplo:

El trabajo trajo trapisondas,

o este otro

La clavaria clava clavos clandestinos.

No debemos tergiversar las cosas, confundiendo lamentablemente la aliteración -que es un defecto- con la *onomatopeya*, que es como si dijéramos una pirueta poética.

La *onomatopeya* es la imitación de los ruidos del mundo. Así, cuando decimos:

Un florín saltarín de Medellín,

la *onomatopeya* del verso precedente es tan clara, tan sutil, tan patente, que casi se ve saltar la moneda sobre el mármol. Si la frase se pronuncia varias veces, no sólo se ve saltar el florín, sino que da el cambio en céntimos.

En cambio, si decimos:

Un florón solterón de medallón

no es *onomatopeya*, ni nada que se le parezca, y sí una grandísima memez, ¿verdad? Pues a otra cosa.

Medida de los versos

Como casi todas las palabras castellanas son hijas más o menos naturales del griego y el latín, el término *medida* es un derivado del griego *metrón*. Parece que esto no viene a cuento, y así es, pero una afirmación y aclaración lingüística de esta naturaleza resulta de gran efecto en un libro de consulta como es el presente.

Se llama *medida* de un verso a coger un metro o regla graduada y comprobar cuántos centímetros tiene el

rengloncito poético en cuestión. Si se ve que es demasiado largo, se corta lo que sobra y se tira a la basura.

Las sílabas gramaticales no tienen, por desgracia, nada que ver con las fonéticas. Para versificar como está mandado, tendremos que tener en cuenta solamente las segundas. A ver si con un ejemplo la cosa se aclara:

Te arrojé al rostro estériles limones.

Las sílabas gramaticales de este verso son:

T e-a- rro- jé-al- ros- tro-es- té- ri-Ies-Ii-mo-nes,

que, si yo no me equivoco, son catorce sílabas como catorce soles. Ahora bien, las sílabas fonéticas del mismo verso no son las mismas:

T ea- rro-jéal- ros- troes- té- ti -Ies-li-mo-nes.

Son once; ni una más ni una menos, porque las vocales de algunas de estas sílabas se han unido: Te+a=Tea y je+al =jeal, además de tro+es=troes. Esta licencia poética que permite que las vocales de distintas palabras se unan formando diptongos más o menos forzaditos, se llama *sinalefa*.

También existen la *diéresis* y la *sinéresis*. La primera de estas licencias actúa de forma contraria a la sinalefa, o sea, deshaciendo con sus manos lavadas un diptongo. Ejemplo:

Es don Dimas Rü-iz
un señor que nació en Aranjü-ez

La *sinéresis* consiste en hacer un diptongo donde no existe. y se suele hacer por varias razones: por necesidades de la medida de los versos, por cuestiones rítmicas o porque al autor así se le antoja. Ejemplo:

Ahora no sales nunca a la ventana.

Las sílabas a-ho se pronuncian de una sola vez, como de un solo trompicón, como -para que lo vean más claros si la frase, si el verso lo dijese actores contemporáneos, dirigidos por directores contemporáneos.

Los acentos

La acentuación de los versos es cosa muy importante; y más importante todavía es la última palabra de cada verso, pues, según vaya acentuada, el verso, en su totalidad, se considerará de una clase o de otra.

Si el verso termina con una sílaba aguda, se considerará como de una sílaba más. Ejemplo:

En el pretil
sobre el Genil
dejé un farol,
ya un alguacil
que olía a col,
le di febril u
n facistol
que en El Ferrol
usó Boabdil.
y él muy gentil,
frotó el farol
con guayacol
de Guayaquil.

ESPRONCEDA

Los versos precedentes, terminados en sílaba aguda, en lugar de ser considerados como tetrasílabos, lo son como pentasílabos.

Si el verso termina en palabra esdrújula, se cuenta una sílaba menos. Veamos un ejemplito:

Brotan las carbónicas
aguas ferrugíneas
de la benemérita
estación termal.
Llegan los artríticos,
bajan los asmáticos
y arterioscleróticos
hasta el manantial.

GARCÍA GUTIÉRREZ

Rima

Se conoce con el nombre de rima a la igualdad final de cada verso, que concuerda con los que le siguen, bien inmediatamente, bien con una estudiada intermitencia. La igualdad final puede ser de todas las letras o de las vocales nada más. Ejemplos: amor rima con esplendor; sastre con desastre; Eolo con Bartolo. y también cetro rima con medio; Lola rima con Óptima, etc.

Rima consonante es aquella que exige que los versos de un poema -generalmente por grupos o en parejas- tengan las mismas sílabas finales. Ejemplo:

Filis, mi mente se pasma
-y esto no debe enojarte-
pero ayer, al abrazarte,
te noté una cataplasma
puesta en semejante parte.

MAURI

Como puede apreciarse, a poco que se aprecie, *pasma* rima con *cataplasma*. y por otro lado, *enojarte* rima con *abrazarte* y con *parte*.

Rima asonante es la que se conforma con las vocales de las dos sílabas finales de cada verso, casi siempre alternos. A esta clase de rima, muy fácil, se agarran todos los poetas que encuentran, desde Bécquer a nuestros días, dificultades al utilizar la rima consonante, que, si no se maneja bien, tiene el peligro de caer en la ramplonería más corrosiva. Vamos a verlo:

No hay hombre que no le envidie,
ni mozo que no le nombre,
ni lanza que, al ver la suya,
tan enhiesta, no se doble,
ni dama que no suspire
asomada a sus balcones,
ni cobrador que no intente
cobrar, aunque nunca cobre.

Romancero

Pausas de los versos. La cesura

Casi siempre, al final de cada verso hay una pausa más o menos prolongada. A veces, durante la lectura de poemas por un vate tabarroso, lo que más agradece el auditorio son esas pausas de que hablábamos. Está por inventarse el poema ideal, fabricado solamente con pausas.

Cuando la pausa se hace en el interior de un verso, se llama *cesura*.

Ojo; no hay que confundir la *cesura* o silencio poético, con la otra *cesura* que con su lápiz rojo ha tachado y prohibido tantos frutos de la mente de los escritores hispanos desde las Cantigas de don Alfonso X -que ya fueron intervenidas y espulgadas- hasta nuestros días.

Lo bueno que tienen los poetas actuales es que, como nadie entiende lo que escriben, la censura no se atreve a tacharles conceptos, porque tampoco se entera de nada.

La *cesura* divide automáticamente a un verso en dos hemistiquios: del griego *hemi*, mitad, y *stiquios*, elementos.

Consideremos este ejemplo en el que el espacio indica la división de los hemistiquios:

Mejillón exquisito de esencia nutritiva,
como crótalo extraño en las manos de Siva;
lamelibranquio rico que en su carne amarilla
lleva un aumentativo: mejillón, de mejilla.

EDUARDO MARQUINA

En la estrofa anterior, todos los hemistiquios eran iguales, es decir, de siete sílabas cada uno. Pueden ser desiguales, como podemos apreciar en este bello serventesio:

Son tus pies dos almendras glaseadas,
peladillas carnales ¡oh Vicenta!,
que prometen dulzuras prolongadas,
pues calzas mastodóntica un cuarenta.

ENRIQUE DE MESA

LOS VERSOS CASTELLANOS. SU CLASIFICACIÓN

Nuestros versos se clasifican atendiendo al número de sílabas que tienen. Ahora bien, en castellano las palabras de una sola sílaba se consideran bisílabas. Esto, que parece un lío (y lo es), nos indica con claridad que hay versos castellanos desde dos sílabas en adelante, aunque por ser para ustedes se los puedo dejar en menos.

ARTE MAYOR Y ARTE MENOR

Se llaman versos de arte menor aquellos que tienen ocho o menos de ocho sílabas. De nueve en adelante se denominan versos de arte mayor. Los versos de más de dieciséis sílabas son raros en castellano, aunque don Dámaso Alonso los ha prodigado en sus composiciones. Pero, claro, faltaría aclarar si lo que don Dámaso ha escrito son versos o no.

Para que no nos armemos un lío y confundamos unos versos con otros, pasemos a estudiar, de menos a más, como debe ser, los versos castellanos:

Bisílabos:

Cena,
sopas;
pinta,
copas.
Sale un
as.
Gana
Paco.

Suelta un
taco
Nico-
lás.

JUANA DE IBARBOUROU

Estos versos precedentes, además de resultar rítmicos y saltarines, suelen producir la urticaria.

Trisilabos:

Serena
se llena
la noche
de ti,
hermosa
cual rosa
de piti-
mini.

De nácar
salubre
se cubre
tu tez.
Te has puesto,
morena,
muy buena,
¡rediez!

ARJONA

Como puede apreciarse, los versos precedentes son cargantísimos. No obstante, esta combinación métrica tuvo muchos adeptos en épocas anteriores. Los fabulistas los emplearon bastante. Así les fue en la vida, a los pobres.

Tetrasílabos:

En el agua
de un puchero,
echa carne
y echa huesos,

y tocino
bien añejo,
y garbanzos
que sean buenos.
Luego, un nabo;
luego, un puerro;
luego, un trozo
de tubérculo.
Que se cueza
todo al fuego
-grata espera,
dulce sueño-.
y si sigues
ese método
sin comerlo
ni beberlo,
hallarás-te,
suculento,
un cocido
madrileño.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Los versos tetrasílabos, tintineantes como campanillas de plata, fueron empleados por don Esproncedo para la fabricación de sus cantos (del pirata, del cosaco, del etcétera), que tanto éxito tuvieron en el siglo pasado porque fueron líricos, sonoros, ritmicos y contestatanos.

Pentasílabos:

Tórtola ausente
que vas sin hiel
de Crevillente
hasta Petrel.

Ave ligera
que se desploma
sobre la pera,
sobre la poma.

Tórtola bella,
dile a mi Filis
que a causa de ella
yo trago bilis.

Bilis que obcecan
y el pecho incuba,
y que se truecan
en Mala uva.

CADALSO

Esta clase de versos pentasílabos son peligrosísimos, porque está demostrado que no se puede escribir nada serio con ellos. De tan juguetones que son, dan risa. Los poetas del siglo XVIII fueron muy aficionados a esta clase de versitos. Sin duda por eso no hay quien los aguante.

Exasílabos:

Si yo lo pensara,
pues es despilfarro,
que non te mercara
tan lardoso guarro,
que dará al cotarro
para la Asunción
chorizo e jamón.

Que tú, mujeruca,
merescas por flaca,
para tu manduca
puerro et espinaca,
mientras que triaca
son para el varón
chorizo e jamón.

JUAN DEL ENCINA

Con la combinación métrica que acabo de reseñar, ¡cuánta belleza se puede expresar, caracoles! Nuestros más conspicuos poetas del Medievo hicieron de las suyas con los versos exasílabos, ideales para la canción amorosa. Llenas de frescura y de rozagante fluidez han llegado hasta nosotros las

serranillas del Marqués de Santillana. El argumento de estas coplillas es casi siempre el mismo: un caballero se pierde por la sierra; le sale al paso una fornida serrana, a la que el caballero requiere de amores. Pero la moza, española cien por cien, rechaza al galán, y la serranilla -o *ligue* medieval- se queda en simple proyecto de *picnic*.

Heptasílabos:

Cuando salgo de casa
en las noches sin luna,
no sé lo que me pasa
que, chico, no doy una.

FERNÁNDEZ GRILO

Sin comentarios.

Octosílabos:

El verso que más se ha empleado en España es el octosílabo. Incluso puede decirse que algunos lo han empleado a la fuerza, tan ramplonas y febriles composiciones han escrito algunos mal llamados poetas. Es el octosílabo, pues, el verso español por antonomasia. Nadie se ha salvado de escribir algo, aunque sea pequeñito, en octosílabos.

Vamos a poner un ejemplo:

Los infantes de la Cerda
bajan de los sus caballos,
y con altivez y brío
recorren todo el palacio.
Su presencia pone en fuga
a damas y cortesanos,
no por lo fiero del porte,
sino porque van dejando
un tan espantoso tufo,
tal pestilencia, que acaso
no la borrasen tres baldes
de áloe, de mirra y de sándalo.

Los infantes de la Cerda,
haciendo honor a su rango
y nombre, a chotuno huelen,
pues son bastante marranos.

Romancero

VERSOS DE ARTE MAYOR

Hemos quedado (y si no hemos quedado, vamos a quedar ahora, en que los versos de más de ocho sílabas se denominan *de arte mayor*. Los primeros que nos encontramos son los

Eneasílabos, que no son, como puede parecer, versos que empiezan siempre con una ene. El eneasílabo o verso de nueve sílabas se ha empleado poco en castellano. Aquel catasalsas genial, el gran don Rubén Darlo, lo utilizó en algunas de sus composiciones, y lo mismo hicieron Valle-Inclán y otros poetas «modernistas». Puede que de alguno de estos vates sea la composición que a continuación se cita, ejemplo de versos eneasílabos:

Mañana de paz y de fiesta.
La esquila doliente tañía,
y el pueblo en silencio tenía
legañas de tedio y de siesta.

La moza peinaba su pelo
un moño apretado y endrino.
Los socios del viejo casino
jugaban al mus y al chameo.

Son dejos antiguos, son fueros
que siempre nos acreditaron:
herencia que a España dejaron
Felipe II y Cisneros.

DON PACO VILLAESPESA

Decasílabos: Los versos de diez sílabas han resultado siempre un poquito facilones y empalagosos. El verso decasílabo, como les sucede a las zarzuelas malas -que son, claro, las que más le gustan a la gente-, se pega al oído.

No obstante estos inconvenientes, en castellano hay un buen puñado de composiciones poéticas hechas con versos de diez sílabas. Autores eminentes utilizaron estos versos, desde el arpa becqueriana y cochina -estaba *cubierta de polvo*, según el autor hasta los imitadores del feísimo y renovador don Rubén.

He aquí un ejemplo de estos sonoros versos:

¡Oh Pepe, Pepe, qué vicio horrendo
muestras en loco, funesto baile:
siempre sacando, siempre pidiendo,
y es que la boca te la ha hecho un fraile!

Con el dinero que guardé en orzas
te procuraste cosas nefandas:
las francachelas y las cogorzas,
los piscochelas y cuchipandas.

y en tus orgías y en tus bambollas,
que terminaban en vil resaca,
besabas labios, tocabas mallas,
¡sin acordarte que todo es caca!

¡Oh Pepe, Pepe, pálido asceta
de cabaretes, qué mal me hiciste!
¡Ya no me queda ni una peseta
tras los sablazos que tú me diste!

DON AMADO

Endecasílabos: Es el endecasílabo el verso más usado en castellano de todos los que se consideran de arte mayor. Tiene un regustillo italianizante y petrarquista que tira de espaldas, y es, no cabe duda, el más hermoso, el más sonoro y, claro, el más peligroso, por lo socorrido y mal empleado, de todos los versos del idioma español.

Según su acentuación, los endecasílabos son de una manera o de otra. Recordemos las formas más conocidas:

Endecasílabo propio o italiano. Aparte de llevar el acento obligado -común a todos los endecasílabos, por eso es

obligado- en la penúltima sílaba, este verso lleva acento en la sexta, circunstancia que le presta un aire rotundo y ampuloso.

Ejemplo:

Olvida ya el futuro y vive al día.

Endecasílabo impropio, que además de su acento en penúltima sílaba, de rigor, lleva acentos en cuarta y octava:

Bajo el fulgor canicular de Febo.

Endecasílabo de gaita gallega, cuyo nombre no le viene de la necesidad ineludible de coger una gaita y soplar la *Alborada de Veiga*, o de comer filloas al tiempo que se compone el poema. Estos endecasílabos toman su nombre del ritmo de *muñeira* que tienen. Sus acentos recaen en la primera, cuarta y séptima sílabas del verso. Ejemplo galaico:

Tengo una granja con hórreo y aprisco;
muchas pesetas le suelo sacar ,
pero me voy a meter en un cisco,
porque empeñado en cobrarme está el Fisco,
mientras yo, terca, me niego a pagar .

ROSALÍA DE CASTRO

y que me perdone la caricatura doña Rosalía, que si la tiene en castellano, no la tiene en gallego -o no la debe tener- por la frescura y belleza de sus versos y por el encanto y la ternura de sus temas, hermosísimos, sin la preocupación de decir nada importante, sin la pedantería de muchos de sus contemporáneos ni el hermetismo de casi todos sus sucesores.

Por fin tenemos el *Endecasílabo sáfico*, llamado así porque imita los *cantos* y gargarismos clásicos de aquel inspirado virago, llamado doña Safo de Lesbos, de quien se contaban chismes impúdicos e historietas obscenas, pues se aseguraba que, en vez de gustarle íos caballeros, le apetecían las señoritas de la buena sociedad.

El endecasílabo sáfico se caracteriza porque lleva los acentos en primera, cuarta y octava sílabas. Los poetas bucólicos y neoclásicos lo utilizaron bastante. Peor para ellos.

Vaya un ejemplito.

Cloris, mi ninfa, que del bosque tierno
surge en la verde, rumorosa linfa;
suelto su níveo faldellin, ofrece
mollas pimpantes.

Lírica y honda, la siringa tañe,
mas su latido se prolonga agreste.
Digole entonces, su siringa hurtando.
¡No me siringues!

JUAN BAUTISTA ARRIAZA

Como ejemplo de una composición realizada con endecasílabos propios, impropios -los más corrientes- y de otras muchas clases, he aquí este fragmento.

Sale el sol por encima de la loma,
que salir por debajo es vil matraca;
sube al azul la cándida paloma,
baja al rico vergel la astuta urraca,
y con ese trajín de daca y toma,
y al revés, es decir, de toma y daca,
entre memez, pamema y tontería,
se va pasando sin sentir el día.

JOSÉ SELGAS

Dodecasílabos. El verso de doce sílabas es uno de los más cargantes, porque, te pongas como te pongas, siempre suena a seguidillas manchegas. Con esta clase de versos el poeta no suele jamás perder o equivocarse el ritmo, porque siempre es igual. y si se extravía, no tiene más que volver atrás y bailar un par de estrofas con su cuñada Lola. En seguida le cogerá el ritmo, salvo que su cuñada esté en la cocina haciendo empanadillas.

Hubo una época feliz en la que casi todos los poetas que se estimaban, componían versos dodecasílabos. A pesar de esta tremenda circunstancia, las gentes de entonces no les daban de lado.

Los versos dodecasílabos, divididos en dos hemistiquios - uno de siete y otro de cinco sílabas-, se prestan a tocar con ellos un tema que sea «muy español». A continuación, como muestra de esta clase de versos inaguantables, publicamos algunas estrofas de un imaginario *Canto a la mantilla española*:

La mantilla española, río sin cauce,
sirve a todas las hembras como corona,
lo mismo a la que tiene cara de sauce
que a la zaragatera zaragatona.

Es cortina con pliegues y con caídas,
es al viento una vela de nuestros buques
Antaño la lucieron en las corridas
manolas y condesas, reinas y duques.

Aunque el duque confieso que la usó poco,
y si usóla fue en casa, mas no en visita,
pues usarla en la calle cosa es de loco
o capricho imprudente de mariquita.

El único que usaba con regodeo
la mantilla de blonda color de té,
en casa, y en la calle, y en el paseo,
fue el famoso don Próspero Merimée.

SALVADOR RUEDA

Tredecasílabos: Aquí tenemos una clase de versos muy poco utilizados por los poetas. y muchísimo menos, claro, por los autores que han escrito en prosa. La desventaja de estos versos de trece sílabas es, aparte el mal fario que dan, que en cuanto te descuidas un poquito, no sé por qué razón te das cuenta de que te están saliendo alejandrinos. Quizá por culpa del mismo verso, mal acentuado, que lo divide en dos hemistiquios de siete sílabas por barba. A pesar de la poca importancia de esta clase de rengloncitos castellanos, ahí va un ejemplo tan lamentable como los que se escribieron en el *siglo XVIII* :

En un prado lozano, uberoso, algo flaca,

filosófica y triste, hallábase una vaca.
Pacía el trébol dulce, ansiosa y sin engorro,
y con él se ponía asquerosito el *morro*.
Mas levantó la testa hacia el anochecer ,
y díjose: «¿Consiste esta vida en pacer?
¿Está bien que yo pazca ahora, según observo,
caso de que sea *pazca* este tiempo de verbo?
Si nací y ahora pazco ardorosa, ¡ay de mí!,
qué tiempo tan precioso en pacer yo perdí.
Suministro de leche es mi existencia fría;
la leche es mi horizonte, y mi norte, y mi guía,
y mi vida enterita, excusad que sospeche,
según lo que voy viendo, es y ha sido la leche.»
TOMÁS DE IRIARTE.

Tetradecasílabos o alejandrinos: Los versos de catorce sílabas se denominan también alejandrinos, seguramente en honor de don Alejandro Pérez Lugín, autor de *La casa de la Troya*, que los inventó.

Los alejandrinos pueden presentarse de dos maneras, según su acentuación:

1ª Divididos en dos hemistiquios de siete sílabas cada uno. En este caso su acentuación será la de los heptasílabos corrientes, es decir, que tendremos acentos obligados en la penúltima sílaba, y los demás, como salgan. En los alejandrinos se lució una barbaridad don Rubén Darío.

Veamos un ejemplo:

Pirulí portentoso, caramelo exquisito,
cuyo modo de empleo su sencillez pregona,
pues se escoge, se paga, se quita el papelito,
y, sin soltar el palo, se coge y se succiona.
NÚÑEZ DE ARCE

2ª A esta clase pertenecen los alejandrinos acentuados en las sílabas primera, cuarta, séptima, décima y décimotercera. Véase el siguiente ejemplo:

Échame ramas de sauce, de helecho, de chopo;
tírame flor de tomillo con éxtasis bruscos;
forma con hierbas silvestres romántico hisopo...
ibestia!, mas no te entusiasmes y me eches pedruscos.

CURROS ENRÍQUEZ

Pentadecasílabos: Como su nombre indica, el verso pentadecasílabo tiene quince sílabas como quince soles. Es un verso musical, cadencioso quizá por eso fue tan pródiga en ellos la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, a la que, seguramente, le bailaban por dentro las brisas del Caribe, los efluvios del manglar y el cachondón vaivén de las hamacas del bohío. A la poetisa citada pertenece el ejemplo que brindo a la afición:

Yo sufro pensando en el viento, pensando en la brisa
pensando en el mar cuya espuma se mueve sin fin,
y exclamo con frío en el alma: ¿Por qué tanta prisa?
¿Por qué ese trasiego espantoso? ¿Por qué ese trajín

En cambio, la piedra asomada al impávido abismo,
se está quietecita, sin pulsos y sin funcionar.

y digo, llorando al mirarla: ¿Por qué ese quietismo?
¿Por qué no se mueve un poquito, para compensar?

y todo, la brisa, los vientos, la piedra altanera,
y el mar, el mar Caspio, el mar Negro y el mar de Ceilán,
me salen, hablando clarito, por una friolera,
si corren, si paran, si vibran, si vienen, si van.

GERTRUDIS GÓMEZ

Por último, tenemos el verso de dieciséis sílabas o *Exadecasílabo:*

Utilizar el verso exadecasílabo es querer complicar innecesariamente las cosas, porque un verso de dieciséis sílabas está formado de dos de ocho. A esto, que parece una

tontería, ustedes me contestarán que, si hacemos de esa manera las cuentas un verso octosílabo está también formado por dos tetrasílabos. Se equivocan si esto piensan, y un tetrasílabo es la mitad de un octosílabo, que no es lo mismo.

En resumen: el importante es siempre el octosílabo.

Don José Zorrilla, aquel catador de versos nuevos, de ritmos y cadencias extrañas -en su tiempo-. el verdadero padre de don Rubén y los modernistas, utilizó bastante el verso exadecasílabo

De él lo aprendieron otros, como, por ejemplo, el autor de estas estrofas larguísimas:

He bebido el agua fresca de los puros manantiales
que guardaban el secreto de su posos y sus sales,
y he llegado a la siguiente dolorosa conclusión:

que al potasio y al bismuto y al magnesio ya su abuela,
yo prefiero una tortilla y unas sopas en cazuela,
y la lija corrosiva del tintorro peleón.

GABRIEL y GALÁN

Son raros, rarísimos los versos de más de dieciséis sílabas. Los hay, claro está, pero cuando aparecen en cualquier composición más o menos poética, siempre son de don Vicente Aleixandre, que sin duda escoge los versos largos para explicarnos con más claridad eso que no se entiende.

COMBINACIONES MÉTRICAS CASTELLANAS

ESTROFAS

La reunión de varios versos en un grupito muy majito se llama *estrofa*. Cuando esta combinación es facilona, de chicha y nabo, la austera y endiosada crítica desprecia al poeta, y dice que sus composiciones son «de baja estrofa».

Antiguamente, cuando todo era más difícil, se exigía al poeta que los versos que formaban una estrofa tuviesen algo que ver los unos con los otros. Ahora, no; se pueden mezclar sin orden ni concierto los versos más dispares, las ideas más enloquecidas. Todo vale.

Por una simple estrofa se puede conocer a veces al poeta que la ha creado. Por ejemplo, cuando leemos un par de versos, o cuatro, o seis, o más, y nos quedamos a la luna de Valencia, ya se sabe: la estrofa es de don Juan Larrea. Probamos a leerla en francés, idioma en el que fueron escritos sus poemas, y tampoco nos enteramos de nada. De Larrea, entonces.

CLASES DE ESTROFAS

Las estrofas castellanas pueden ser de varias clases, a saber:

Parisílabas, que no quiere decir que vengan de París, sino que tienen el mismo número de sílabas en todos los versos que entran en ellas.

Imparisílabas, o sea, lo contrario.

Aconsonantadas, cuyos versos riman entre sí de forma consonante.

Asonantadas, o que tienen versos que riman de forma asonante.

De arte mayor, cuyos versos tienen más de ocho sílabas.

De arte menor, que están rellenas de versos de ocho sílabas o menos.

Mitad y mitad, o que tienen versos de arte mayor y de arte menor.

De carta comercial, que están rellenas de versos -o lo que sea- de los muchos que se escriben actualmente, y lo mismo parecen verso, que prosa, que párrafos de la Ley de enjuiciamiento civil.

Nota: Mientras no haga alusiones personales, esto va bien. y aunque ponga como un trapo a los desgraciados y prosaicos versos actuales, como ninguno de los que los escriben se van a dar por aludidos, esto va mejor.

De menos a más, vamos a estudiar las distintas estrofas:

PAREADO

La estrofa más simple que se conoce en castellano es el *pareado*. No consta más que de dos versos que riman entre sí con rima perfecta o consonante. No riman, pues, ni son pareados, la mayoría de los refranes españoles, excepto

Muera Marta,
muera harta.

Lo menos que se le puede pedir a un pareado es que su rima sea perfecta. Ahora bien, no es tan fácil como piensa la gente hacer un pareado, porque casi siempre resulta venenoso.

Ejemplo:

Soplaba bastante el cierzo
en Villafranca del Bierzo.

Probemos a formar otro con versos de arte mayor, para desengrasar:

No te olvides, si te pasas por Bembibre,
de tomarte una copita de gengibre.

Que tampoco están mal.

Hay composiciones largas hechas con pareados. El efecto es casi siempre desolador. No obstante, hagamos el intento, a ver qué sale:

Si vas al Peloponeso
quizá te la den con queso,
pero si vas a Gallur,
te la darán con yogur

Pone los vellos de punta pensar que al pareado se le llama también *dístico*. ¡Qué se le va a hacer...!

TERCETO

Es una estrofa que consta de tres versos, casi siempre parisílabos y consonantes. También se llama *terceto* a una de las piezas de una ópera, en la cual, en vez de ser dos los que se desgañitan, son tres. y terceto es, para llamarlo de una manera fina, el matrimonio francés.

Vamos a ver ahora un ejemplo de tercetos poéticos:

Fabio, más que el amor y la decencia,
más que ser un barbián probo y honrado,
valen hoy el enjuague y la influencia.
y yo, que de influencias no he gustado,
zozobro en mi paupérrima piragua,
mientras a flote queda el paniaguado.
¡Árdeme el pecho con calor de fragua !
Paniaguado no fui, y estoy por eso,
por no ser paniaguado, a pan y agua.

JOVELLANOS

Cuando el terceto se forma con versos de arte menor, o sea, más cortitos, se denomina

TERCETILLO

Pero el tercetillo, de inspiración folklórica, se construye con versos octosílabos asonantados, y entonces se llama *soleá*. He

aquí varias soleares casi cultas, pues riman, como puede observar el que lo observe, con rima perfecta.

Vamos a ver lo que sale:

No te bañes en el Darro
después de que haya llovido,
pues viene bastante guarro.

Popular

Metí la mano en la mar ,
y estaba aquello tan verde
que la tuve que sacar.

Popular

Serrana, tú estás en Babia.
¿Cómo quieres ser flamenca,
si has nacido en Yugoslavia?

Popular

De coraje y de desdén,
por mi amor diste un suspiro
y reventaste el sostén.

Popular

ESTROFAS DE CUATRO VERSOS

Las hay de dos clases, según la longitud de sus versos, a saber:

De arte mayor, que son el cuarteto y el serventesio.

De arte menor, a las que pertenecen la redondilla y la cuarteta.

Cuarteto, es una estrofa de cuatro versos de arte mayor, que riman el primero con el cuarto y el segundo con el tercero.

Ejemplo:

Te enojas, Nise, porque te avizoro
en el Prado, tus pompas paseando,
con el pretexto de que estás tomando
el acero, que Febo cubre de oro.

EL FÉNIX (y LA UNIÓN)

Serventesio son cuatro versos de arte mayor con rima alterna, es decir, primero con tercero y segundo con cuarto. Una advertencia a los lectores de este libro: les recomiendo que no pidan nunca en un restaurante un *serventesio*. A lo mejor se lo sirven.

Ejemplo de *serventesios*:

El surtidor gozoso que a la altura
sube aéreo, es, Matilde, como tú,
que por el mundo vas con gran frescura,
haciendo glu, glu, glu, glu, glu, glu, glú.

y como tú es la almeja sensitiva,
porque sales desnuda a la ventana,
y ¡Paf!, la autoridad gubernativa
te detiene a diario por marrana.

VENTURA DE LA VEGA

Redondilla. Cuando yo empecé a estudiar estas cosas de los versos y de la Retórica, una *redondilla* siempre me sugería la imagen casta y veneranda de una albóndiga. La cruel realidad me ha enseñado que la *redondilla* poética es a veces muchísimo más indigesta y perversa que la albóndiga casera. Rima esta combinación métrica de la siguiente manera: primero con cuarto y segundo con tercero. Los versos han de ser de arte menor y, concretamente, octosílabos. Ahí van unas *redondillas* :

ALCATIFA. La aurora tiñe con lumbre
el campo fresco y radiante.

ZOPENCA. Ya sale el sol por Levante,
según tiene por costumbre.

SULTANA. Si el sol te da en la nariz,
aparta del ajimez,
porque te pones, pardiez,
de color de regaliz.

ALCATIFA. Aunque aquí el sol es atroz,
no te inquietes por mi tez,
que con gran esplendidez
me he dado polvos de arroz.

ZOPENCA. Sacude de ti la murria,
sultana de la Alpujarra.
¿Quieres tocar la guitarra,
o prefieres la bandurria?

VILLAESPESA,
El penúltimo abencerraje,
acto 1º, escena I

Cuarteta es lo mismo en todo que la composición anterior , excepto que los versos riman de forma alterna. La cuarteta es la combinación ideal para hacer versos ripiosos y repelentes. A fines del siglo pasado, más de cuatro poetas se dieron a las cuartetos, circunstancia que fue muy censurada en tiempos de la Restauración. Algunos ingenios tenaces perecieron durante la lectura de sus poemas, a manos de un público de ateneístas furibundos.

Como ejemplo de cuartetos, he aquí un fragmento de una obra muy en boga en la época a que me he referido antes:

(CASIMIRO, solo en escena, se apoya en una consola, que no se queja por ello. Conmovidísimo, declama:)

CASIMIRO. ¡Voto a Satanás maldito!
¡Qué cosas me están pasando!
Cual un potro me encabrito,
y además, estoy piafando.
Mas lo del potro es un fallo
que ahora me quema la sien,
pues compararse a un caballo
no es cosa de gente bien.
Pero si dudo y vacilo,
y mi mente va a estallar,
si me anulo y me aniquilo,
¿qué he de hacer sino piafar?

¡Oh destino despiadado,
pérfido, aleve y cruel. ...!
¿Por qué, di, me has entregado
la deshonra en un papel?
¿Por qué al tocarlo me creo
mordido por fría larva?
¿Es que el papel, según veo,
es blanco papel de barba?
¿Es este pliego villano
el que me da repugnancia,
porque parece en mi mano
que voy a echar una instancia?
La perdición, ¡oh la la!,
me ha llegado en este anónimo
que me entregaron en la
Carrera de San Jerónimo.

JOSÉ ECHEGARAY, *Fango en el rango*,
acto 1º, escena IV

ESTROFAS DE CINCO VERSOS

Hay varias clases de combinaciones métricas en las cuales se utilizan cinco versos y se queda como un hombre. Éstas son el quinteto, la quintilla y la lira.

Quinteto. Esta composición está formada por versos de arte mayor, y tiene la ventaja de que se puede rimar como a uno le dé la gana, siempre y cuando los dos últimos versos no formen pareado.

Ahí va un verbigracia de quinteto:

No te desesperes, hurí del profeta,
ni inclines al suelo la noble cerviz.
¿Lloras porque tienes cara de cateta,
y eres patizamba, y eres regordeta,
y de picaporte tienes la nariz?
El ser patizamba es una ventaja
que no ha de llenarte de rubor la sien.

Grasas y espetera la ciencia rebaja,
si a tiempo te pones una buena faja
y esas dos cazuelas llamadas sostén.

Bizquear un poco no es de pavo moco,
ya ti te da encanto ese bizquear.
y si tartajeas al salir del zoco,
eso te da gracia, pues hablas muy poco,
y hembra que no parla, mucho es de admirar.

ZORRILLA

Quintilla. Se forma la quintilla de la misma manera que los versos del quinteto, pero éstos tienen que ser de arte menor, generalmente octosílabos. Si la palabra quintilla va acentuada en la última sílaba, así: Quintillá, no es una estrofa, sino el apellido de una simpática actriz, encanto de chica y esposa de José María Roderó. A esta pareja brindo el ejemplo de quintilla:

Niña del talle que estalla,
la de la bella mantilla,
la de la horquilla y la malla,
el ventalle, la sombrilla,
el tontillo y la toalla.

Mi amor por ti es insensato,
locura, fuego, arrebató,
éxtasis, pasmo, agonía,
porque es que estás, hija mía,
de auténtico campeonato.

Entre entelequias, coloquios,
circunloquios y deliquios,
reliquias de soliloquios
te obsequio con hemistiquios,
como exequias de mis «oquios»,

Hurí que su torso escorza,
miel de amor en grácil orza,
cuarzo que en marzo se engarza

y con el cierzo se enzarza,
garza, alerce, zarza, corza. ..

Niña que mi amor desgarrar
y aterra con su pachorra,
cuerda charra de guitarra,
cachiporra o cimitarra,
mirra, berro, parra. ..iporra!.

La quintilla ofrece modalidades muy interesantes. Por ejemplo, a veces suele presentarse fabricada con versos heptasílabos, circunstancia que se suele agradecer muchísimo, porque de esta forma dura menos.

Ejemplo de quintillas heptasílabas:

Mi bergantín, Inés,
tiene cofa y bauprés,
serviola y botalón,
y un capitán inglés,
que se llama don John.
y con él se negocia,
pues es un buen negocio,
ya que tengo un buen socio,
que nació en Capadocia,
y, claro, es capadocio.
Capadocio, Inés mía,
no es un desaguizado
en el cual sufriría
menoscabo la hombría
del socio que te he hablado,
y para darle fin
a esta cuestión, Inés,
me voy al bergantín,
porque zarpa a las tres
con rumbo a Medellín.

ENRIQUE DE MESA

Lira. Aquí tenemos una composición lírica de las más hermosas. Se dice que fue inventada por Garcilaso de la Vega, pero hay quien achaca la invención a otros autores que sentimos no recordar. Hay también quien opina que esta composición toma su nombre de los cinco versos de que consta, tantos al parecer, como las cuerdas de la lira. Yo no me atrevería a asegurarlo, por la sencilla razón de que jamás he tenido una lira entre las manos.

La lira consta de tres versos heptasílabos y dos endecasílabos, que riman entre sí de la misma manera que la quintilla, pero en este caso concreto el pareado final es de rigor. Lo mejor será que pongamos un ejemplo que nos saque de dudas, ¿verdad? Pues ahí va:

En un raro quietismo,
cuando el cuerpo en reposo no sosiega,
salíme de mí mismo,
y el ánima andariega
no sé si fuese a Suecia o a Noruega.

El pecho desolado
sin sujeción rodó cual un carrete,
sin alma y desmedrado,
pues el pecho es paquete
postal que no hay cartero que sujete

y sin alma y sin vida,
siendo, sin ser, viviendo y no viviendo,
suspendo mi partida,
pues según estoy viendo,
ser y no ser es un follón tremendo.

SAN JUAN DE LA CRUZ

ESTROFAS DE SEIS VERSOS

La estrofa formada por seis versos se denomina *sextina*. En la actualidad, la sextina ha perdido muchos adeptos, pero en tiempos pasados fue famosísima. Fue conocida, no solo en

España, sino en Italia, y más concretamente, en Roma, porque todos ustedes habrán oído hablar, supongo, de la *Capilla sextina*.

La *sextina* se forma casi siempre con versos de arte mayor, divididos en dos grupos, y de forma que rimen primero con segundo y cuarto con quinto, formando sendos pareados. El tercero rimará con el sexto. He aquí una preciosa sextina realizada con versos alejandrinos :

Y tus labios, los labios de la hijastra de Antipas,
devoraron unánimes dos paquetes de pipas,
que una tarde brumosa para ti fui a comprar .

Yo vertía susurros en tu tímpano ardiente,
y te hablaba del viento y del fresco relente,
pero tú no me oías, sin parar de tragar.

DON RUBÉN

Para que no haya dudas, pongamos otro ejemplo de *sextina*, esta vez construida con sonoros y pimpantes versos dodecasílabos. El fragmento escogido es de una gran profundidad metafísica y de un raro conocimiento de lo que es el mundo:

¡Cuánta cosa extraña para los humanos
se esconde en los pliegues tremendos y arcanos
de las entretelas de la Humanidad!

¿Por qué se le llama «hacer la peseta»
a un gesto del dedo, cual seña secreta,
mezcla de desprecio y de liviandad?

Hierve mi cerebro al pensar en ello;
como escoba hirsuta se me eriza el vello.
¿Por qué un gesto raro tan trascendental?

¿Por qué al aire obsceno del dedo farruco,
darle el nombre honrado, venerando y cuco
de nuestra moneda de curso legal?

NARCISO ALONSO CORTÉS

Una modalidad de la sextina es la conocida con el nombre de *sextina de pie quebrado* o *estrofa manriqueña*, llamada así porque, con esta combinación afortunada, don Jorge Manrique -mi ilustre tocayo del siglo XV- compuso unas delicadas y famosísimas «Coplas a la muerte de su padre». En épocas más modernas, autores varios han intentado resucitar el ritmo y combinación de Manrique. Renuncio a calificar lo que ha salido siempre de estos ensayos. Uno de los experimentos más perversos fue el de los hermanos Alvarez Quintero, que en una de sus comedias, viniese a cuento o no, hacían recitar a la protagonista aquello de «Era un jardín sonriente. ..» A pesar de ello, los famosos hermanitos de Utrera vivieron todavía bastantes años, circunstancia que demuestra que el público español tiene óptimas tragaderas, cuando no agredió con violencia a los dos salerosos y castizos dramaturgos.

Uno de los poetas que utilizaron alguna vez esta combinación manriqueña fue don Ramón de Campoamor, que también era de órdago. De él podrían ser estas coplas que transcribo:

¿No has pensado, niña triste,
que en un sarao -esplendente
luminar-

a todo el mundo que asiste
le entra prisa de repente
por tragar?

Al varón sobrio y sencillo,
Y a la dama que, coqueta,
va al salón,

les entra un raro hormiguillo
en cuanto ven la croqueta
y el jamón.

¿y qué es la rica bicoca?
¿Qué es la «tapa» y el colmado
copetín?

¡Polvo que ensucia la boca,

concupiscencia, pecado,
cieno, en fin!

DON RAMÓN

ESTROFAS DE OCHO VERSOS

En castellano hay solamente tres estrofas de ocho versos: la octava real, la octava italiana y la octavilla. La octava del Corpus no se suele contar entre las más sonoras composiciones poéticas .

Octava real es una estrofa de ocho versos, naturalmente; endecasílabos, para más señas. La rima se organiza de forma bastante sencilla: los seis primeros versos riman alternativamente, es decir, uno sí, uno no; los dos últimos, con rima diferente, forman un pareado.

Por desgracia, la *octava real* es una de las estrofas castellanas con peor fama, no por sus muchas dificultades, que las tiene, sino porque con demasiada frecuencia ha sido escogida por los vates españoles especializados en escribir larguísimos poemas de tipo épico-latoso.

Pongamos un ejemplo:

Las galas y boatos antañones
volviéronse miserias y cuidados;
ya no vestimos calzas ni jubones ;
ya no usamos encajes ni brocados;
ya no somos donceles ni infanzones;
ya no tenemos siervos ni criados.
Ahora la gente viste gabardina
y se pasa la vida en la oficina.

ZORRILLA

Octava italiana. Esta estrofa fue importada de Italia en tiempos pasados. Tiene, según algunos autores muy competentes, menos carácter español que la octava real, pero cumple. Los desmelenados y ardientes poetas de nuestro Romanticismo utilizaron bastante las octavas italianas, sobre todo para componer himnos y canciones patrióticas.

Los versos de la octava italiana están distribuidos de la siguiente manera: el primero y el quinto verso son libres, para lo que gusten mandar; segundo con tercero y sexto con séptimo, forman sendos pareados, y el verso cuarto rima tan ricamente con el octavo, rematando la estrofa:

A solas en mi celda rememoro
la fatal languidez de tu mirada,
tu mano, entre febril y desmayada,
tus melenas de ibérico león.
y veo tu silueta rutilante,
firme el cuello de cisne que me altera,
y en semejante sitio, en la espetera,
un doble cargamento de emoción.

EULOGIO FLORENTINO SANZ

Octavilla. Si la combinación métrica anterior la aplicamos a versos más cortitos, tendremos sin mucho dispendio lo que se llama una *octavilla*. y no insisto sobre el particular, porque el que más y el que menos sabe perfectamente lo que es repatir octavillas. Un ejemplo:

Te picaste porque dije
que abusona especulabas,
y al agio te dedicabas
con un insensato afán.
y si al agio te entregaste,
no te ofenda que te embrome,
pues quien se pica «agios» come,
según pregoná el refrán.

DUQUE DE RIVAS

DÉCIMA O ESPINELA

El poeta don Vicente Espinel es el autor, el creador de esta composición ingeniosa y agradable de versos octosílabos. La décima, como el soneto, es una poesía llena de dificultades, porque a poco que el autor se descuide, le ha salido más chabacana que un pasodoble torero soplado por una banda de pueblo. Las dificultades a que aludía se deben a que con ambas composiciones -espinela y soneto- al poeta le dan una especie de molde, que hay que rellenar. y el relleno, ¡ay!, muchas veces desborda el recipiente, como esos bizcochos que, ya en el horno, se salen por todas partes, sembrando el desconcierto en cualquier hogar honrado.

Los versos de la décima riman de la siguiente forma: primero con cuarto y quinto; segundo con tercero; sexto y séptimo con décimo y último, y octavo con noveno. Las espinelas compuestas por algunos poetas, en lugar de ser décimas a secas, han resultado muchas veces décimas de fiebre.

Pongamos un ejemplo, que siempre aclara conceptos :

Admiróse una hotentota,
que se llamaba Pelagia,
de ver que la antropofagia
no se practicaba en Rota.
Una andaluza frescota
que la oyó, dijo: «¡Señor...
! Si la carne, con ardor,
sigue de precio subiendo,
nos va usted a ver comiendo
Ingeniero Thermidor.»

MORATÍN

A veces, la espinela presenta unas variedades especiales a las que han sido muy inclinados algunos poetas más o menos modernos de nuestra Literatura. Esta variante consiste en rimar entre sí, a modo de pareado, los versos centrales del poema, o sea, el quinto y el sexto. De esta manera queda, lo que se compone en realidad son dos redondillas unidas por el

susodicho pareado central. Es más fácil que la décima clásica, e indica que los poetas que emplearon esta forma de *falsa espinela* no tenían la soltura y la inspiración necesarias para fabricar poesías sin prescindir del corsé de las reglas tradicionales.

Ejemplo:

El desierto prematuro.
¡Luz! y la luz se marea
De ser luz. y redondea
El hábito de ser puro.
Se inmolan los abedules
Fugaces. Concreta azules
La unidad. Ya la voy viendo,
Y el secreto. Todo el frío
Se masca en el pío pío.
Total, un lío tremendo.
JORGE GUILLÉN

El empleo de mayúsculas al principio de cada verso hace más dificultosa la lectura de éste y de todos los poemas de este poeta de canto único, retocado, repulido y distante.

SONETO

Dicen los que mucho saben, que el soneto lo inventó Apolo para desesperación de los poetas. De los poetas malos -digo yo-, aunque les puedo dar mi palabra de honor que yo no me encontraba allí cuando Apolo hizo la invención.

El soneto es, no cabe duda, una pieza comprometida. Bueno, me estoy refiriendo al soneto de verdad, no a lo que don Pablo Neruda denomina soneto. Claro, que el autor, con una especie de timidez y de arrepentimiento, se justifica, y en el prólogo llama a sus composiciones *sonetos de madera o made-rerías*. Menos mal que hay poetas que no se justifican ni inventan eufemismos carpinteriles para encubrir una licencia que más parece frustración que novedad.

El soneto de verdad consta de dos cuartetos y dos tercetos. Los primeros -ipuñeteros cuartetos!- son inamovibles y

marmóreos, y además riman entre sí y de esta manera: primero, cuarto, quinto y octavo versos. y haciendo rancho aparte, segundo, tercero, sexto y séptimo. Los tercetos se dejan a la buena voluntad del poeta para que éste los haga rimar como le dé la gana.

Cuando al soneto se le agregan al final varios versos de propina, el conjunto de éstos se llama *estrambote*. El estrambote, como muchas invenciones, es una forma como otra de encubrir la torpeza de un escritor. Cuando no se le agrega nada al final, se llama soneto a secas. y cuando no se sabe hacer un soneto y sale otra cosa se denomina *poema*, nada más, y se publica, porque hay editores que saben que esos sonetos escacharrados tienen un público de majagranzas, porque hay gente para todo.

He aquí un falso soneto clásico, con imitación de hipérbaton y todo:

Esta, de áureo marfil tierno y rosado,
suculenta y opípara langosta,
pompa, florón y gala de la costa,
que, perezosa y verde, la ha criado,
es manjar indigesto. Ten cuidado;
no de su pinza, que feroz agosta,
sino de los dineros que te «costa»
su plástico marino y nacarado.

Déjala, pues, sin pena y sin enojo,
que en la manducatoria hay jerarquías,
y tú estás bajo, como está el abrojo.

En su lugar ingiere y sin manías
esos guijarros puestos en remojo
-mariscales mariscos-: las judías.

GÓNGORA

SILVA

Aquí tenemos una composición poética curiosísima. La *silva* es una combinación de versos endecasílabos y heptasílabos, cuyo número se deja a elección del poeta, si bien es preferible que no pasen de veinticinco. De esta manera el poema tiene más probabilidades de ser leído. La rima, consonante, claro, se deja también a discreción, pero tiene la ventajilla de que, de vez en cuando, puede haber algún verso libre.

La *silva* es el primer intento de poesía libre, porque es la composición que menos se ajusta a las implacables y tremendas leyes de la retórica.

Una modalidad de la *silva* es la *estancia*, que ofrece más dificultades, porque una vez que el poeta ha hecho la primera estrofa -en la cual tiene libertad absoluta para escoger el número de versos-, las demás estrofas de la composición tienen que ser iguales. Si no, no vale.

Una *estancia* es también una habitación anchurosa de una casa antigua, cuando la gente no vivía como vivimos en la actualidad, dándonos constantemente contra los muebles, que apenas nos dejan paso entre ellos. Pero como esta *estancia* no tiene nada que ver con la poesía, vamos a dejarlo. Publicamos, para compensar, un ejemplo de *silva*:

Por el boscaje umbroso,
que desciende cual mágico cortejo
monte abajo, y despeina rumoroso
un viento entre fresquito y quejumbroso,
voy y vengo perplejo,
al verlo todo en orden: allá, el sauce;
más acá del arroyo limpio el cauce,
que brilla bajo el sol como un espejo ;
allá, la codorniz; aquí, el conejo;
acullá, el pavonado escarabajo,
y el tordo y el chorlito. ..
Al ver tales bellezas aquí abajo,
y al contemplar, arriba, el Infinito,
tiemblo, doy saltos, pásmome, me agito
(diminutivo de ajo)
y piensa el corazón dentro del pecho,

que este mundo, icaray!, está bien hecho.

FRANCISCO DE RIOJA

ESTROFAS MONORRIMAS

Hace muchísimos años apareció en España el Mester de Clerecía, sistema poético peculiar de poetas cultos, que se oponía al Mester de Joglaría, o versificación de juglares callejeros y cochinos. Los poetas del Mester de Clerecía impusieron unas reglas primitivas, pero no por eso menos intransigentes. y versificaron utilizando estrofas monorrimas, denominadas *cuaderna vía*, o sea cuatro versos alejandrinos los cuales riman todos entre sí con rima perfecta.

He aquí un ejemplo más o menos medieval de estos celeberrimos y monótonos tetrásforos monorrimos:

Es el hombre malino, ca non fabla de veras,
e non face que pifias e cosas maxaderas.

Non tenemos apaño, ca somos como fieras;
merescemos azotes en las assentaderas.

Ca los homes tenemos un ansia cobdiciosa
cada vez que catamos de otro cualquiera cosa,
e a furtarle probamos, e se alguno non osa
pone como gazapo los pies en polvorosa.

Grave cosa e sañuda es la loca cobdicia,
que face cucamonas Con aceda caricia,
e a todos nos gobierna Con su grande malicia
e su cachupinada de caca e inmundiciá.

GONZALO DE BERCEO

ROMANCE

Si el tetrásforo monorrimo era, como hemos dicho, la forma característica de los poetas cultos, el romance lo fue de los poetas populares. En España, el romance ha tenido siempre grandes cultivadores, tanto entre los poetas clásicos y románticos como entre los contemporáneos.

Los romances constan de un número indeterminado de versos, rimados -los pares nada más- en forma asonante. Los otros versos -los impares- quedan al aire, sin duda por eso muchas veces se constipan.

Un ejemplo de romance moderno:

Cuando el cielo en el sobaco
tiene cosquillas de peces,
y el viento suave le pone
zancadillas de merengue;
cuando las rosas eructan
suspiros de luna verde,
Felisa va por el río
y nada se le humedece.
¡Ay, que la niña sonámbula
tiene angustia de cipreses !
En las barandas del cielo
un barco de sal se duerme.
¡Ay, que la niña está amarga
lunes, miércoles y viernes!
En el olivar se cuaja
un gazpacho de relente
que con su pringue embadurna
la efigie de Julio Verne.
¡Ay, que la niña en el turbio
cristal del agua se mete!
¡Ay, que el agua ya le enfría
lo que antes tuvo caliente!
Por la barriga del mundo
cabalgan siete corceles:
cuatro van al Infinito,
y los otros, a Albacete.

GARCÍA LORCA

Romancillo es un romance fabricado con versos de menos de ocho sílabas. Se encuentra de varias clases; las más corrientes, sin embargo son:

Heptasílabo. Ejemplo:

¡Oh Filis!, si las nubes

no parecen tan blancas,
si el pájaro no trina,
si no murmura el agua,
si la esquila está muda
y el borrego no bala,
si la flor en el tallo
ya no tiene fragancia;
si el árbol no da frutos;
si el pastor ya no canta,
¿sabes tú por ventura
qué demonios les pasa?

JUAN NICASIO GALLEGO

Exasílabo:

Sobre tablas negras
dejaron sus cuerpos ;
con viejas frazadas
pronto los cubrieron,
y allí se quedaron
verdes de fermento
y de soledades,
los quesos manchegos.

La vaga penumbra
de moho y silencio
les prestaba sombra
de trágicos senos,
tan puros, tan lácteos,
que pensé con miedo:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los quesos !

BÉCQUER

Hay romancillos cuyos versos tienen menos de seis sílabas, pero vamos a pasarlos por alto y dedicarnos ahora a explicar lo que se conoce con el nombre de

Romance heroico. En esta composición, llena de versos de arte mayor, su rima asonante es igual a la del romance. Por ser sus versos más largos, el *romance heroico* da más empaque a

la narración. Porque el romance, todo hay que decirlo, es narrativo. Los romances tienen -o deben tener- un argumento con buenos y malos y una chica muy mona a la que le levantan una calumnia y, cuando está a punto de meterse en un convento para los restos, llega una carta que lo aclara todo; y van y se casan.

Ejemplo de romance heroico:

Bajaré hasta los valles rumorosos,
subiré hasta los montes encendidos,
recorreré senderos polvorientos
y trochas, vericuetos y caminos;
treparé por la frente de las peñas,
escalaré los muros del castillo,
y si no pierdo peso, por mi padre
que ya no vuelvo a hacer tanto ejercicio.

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

ENDECHA

Esta composición poética no es más que un romancillo, que el autor, casi siempre del siglo XVIII, divide en estrofas de cuatro versos. Suele tener carácter sentimental, bucólico y amoroso. Algunas veces -casi todas- es, además, de un cursi que obnubila.

Ejemplo de endechas:

Dulces pajarillas,
piad y venid,
que pasa mi amada
cerca del Genil.

Aires de la sierra,
brisas del jardín,
echadle mimosas,
echadle maíz,
echadle capullos
de rosas de abril,
echadle tres platos
y postre a elegir.

MELÉNDEZ VALDÉS

COPLA

La copla es la letra de un cantar del pueblo. Si las demás composiciones poéticas que estamos estudiando son arte, la copla es artesanía. Los verdaderos poetas no han hecho jamás coplas, sin duda por eso cuando un vate es ripioso y facilón, se le llama despectivamente *coplero*.

La copla consta de cuatro versos, primero y tercero libres y segundo y cuarto ligados por una sencilla rima asonante. Más fácil no se puede pedir nada.

Yo pondría ejemplos de coplas, pero se me resiste el alma. No obstante, ahí van dos que podríamos llamar *coplas cultas*, porque en los dos ejemplos los versos segundo y cuarto riman, pero con rima consonante:

Las angulas, en Bilbao;
en La Coruña, el centollo,
y en Zaragoza, la jota
y un polo de desarrollo.

Popular

Me puse a pescar sardinas
y no querían picar;
es claro, estaba en Segovia,
bastante lejos del mar .

id.

El avisado lector habrá observado con sagacidad que en los dos ejemplos precedentes, como anuncié antes, las coplas riman de forma consonante. Por un poquito nada más no me han salido dos cuartetos, ¿verdad? Bueno, pues ese poquito es lo que diferencia al poeta del coplero.

Creo que está claro, ¿no? Pues les invito a ustedes a estudiar la siguiente composición lírica o

SEGUIDILLA

La seguidilla es una estrofa de cuatro versos, dos herptasílabos y dos pentasílabos. Estos dos -los pentasílabos- riman de forma asonante. La seguidilla, casi siempre, se

enriquece con un *estribillo*, grupo de tres versos, que rematan la composición, a modo de epifonema o colofón de la misma. En el estribillo, los versos primero y tercero riman, también de forma asonante.

Ejemplo de seguidilla, que pueden ustedes bailar en su domicilio en compañía de su tía Escolástica:

Desde que te escapaste
con el sereno,
tengo, Carola mía,
rotos los nervios.
Dile que vuelva,
pues no hay nadie que cierre
ni abra las puertas.

Popular

La *seguidilla culta*, con rima consonante, es más difícil, claro. También queda más redondeada, más sonora.

Sigan bailando ustedes, que yo toco:

El rey don Carlos IV
-bota y merienda-
hace la vista gorda
sobre la Hacienda,
y con sus gastos,
canta en la piel de toro
las veinte en bastos.

La reina, desdentada,
se emperejila,
y le da en los nudillos
con la badila.
Cazo y embudo,
y con Godoy, tan fresca,
le hace cornudo.

Populares del siglo XVIII

Ahí va otro ejemplo de seguidilla, de recio sabor popular andaluz:

Nací en Lora del Río

por Navidad,
según mi documento
de identidad.
Por eso lloro,
porque si nací en Lora,
debo ser loro.

Popular también

Seguidilla gitana es una variedad de la anterior. La seguidilla gitana tiene cuatro versos, entre ellos uno -el tercero- endecasílabo. Pocos autores han escrito seguidillas gitanas, sin duda porque por ser gitanas estaban echando la buena ventura y diciéndoles a los transeúntes que tienen «patitas de bailaor».

Ejemplo de eso:

Como el higo chumbo
eres, Triniá,
que le quitas pinchos, espinas, pellejo,
y no queda ná.

Los QUINTERO (los dos)

OVILLEJO

Una de las combinaciones métricas castellanas más reventativa y asquerosa es el *ovillejo*. Don Miguel de Cervantes, que era, con los debidos respetos, un poeta detestable, era muy aficionado a los ovillejos. Los hacía con mucha frecuencia, y le salían como suelen salir todos los ovillejos: mal. La ventaja de esta composición es que, cuando se le resiste mucho al poeta, lo mejor es coger el ovillejo y devanarlo. Siempre puede salir una bufanda.

Se me forma un nudo en la garganta cada vez que pienso que tengo que explicar a ustedes cómo se distribuye y rima un ovillejo. Baste recordar que con los versos segundo, cuarto y sexto -la totalidad de versos en un ovillejo es de diez- se ha de formar impepinablemente el décimo y último verso.

Ahí va un ejemplo de tan exótica y asquerosa composición poética:

Cuando la existencia es hambre
 cochambre;
el futuro es dura copia
 de inopia,
y en el porvenir destaca
 la estaca,
nada nos calma ni aplaca,
pues eso es tener, morena,
-desayuno, almuerzo y cena-
cochambre, inopia y estaca.
 DON MIGUEL

OTRAS COMBINACIONES MÉTRICAS

La fantasía de los poetas de todos los tiempos es algo increíble y abracadabrante. No contentos y satisfechos con la rica variedad de formas métricas al uso, los poetas han anhelado siempre nuevas maneras de decir sus más o menos oscuros e intrincados pensamientos. De ahí la gran cantidad de combinaciones que, apartándose de los moldes clásicos, han enriquecido nuestro acervo poético y han proporcionado a sus autores la pequeña vanidad y el pisto de ser ellos los inventores del asunto.

Me parece que he dicho ya que el innovador más importante de nuestra poesía fue don Rubén Darío, aquel señor enamorado hasta las cachas de la música, el ritmo, la cadencia. Utilizó estrofas monorrimas, como los poetas medievales - *torniamo all'antico, farem del nuovo*, que decía Verdi-, se atrevió con los ritmos más extraños y musicales, y llegó hasta a imitar los pies métricos de Grecia, cuando dijo aquello de

Ya viene el expreso;
ya viene el expreso que va de Medina a Zamora;
la gente se agolpa con aire poseso.
Ya viene por fin el expreso que trae un retraso de tres
 [cuartos de hora...

Otros poetas eminentes se han sacado de la manga combinaciones insospechadas y rarísimas. Zorrilla, que también innovó lo suyo, compuso poemas con versos esdrújulos, cortos y ceñidos, que parecía que saltaban de gustito. y los intercalaba -breves y agudos- en una composición casi toda en versos exadecasílabos o alejandrinos. Una poetisa sudamericana inventó un poema compuesto con versos largos y cortitos.

Lo hizo aproximadamente así :

Nací
berbiquí.
Cógeme. Mi grito,
si das al manubrio hará agujerito.
Ombú,
itururú!
Pódame. Soy gris,
y te daré suerte jugando al parchís.
Fenol,
guayacol.
Bébeme. Mi mano
sabe a diclorurometilcloroetano.
Tonel
de hidromiel.
Sórbeme. Mi orza
fluctúa entre el beso y entre la cogerza.
¡Achis!,
don Luis.
Péiname. Mi crin
te caerá en la nuca como un adoquín.
JUANA DE IBARBOUROU

Hay poetas que han llegado más lejos todavía, como si necesitasen enturbiar nuestras vidas a fuerza de opacidades y penumbras, aseguibles por lo visto para los que todas las mañanas reciben de la mano rugosa del Misterio el santo y seña correspondiente. Estos poetas sibilinos y abstrusos son los culpables de la cantidad de pedantes que hoy día pulula por todas partes, gentes que esconden y mimetizan su

mediocridad y su falta de talento jugando a ser *minoría selecta*, que siempre es una diversión y un consuelo.

Podría llenar todo un libro con ejemplos de lo que yo llamo *poetas-escollo* y *poetas-tapón*, es decir, aquellos que entorpecen y obturan nuestra alma, que en el fondo es sencilla y anhela siempre ver el bosque sin que se lo impidan los árboles.

Ahí va, y sea lo que Dios quiera, dos muestras inolvidables de la labor de dos poetas importantes:

¿Adónde va ese señor
con un molinillo de café en la mano,
si acaban de dar las seis y media
en el reloj del Ayuntamiento
de Villapuerros del Abad Mitrado?
Sabe
o está soñando acaso,
oh, sí, soñando está en antigua granazón,
con los párpados llenos de ruido y de leche condensada,
que el molinillo va a sonar de un momento a otro.
y por eso su mano
cuajada
como un íntimo requesón lleno de moscas e ingenieros,
no se atreve a accionar el manubrio
del molinillo,
por si acaso repercute en los antípodas,
o se arranca
a tocar un pasodoble torero
que no se oyo jamas
oh, jamás,
ni falta que le hace,
porque está lleno de turbidez pasiva,
y de faroles de góndolas inermes
y de sueños del rajá de Brahmawalpur
montado en una bicicleta con los faros apagados.

DÁMASO ALONSO

Otro que también se las trae es el poeta al que pudiera pertenecer perfectamente este fragmento alucinante y descabellado, que brindo a los pedantes hispanos o de habla aproximada- mente ibérica:

¿No sabes?

He corrido distancias que sólo conoce la cabra,
y he vuelto sin embargo,
pero he visto caballos verdes y tristes
que añoraban sonrisas de la Escuela Holandesa
y lápices romos para escribirle a Jorge Sand.
He visto dar una bofetada a una lata de conservas,
y lo más gordo es que era de anchoas,
yeso no se perdona.

Pero salí y estuve recorriendo bazares,
en los que compré un fez y una pastilla de jabón
que se me durmió en las manos.
El jabón no sabe explicar nada,
no sabe que se pueden tener manos de filete empanado,
no sabe que los muertos no guiñan un ojo.

j Qué panorama desolador de alfileres con urticaria !
Voy con un guante en la mano,
y tengo que sujetarlo porque le gustaría volar,
para ver desde arriba con desilusión
que los mejillones no saben hablar esperanto.
El guante me acompaña,
pero me duele como si fuera una mano nueva.
Así que me lo quito y se lo arrojo a la cara
a un busto de Lafontaine,
¡por fabulista!

VICENTE ALEIXANDRE

FALSA ANTOLOGIA DE POETAS
ESPAÑÓLES

LAS LETRAS HISPANAS

Cuando decimos que vamos a tratar de las letras hispanas, parece que vamos a recitar de memoria el alfabeto. y no es así. Al decir *letras hispanas* me refiero, naturalmente, a las obras importantes de nuestra literatura, ya ese grupo de señores que enriquecieron notablemente la citada literatura, porque escribieron montañas de cosas. Sobre todo, el Brocense.

Vamos, pues, a contemplar el panorama literario español. Mucho habría que decir de tan importante y valioso acervo, pero como resulta que el autor de este libro no ha sabido nunca lo que es- un acervo, ni por qué se le llama acervo a la literatura patria, vamos a dejarlo, no se complique más la cosa.

Sin embargo no podemos eludir un pequeño bosquejo, aunque sea de pasada, del panorama de que antes hablaba, y dar una idea de los orígenes de nuestra literatura, de su evolución y de los escritores más famosos. Sobre todo, del Brocense.

Hay que distinguir entre escritores y escritores. Esto, que parece una tontería, tiene suma importancia. Me explicaré con más claridad: hay escritores *per se*, es decir, hombres que han conquistado un puesto preeminente en nuestras letras por su estilo, por su inspiración, por su originalidad: por sus calidades y cualidades. Hay, en cambio, otros escritores que han pasado de repente a ser considerados y estimados, porque un día uno de nuestros eruditos ha empezado a decir que Fulano es así o asao, que tiene esto y lo otro, que es una maravilla. Éste es el caso del Brocense. Por fin, hay una tercera clase de escritores hispanos que lo son porque en ellos

se dan estas tres circunstancias, necesarias por lo visto para que se les conceda con magnanimidad el pedacito de gloria que les pertenece:

Son prolijos.

Son sabihondos.

Son aburridísimos.

Tal es el caso del Brocense.

Y de esa especie de Voltaire a la española, con ayuno y trisagio, que se llamó Padre Feijoo.

LA LITERATURA PRIMITIVA

En un principio, una vez que los godos se instalaron definitivamente, la literatura apenas existía. y si existía, los escritores de aquellos tiempos tan remotos tuvieron el pudor - recomendable a tantos valores de hoy- de romper sus apuntes y notas, de modo que la posteridad no los pudiese leer. Es lógico que no hubiese entonces escritores, porque, desde que se nos colaron aquí los moros, a ver quién era el guapo que tenía tiempo de escribir nada, recibiendo, como recibíamos los españoles, cada guantazo que encendía yesca. Era natural que a los castellanos les apeteciesen unas buenas magras con tomate y una buena cama, tanto era el ajetreo a que los tenían condenados los aguerridos partidarios de la media luna.

De todo esto se deduce que la literatura castellana fue muy deficiente, por no decir nula, en aquella época de la Reconquista, pues no estaba el horno para bollos.

Pero siempre hay un gracioso que lo estropea todo. Tal fue el caso del juglar que, de repente, se puso a recitar en las plazas públicas, en los mercados y en los campamentos cristianos aquella especie de novelas de aventuras de la época -los cantares de gesta- con sus *buenos* y sus *malos*. Muy del gusto del ingenuo auditorio fueron aquellas coplas, mal escritas, y supongo que peor recitadas; tan mal como en la actualidad se suele decir el verso en los escenarios españoles por los llamados actores, excepto Carlos Ballesteros. Y el Brocense.

A partir de este momento crucial, la literatura española se ve invadida de coplas heroicas y anónimas. Fueron los juglares una especie de café-teatros de aquellos tiempos, que se extendieron en seguida, que se multiplicaron.

Contra aquella invasión populachera se pronunciaron los autores cultos, que publicaron sus obras en cancioneros, y exigieron minuciosamente que sus nombres apareciesen al pie de sus composiciones, no sólo para que las pudiese identificar la posteridad, sino para darse pote descaradamente, con esa vanidad que caracteriza a todo escritor de habla hispana, sea medieval o de nuestros días.

Es entonces cuando aparecen, en el panorama que estamos observando muy a la ligera, los escritores que se conocen con el nombre genérico de *los clásicos*.

Entre ellos, de manera destacada, figura, como está mandado, el Brocense.

LOS CLÁSICOS

Durante mucho tiempo se pensó en España que los clásicos eran unos escritores antiguos cuya lectura resultaba, no sólo soporífera, sino erisipelante. Esto sucedía cuando el nivel cultural de nuestro país era muy bajito. Hoy la gente lee más y ha podido comprobar que, lo que antes se suponía más o menos gratuitamente, es cierto. Resumiendo: salvo pocas y honrosas excepciones, los clásicos son aburridísimos. Sobre todo, el Brocense.

Al leer esta tremenda afirmación, habrá más de cuatro señores que se echarán con horror las manos a la cabeza. No importa: déjenles ustedes en esa incómoda postura y sigamos adelante.

Mucho ojo: no he querido decir que *todos* los clásicos sean insoportables. Ahí tenemos, sin ir más lejos, a Góngora, a Lope, a Ruiz de Alarcón, a Tirso de Molina. Pero que al lado de ellos figure Moreto, autor de la comedia *El desdén con el desdén*, de la que jamás he podido sacar nada en claro por lo oscura, conceptuosa y barroquísima, no hay derecho.

¡Fuera, pues, los Moretos de nuestras honradas letras!

¡Fuera el Brocense, caray!

Bueno, la verdad es que jamás he leído nada del Brocense. Lo citaba nada más que para darme pisto, como tanta gente que hace alusión a autores que nadie recuerda.

Si tuviéramos que hilar muy delgado, tendríamos que reconocer que, incluso entre los autores más importantes, las obras maestras no se pueden contar por docenas.

Cojamos, por ejemplo, a Tirso de Molina. Leamos sus obras completas, saltándonos, naturalmente, los comentarios y aclaraciones de doña Blanca de los Ríos, por lo ingenuos, y por su recalcitrante manía de atribuir al Mercedario todas las obras perdidas que se encontraba a mano en sus jornadas husmeadoras de rata de archivos. Si somos sinceros y ecuanímenes, reconoceremos que entre toda la producción de fray Gabriel solamente hay tres obras maestras, a saber: *El vergonzoso en palacio*, *Don Gil de las calzas verdes* y *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Casi maestra es *Marta la piadosa*, pero le falta el casi. El resto de la extensa producción de don Tirso son comedias más o menos amables, dramas con mejor o peor carpintería teatral, pero inferiores sin duda a las tres que he citado. E incluso algunas que tienen fama, como *El condenado por desconfiado*, son ladrillos inaguantables.

Otras veces el autor es tan rematadamente plúmbeo, tan tedioso, tan extenso, que uno se pregunta con frecuencia de quién ha sido la manita gloriosa que ha incluido a semejante poeta soporífero entre los coronados de laurel y otras hierbas aromáticas. Tal es el caso de don Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*, poema redactado en no sé cuántos miles de estrofas -que posiblemente serán octavas reales, para fastidiar más- y que por fortuna no ha leído nadie.

El Siglo de Oro fue el cénit, la cúspide de nuestras letras. Y tan característicos fueron nuestros escritores, y tan famosas las obras que produjeron en la citada centuria, que saltamos las fronteras e influimos poderosamente en las literaturas europeas.

Durante el resto de nuestra historia literaria fue siempre al revés: las literaturas europeas penetraron en España -casi siempre tarde- y empaparon nuestras producciones. Primero, la lírica provenzal, la portuguesa, la italiana -todos los poetas cultos medievales imitaron *La Divina Comedia*, del señor Alighieri-, y más tarde, hasta la época presente, fue Francia la que nos envió sus soplos por encima de los Pirineos.

En España ha habido siempre, casi en pugna, dos tendencias, dos fórmulas, dos escuelas. Primero fue el Mester de Clerecía contra el Mester de Joglaría. y siempre, más tarde, ahora mismo, los sobrios, los escuetos, los profundos, contra los floridos, los ampulosos, los superficiales. Me quedo con los segundos, con la excepción de Herrera -ampuloso de mala sombra-, porque la belleza está siempre con ellos, con Góngora, con Darío, con Valle-Inclán. Lo de «que no profundizan» me importa un rábano fresco, por dos razones:

1.^a Porque cuando la poesía es poesía, el tan cacareado «mensaje» está en la misma poesía, por serlo.

2.^a Porque generalmente el llamado «mensaje» es una cosa que todos conocían ya, como la moraleja de una fábula, en la cual el papel de los animales y sus enseñanzas morales está, sin duda, reservado a unos lectores que son tan tontos que necesitan que se les lance, aunque sea por los burros flautistas, un «mensaje».

Algunos de nuestros compatriotas aseguran en ciertas ocasiones, muy serios: «Conozco mis clásicos.» Yo también conozco, con modestia, los míos: los que me gustan y los que no me gustan. En la falsa antología que a continuación, como naipes de tresillo literario, inserto, hay una muestra de ambos grupos. En el primer caso -el de los clásicos que me gustan- mi caricatura de tan importantes poetas es una ofrenda cariñosa, un homenaje, una manera como cualquier otra de decirles poéticamente: « ¡Viva la madre que te parió! » Así sucede con Santillana, Manrique, Góngora, Darío. En el caso segundo -los que no me gustan- mi caricatura, mi puesta en solfa, no es todo lo mordaz y despiadada que se merecen, a mi juicio,

poetas engolados, y falsorros, y cursis como pueden ser un Quintana o un Manuel Machado.

EL CID Y SUS COPLAS

Todos ustedes han estado en la feria de Navalgorrino. y si no han estado, mejor para ustedes, porque aquello es una porquería y una ordinariez. Gente que va a vender un burro, y cosas así. Pero en esa feria, en algunos mercados, ya veces en el Rastro madrileño, como escapados de épocas pretéritas, se presen- tan de repente unos individuos, armados con destemplados guitarrones, que salmodian un suceso -casi siempre un crimen- más o menos conocido, según se haya perpetrado en ambiente pueblerino o, por sus características sensacionalistas, a escala nacional.

A esos cantores populares se les tiene, literariamente hablando, en muy poca estima. Personalmente también suelen dar asco, porque practican la curiosa costumbre de lavarse lo menos posible, circunstancia que no se sabe bien si obedece a guarrería o a la más pura catolicidad, expresada en forma de promesa a santa Rita en la cual se abstienen voluntariamente de duchas, abluciones y fregoteos.

El Poema del Cid, antiquísimo, es una muestra del talento histriónico y puerco de estos juglares de feria y mercado.

El Poema del Cid abre nuevos cauces, nuevas corrientes en la vida nacional, pero al mismo tiempo es nocivo y peligroso, pues por su culpa suceden cosas graves en nuestra patria. Helas aquí:

1^a La poca aceptación que ha tenido siempre en España la costumbre de leer. El Poema era recitado en la plaza pública, y la gente, desde entonces, se acostumbró a que le contasen las cosas, en lugar de leerlas en un libro. El Poema es el antecedente directo de los «seriales» radiofónicos.

2ª El gusto del público español por *ir al grano*, por la acción. La gran retahíla medieval describe con rapidez las hazañas del héroe y pocas veces se entretiene en diálogos. Por eso la gente escucha tan mal en el teatro, porque lo que desea es «que pasen cosas», y en cuanto dos o más personajes se ponen a hablar, el público español se aburre como dromedarios.

3ª El poco respeto que en España se tiene a las autoridades. Como puede apreciarse en el poema, don Rodrigo, el protagonista, se pone enfrente del rey y, cuando encarta, le canta las verdades del barquero. El juglar, comentarista del asunto, se permite a veces intervenciones que maculan la autoridad y el prestigio del soberano de Castilla, como cuando dice que el Cid sería un buen vasallo «se oviese buen señor». Por eso en todas las épocas, bajo todos los regímenes, los españoles, que llevan dentro un Cid en potencia, se permiten los chistes, historietas, sucedidos y chascarrillos más feroces, irreverentes y desvergonzados sobre los hombres que los gobiernan.

4ª El machismo español. El protagonista, como buen castellano, se permite lanzar las bravatas y chulerías medievales más violentas. y todo es bueno para conseguir sus fines, desde amenazar al rey hasta engañar a Raquel y Vidas, los pobres judíos que financian las campañas sediciosas del héroe.

El Poema del Cid ha influido poderosamente sobre nuestra literatura y sobre las artes en general: pintura, escultura, etc. Sobre el cine nacional ha influido muy poco, porque los argumentos de las películas españolas suelen ser -con notables excepciones- más antiguos y vetustos que el famoso Poema.

Del autor de las coplas del Cid poco o nada se sabe. Hay un tal Pero Abad que pone su nombre al final del Poema, pero se sospecha con razón que se trata de un posible copista, un adaptador -como se diría hoy- mucho mejor que los que actualmente perpetran para uso de TVE arreglitos de escritores muy afamados que jamás se metieron con nadie y no merecen, por supuesto, el trato que se les da.

Doña Jimena, la esposa del protagonista, es el prototipo de la madre española, que cuando tiene que separarse del marido, desterrado, no se acoge a la seguridad de un castillo o cualquier otro recinto amurallado, sino que se mete con sus hijas en un convento para no perderse la misa.

Los personajes más simpáticos de toda la narración, aparte los inocentes judíos, son los infantes de Carrión, que, hartos de las dos hijas del Cid -que salieron a su padre-, les dan una buena tunda, seguramente merecidísima.

El estilo del Poema es defectuoso, primitivo, con versos a los que les sobran sílabas, y otros cortos. Tiene fuerza descriptiva y, sobre todo, dramática. E incluso rasgos de humor, situaciones francamente divertidas, en las que el autor pone, naturalmente, en ridículo a los enemigos del protagonista, como debe ser .

POEMA DEL SUYO CID

Suyo Cid -y el de ustedes- por Castiella, triunfale,
cabalgando a caballo al su destierro parte.
¡Dios, que era muy bizarro e de muy buen talante!
¡Qué buena barba gasta, el cacho de animale!
Para llegar a Burgos dexó atrás Cibdad Reale
e Toro, Mequinenza, Calatayud e Caspe.
Llegósse con retardo, ca non era puntuale
et fallaba las citas por pitos e por flautes.
A su lado cabalga don Pero Peragález,
el calagurritano de pro, complido e tale,
honrado e muy bienquisto, ca nunca fuera alcalde,
e jamás dedicósse al tongo et al enjuague.
Ya catan a lo lejos de Burgos la cibdade,
e possada requieren del Hotel Condestable,
mas todo era muy lleno de damas e galanes
de esos que nos remiten de París de la France.
El dueño del hotele despidióles afable,
fablando con acento, ca era catalane,
e decía unas oes que parecían aes,
e comía escudella los viernes e los martes.

Mas suyo Cid marchósse de Burgos la reale,
llorando de los ojos, ca había grand pessare,
camino de Valencia, donde diz el refrane
que del naranjal viene la naranja a los labies.
E passó por Cardeña, do por cassualidade
doña Ximena estaba haciendo cura de aires,
mas non de aguas, ca entonces las gentes principales
non se lavaban nunca, ca es so es liviandade,
e si guarro está el cuerpo, tal debe ser ca el tale
se pasto de gussanos ha de ser, que se aguante.

EL RABÍ DON SEM TOB

Poco, muy poquito se sabe de este pesadísimo y machacón poeta. Parece ser que era de Carrión -él lo afirma, por lo menos-, de donde puede que saliese a toda prisa, porque sus contemporáneos lo corrieron a gorrazos, por plúmbeo.

Don Sem Tob, como todos los malos poetas, se propuso escribir un libro de proverbios morales. Se inclinó, como puede verse, hacia lo facilito, porque lo que *tiene* verdadero mérito y originalidad es escribir un libro de proverbios inmorales. Los morales están muy acreditados y no necesitan publicidad. Le sucedió al Rabí lo que a muchos escritores de todos los tiempos: los tiralevitas, que han escrito siempre alabanzas a los gobernantes. Lo bonito es escribir contra ellos, pero en España eso ha estado siempre muy perseguido.

En el siglo XIV, cuando la literatura estaba con el biberón en la boca, don Sem Tob se salió con la suya y redactó unos heptasílabos horrorosos, tan mal medidos y rimados, que muchas autoridades ponen en duda si el Rabí terminó sus días plácidamente o se murió de asco en una mazmorra, por ripioso.

No creo que don Sem terminase enmazmorrado, porque es posible que el rey a quien van dedicadas sus sentencias no supiese leer. y si sabía, puede que se negase a tragarse las

insulsas ingenuidades del egregio siervo de Jehová. Le enviaría un par de talegas de garbanzos, premio que entonces sustituía a la concesión de la cruz al Mérito Civil.

La caricatura que he hecho del estilo pelmazo del ínclito hebreo es mejor, mucho mejor que los versos originales. He suprimido áridos arcaísmos, y he procurado dar a los heptasílabos una musicalidad y una cadencia que no tuvieron jamás los de aquel aficionado tan antiguo.

PROVERBIOS MORALES

Escuchadme, Señor,
lo que escribo en loor
e con grande dolor
ca soy muy pecador ,
e la vida es baxera,
e non es placentera,
e aquesta gusanera
es cossa maxadera.

El home es soberbiosso
e meresce una cincha,
e al saberse grandioso
como un pavo se fincha.

E si come, se forra;
como colchón de borra
se atasca e se atiborra
de salchicha e chistorra

Señor Rey, es asaz
molestosso e non sano
que le escupa en la faz
al judío el cristiano.

Non le cuesta trabaxo
al que escupe et amuela
echar el su gargaxo
en la faz de su abuela.

Ca los judíos no hemos
cossa alguna de memos
e vengarnos podemos,
porque «arrieros semos».

Antaño se escupía
al judío otro tanto,
mas aquel que lo hacía
se lo echaba en el manto.

Ca el vestido, aunque sea
de seda o de retor,
si le hacen cossa fea
non pierde en el su honor

La estofa, según digo,
se regala a un amigo,
et es cossa de abrigo
que non importa un figo.

Mas el rostro es cristal
de Dios, ca tiene brillo,
e resulta muy mal
vexallo et escupillo.

Et toda aquesta ciencia,
con paciencia de Job,
os la brinda en concencia
el Rabí don Sem Tob.

EL CANCELLER DON PERO LÓPEZ DE AYALA

Se murmura, y puede que sea cierto, que este buen señor nació en la ciudad de Vitoria. Esta curiosa circunstancia se refleja en su producción literaria, porque como Vitoria es ciudad fría, los versos que el Canciller escribió son de abrigo.

Don Pero ha pasado a la posteridad -mal, pero ha pasado- gracias a su obra capital, el *Rimado de Palacio*, larguísimo poema con pretensiones de miscelánea medieval, adobado con muy poquita gracia y mucho envaramiento. La obra tiene partes en las que el poeta se propone reformar a la sociedad de su tiempo, dando consejos a quienes no se los han pedido, cosa que suelen hacer casi siempre los que dan consejos. El Canciller condena los vicios y desórdenes, porque en aquella época lo contrario estaba muy mal visto.

Hay trozos del poema en los cuales López -aburridísimo siempre- pretende hacer sátira social y política. Esta parte del poema es acaso un poco más tolerable que el resto del insigne mamotreto, pero poco más, porque López, siempre adusto y severo, nada flexible ni socarrón, se propone desde el principio aburrir al lector, y lo consigue, con sátira p sin ella.

El *Rimado de Palacio* tuvo en su época una gran utilidad, porque, a los nobles y caballeros que se apartaban del buen camino y organizaban conjuras y luchas intestinas, el rey les hacía leer el poema de López en voz alta desde las almenas del castillo de Peñafiel. Algunos preferían arrojarse al vacío antes que apencar con tan espantosa e inhumana represalia.

Falleció don Pero López el año 1407, ya pesar de las gestiones que desde aquellos tiempos hasta la fecha se han

hecho para que el *Rimado de Palacio* desapareciera para siempre, ha llegado vivo y coleando hasta nuestros días.

¡Qué se le va a hacer!

RIMADO DE PALACIO

Aquesta vida es buena, no todo es rrobería,
ca muchos cavalleros hay de muy grand valía,
mas otros hay que tienen la cabeza baldía,
e non puedes fiarte nin de tu mesma tía.

Non debes passearte más tarde de las ocho,
ca matones e bravos te dexan cual vizcocho,
et de día hay truhanes que déxante muy pocho
si te facen el timo que llaman toco-mocho.

Si a paxe o a escudero contratas por soldada,
e te vas de viaxe e paras en possada,
el paxe los cavallos venderá a la descuidada
e a golpe de chapines farás la tu jornada.

E si vas e repriendes al servidor ingrato,
non le trates suave, sino con arrebató,
ca tiempo de quexarse ya tendrá el gurripato
cuando en tiempo futuro se invente el sendicato.

Buena cossa son estos tiempos tan feudales,
do los nobles señores, grandes e principales,
a los que están ayuso tratan como animales
e se dan una vida de pachás orientales.

Ca cuando passen siglos en Castilla non creo
que manden unos pocos e fagan mangoneo,
ca sería un aviesso e muy grand cachondeo,
e non sigo e me pongo punto en boca. Laus Deo.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA

Se llamaba este caballero don Íñigo López de Mendoza, y era señor de Hita y de Buitrago. Lo mismo que en literatura cambió de ideas y de procedimientos, en política -la política confusa y follonera del Medievo- le vemos bullir y destacar, tan pronto al lado del rey como contra él, conchabado con algunos nobles descontentos. Si es cierto que se permitió el lujo de dar algunas bofetadas, no es menos verídico que también recibió algunas, tan sañudas y enconadas fueron las luchas intestinas de aquellos tiempos.

Era el Marqués hombre estudioso, culto y leído, como contrapartida de los nobles contemporáneos, que eran casi todos unos zoquetes. La curiosidad y el afán de saber de don Íñigo estuvieron a punto de echar a perder sus condiciones naturales de poeta, porque cayó en sus manos *La Divina Comedia*, éxito editorial sin precedentes en la Edad Media, y don Íñigo se dijo: «Esto lo hago yo también», hombrada y chulería a la española de la que se salvó por milagro. Escribió en efecto un poema alegórico que tituló *La Comedieta de Ponza*, en el cual tuvo la habilidad de disfrazar el tema y procurar que se pareciese lo menos posible a la obra maestra del señor Alighieri. Otros poetas, también bajo la potente luz de Dante, obtuvieron resultados peores que nuestro simpático y caballeroso Marqués.

Quiso Santillana enriquecer nuestra poesía introduciendo las rimas italianas, y en particular el soneto. No asimiló el poeta la cadencia petrarquista en sus *Sonetos fechos al itálico modo* -se le resistió la musicalidad del endecasílabo-, y por eso, con todos los respetos, no pudo conseguir más que una colección de buñuelos medievales, difícil de digerir.

Pero el Marqués era un verdadero poeta. Para entretenerse quizás, o como solaz y diversión mientras descansaba de tareas más engoladas y acartonadas, don Íñigo escribió una serie de *serranillas*, poemitas que, por su brevedad y sencillez, nadie pensó que podían compararse con los grandes poemas que escribía a la sazón. Pues mira por dónde esas distracciones poéticas del Marqués son, en realidad, las que más valor tienen dentro de su vasta producción, y las que hoy recordamos todos con una sonrisa, reflejo acaso de la satisfecha y rutilante de aquel vate bien comido y mejor bebido.

Así es la vida.

SERRANILLA NAVIDEÑA

Por Navacerrada,
serrana yo vide
gorda e colorada.

Montaba un borrico,
vestía un refaxo
que exhalaba un rico
regustillo de axo;
corpiño e faldeta
teñida de azul,
con su camiseta
e su *canesul*.

Por Navaccerrada
miréla, miréla
con la mirada.

E yo colegía,
viendo tal primor,
que non la vestía
don Cristián Dior .

Vila que partía,
e como un pelele,
por saber do iría
yo «le» preguntéle :
Si marchas quizás,

¿do irás, girasol?
¿Do vienes? ¿Do vas?
¿Do, re, mi, fa, sol?

Non «me» contestóme
mas la su mirada
desencuadernóme.

Hoy es Nochebuena
-dixe- serranilla,
e tengo una cena
con pavo e morcilla.

Daréte el asado
que te he susodicho,
e un cerdo cebado
(con perdón sea dicho)

Daréte unas sopas
que dan calorías,
e después tres copas
de González Byass .

Creo, en poridat,
que te ofrezco, niña,
buena Navidat.

Otros la disfruten
-dixo-, caballero;
la cena es de buten,
mas cenar non quiero.

Non por etiqueta
rechazo el yantar;
es que estoy a dieta
por non engordar.

«¿Non vendrás, chiquilla?
«Señor, non iré.»
«Adiós, serranilla.»
«Adiós, don José.»

Por Navacerrada,
serrana yo vide
que non comía nada

LA PORQUERIÇA DE MATARREDONA

(*Serranilla catalana*)

Cerca de Cardona
vi la Porquericça
de Matarredona.

Por senda boscossa
de cardos e ortigas,
la boca pastossa
y el cuerpo hecho migas,
hacia Badalona
por tierra caliça,
vi a la Porqueriça
de Matarredona.

Era colorada;
cruçaba sus manos,
mirando arrobada
a los sus marranos .
El campo, corona
puso de hortaliça
a la Porqueriça
de Matarredona.

Vestía un *conjunto*
-falda e pantalón-
y encima, de punto,
un minifaldón,
¡Y estaba tan *bona*,
que díxelo: «Atiça!
¿Sois la Porqueriça
de Matarredona?»

Díxelo: «Nenita,
saldremos de farra,
comeremos *truita*,
pan e butifarra.
Por Santa Madrona
que estáis muy rolliça,

linda Porqueriça
de Matarredona.

Después llevaréte
hasta el Llobregat,
ya beber daréte
en la *Font del Gat*.
¡Oh maca e bufona
ponte tu pellica,
y ven, Porquerça
de Matarredona!»

Dixo la su boca:
« ¡Basta el devaneo,
que no exerço, loca
esse pluriempleo!
E non es buscona,
nin çorra, nin iça
esta porqueriça
de Matarredona.»

Mas entonces, biçco
al verla enfadada,
le aticé un pellico
en plena muslada.
Pero la bribona
con porra maciça
diome una paliça
en Matarredona.

SERRANILLA ESTIVAL

Muy cerca de Osorno
passaba yo un día
de mucho bochorno.
Mi boca quemada,
ansiosa de fresco,
seca suspiraba
por un buen refresco.

Dentro de una zanja

que hallé de ocasión,
pedía naranja, pedía limón.

De forma ridícula,
passaba yo un día
de mucha canícula.

Como flor loçana
de aquel mediodía,
vide una serrana
que hacia mí venía.

No era nada zafia;
su cuerpo era sano,
e un bolso de rafia
llevaba en la mano.

Con mucho calor,
serrana yo vide
que iba en bañador,
De *lastex* extraño
era la su estofa,
y el gorro de baño
como una alcachofa.

La noté tan fría
de cabeça a pies,
que me parecía
doña Úrsula Andrés

El pecho cual horno,
fablé a la serrana
muy cerca de Osorno

Ofrecí llevarla
en mi bicicleta,
para así mostrarla
toda la Meseta.

Le dixe: «Muñeca,
sube al sillín, y hala».
Díxome: «Soy sueca
e nascí en Upsala.»
Con pena e bochorno,
perdí a mi serrana
muy cerca de Osorno.

JUAN DE MENA

Este poeta de finales de la Edad Media, minucioso y aburridísimo, nació en Córdoba. A pesar de ser andaluz no se arrancó por peteneras o serranas, y sí por estrofas de ocho versos dodecasílabos, que no hay quien soporte. Como el Marqués de Santillana, como Micer Francisco Imperial, intentó imitar, sin lograrlo, el alegórico panorama de aquel *best-seller* del Medievo que se llamó *La Divina Comedia*.

La obra principal de Mena se denomina *El Labyrintbo o las Trescientas*. El subtítulo proviene del número de estrofas que tiene el impresionante poema. La trama del *Labyrintbo* es, como en la obra de Dante, un viaje en el que el lector se va encontrando con personajes más o menos conocidos, que las están pasando canutas. Como puede verse, la originalidad de don Juan de Mena no fue muy relevante.

Por si algo faltaba, Mena utiliza la alegoría cada vez que puede. y su estilo, plagado de hipérboles oscuras, de neologismos y de otras virguerías, hace dificultosa la lectura de estas gachas medievales que no leyó nadie jamás, si se exceptúa a don Marcelino Menéndez y Pelayo, que era capaz de cualquier cosa.

Es de suponer que este poema, como todas las obras literarias oscuras y sibilinas, hizo las delicias de los pedantes de la época, como en la actualidad sucede en la proyección de películas cuyo significado, cuya clave e intención no

comprenden, al parecer, más que un grupo de elegidos, blancas palomas mensajeras del Misterio.

No sé por qué razón, pero siempre se me ha antojado que Juan de Mena tuvo que ser un calígrafo notable, un pendolista fuera de serie, redactando su latazo -despacito y buena letra- hasta terminar con una rúbrica hecha de rabos de lagartijas notariales. y si hay alguien que me cargue en esta vida, ése es un pendolista.

EL LABYRINTHO O LAS TRESCIENTAS

(Fragmento)

Aquella que vedes, rubiales de trença,
e bien colorada e bien pechugona,
aquella es la mesma María Pamplona,
que todos los días a vivir comiença,
e face lo mesmo que fiço en Sigüença,
e se quita paños, e mueve la tripa,
e queda en porreta, e non se constipa,
e tiene la pobre muy poca vergüença.

Aquellos que vienen en su derecha,
condes, escuderos, paxes, rodrigones,
fueron los amantes que tuvo a montones,
que non daba abasto su desenvoltura,
e a la luz del día o en la noche oscura
volvíase loca buscando galanes,
concertaba citas, se arreglaba planes,
e todo lo fiço con poca mesura.

Agora la muerte con ella se forra,
de sus amadores tiénela apartada,
e ven que se pudre su carne cuitada
en la gusanera de su vil maçmorra;
e nadie al destino le busca camorra,
e nadie se espanta de verla en un grito,
e todo el que passa le dice baxito:

«¡Te lo mereciste por cochina e çorra!»

El cuerpo fermoso, la cara tan guapa,
si empieça su dança e su desafuero,
le cubren con pieças de muy duro cuero,
como a los cavallos cubren con gualdrapa;
e danle a diario polvos de xalapa
que agotan su cuerpo donoso e lascivo,
e danle los jueves un aperitivo,
mas, para que aprenda, non le sirven «tapa».

Mostrando su rostro de color alpiste,
fállase sañudo don Pero García,
que ayuntóse un día con la tal María
e su ayuntamiento fue cossa de chiste.
Tampoco ninguno acércase al triste
que mira a la esposa con oxo encendido,
e non se le acercan, porque es el marido,
e dicen que al pronto se arranca e embiste,

COPLAS SATÍRICAS DE LA EDAD MEDIA

Uno de los libros que debieran estar prohibidos a los muchachos de menos de diecinueve años es la Historia. Es cierto que en tal relato están los hechos gloriosos, las gestas heroicas, los procesos evolutivos de un pueblo o de varios, pero al mismo tiempo, si desbrozamos de anécdotas, batallas y genealogías la tal crónica, encontraremos las bajezas, las traiciones, y, sobre todo, la apetencia, por unos y por otros, de ese momio que se llama Poder. La conquista de esta rica mamandurria ha inspirado las luchas civiles españolas desde que el hombre es hombre. y desde que la mujer es mujer, claro, porque siempre ha estado sermoneando, incitando, lanzando al hombre a que se dé de tortas con sus semejantes,

con la promesa, en lontananza, de una sinecura, de un pedazo de turrón político o social.

Los caballeros feudales, que eran de muchísimo cuidado, y los reyes de Castilla, que también eran una monada, se pasaron la vida zurrándose la badana: unos por no perder prerrogativas y ventajillas; los otros, por someter y avasallar a tantos y tan provocativos chulánganos, con calzas. Mientras todo esto sucedía, el pueblo español, al que, como siempre, no se le había consultado, aguantaba pacientemente destrozos, miserias y lacerias.

Los reinados del indeciso y elegante don Juan II y de su hijo, don Enrique IV, que a más de indeciso era otra cosa, proporcionaron temas y argumentos a los poetas satíricos. Unas veces a favor del soberano, otras a favor de los nobles, estos poetas anónimos se dedicaron con ahínco al rico libelo, poniendo, según soplara el viento, unas veces al rey, otras a los nobles, como hojita de perejil fresco.

El descaro y el desparpajo de estas crónicas burlescas indica a las claras que tras el anonimato se esconde un poeta que no se atreve a confesar su nombre, asustado por la somanta que, de descubrirse, le podían propinar.

He aquí las coplas de *¡Ay triquitraque!*, que no se publicaron en aquellos tiempos tan antiguos, pero como si se hubieran publicado. Las coplas auténticas son todavía más desvergonzadas.

COPLAS DE ¡AY TRIQUITRAQUE!

Dexa que yo te refiera
lo que ayer aconteció
en la lid que se libró
cerca de Mataporquera.
Pienso que lo que pasó
fue una cosa burladera
que a la Corte puso en jaque.
¡Ay triquitraque!
Las mesnadas se salían

al campo, e se contemplaban;
unos a otros se miraban,
de un lugar a otro corrían,
e tanto se trasladaban
que peones parecían
de ajedrez, mudando escaque
¡Ay triquitraque!

El barón del Manillar
puso pies en polvorosa,
e se fizo encima cosa
que non se debe nombrar
Doña Mencía, su esposa,
mucho tuvo que lavar
y aromar con estoraque.
¡Ay triquitraque!

Huelga agora que se explique
que el Rey -lo sabe la gente-
es de la acera de enfrente,
adamado e alfeñique,
e fuyó, mas es corriente
ver fuir al Cuarto Enrique,
menoscabando su empaque.
¡Ay triquitraque!

Don Conrado e don Johan,
a pesar de sus varices,
corrieron como perdices
que ante los podencos van,
e dieron con sus narices
en el lodo. Ambos están
maldiciendo tanto achaque.
¡Ay triquitraque!

La hermosa doña Guiomar,
en su castillo de Auñón,
subióse en un torreón
para ansí parlamentar,
mas echáronle un lançón
sañudo, que le fue a dar

en medio del almanaque.
¡Ay triquitraque!

El conde del Resopón,
en vez de facer batalla,
encontróse en Santa Olalla
con un fermoso garçón.
Ambos, saltando una valla,
perdiéronse en un mesón
del término de Jadraque.
¡Ay triquitraque!

Los Infantes de Aragón,
al ser batidos con gana,
çurrábanse la badana
culpándose de la acción.
E uno se llamaba andana,
e el otro al uno, cabrón,
maxadero e badulaque.
¡Ay triquitraque!

Al ver que corría presto,
fuyendo, don Johan Arlança,
siguióle sin más tardança
el marqués del Manifiesto,
e metióle la su lança
en un sitio non honesto,
donde hace pupa el ataque.
¡Ay triquitraque!

E doña Sol del Escudo,
al ver al marido fuera,
se entregó sobre una estera
a un paxe fornido e rudo,
e ansí, la muy puñetera,
fizo al esposo cornudo,
porque tenía buen saque.
¡Ay triquitraque!

JORGE MANRIQUE

En la villa de Paredes de Nava, que no debía ser modelo de ciudades cosmopolitas y cómodas, vino al mundo, concretamente el año 1440, el poeta Jorge Manrique, simpático caballero y tocayo del autor de estas modestas páginas. Pertenece a una ilustre familia de apuestos y aguerridos caballeros, que se dieron también a la poesía. A pesar de esta última circunstancia, fueron respetados por sus contemporáneos.

Mal andaban las armas en aquellos años en los que la Edad Media estaba dando las últimas boqueadas. Sin duda por eso, don Jorge, guerrero, tuvo que alternar su profesión con la de las letras, seguramente para seguir la tradición familiar .

Se vio mezclado Manrique en las muchas conjuras y banderías de los reinados de don Juan II y de su hijo, don Enrique IV. y en los hechos importantes de entonces siempre había un Manrique -don Jorge u otro- que tan pronto asistía en Avila a la degradación pública de don Enrique IV, como se encontraba en los Toros de Guisando, como combatía contra la Beltraneja y a favor de doña Isabel. En resumen: los Manrique estuvieron hasta en la sopa.

Fue don Jorge un guerrero esforzado y apuesto y un elegante caballero. Al frente de sus tropas, como era costumbre que entonces se presentasen los capitanes, luchó muchísimas veces, con mayor o peor fortuna. En una de estas escaramuzas, don Jorge halló la muerte. Antes de morir escribió sus famosas «Coplas a la muerte de su padre», porque

comprendió que después de su fallecimiento le hubiera sido muy difícil escribirlas.

A continuación tengo el gusto de insertar unas estrofas apócrifas de las citadas coplas. Apócrifas son, porque me parece recordar que las he escrito yo mismo con mis manos pecadoras.

Mi tocayo no me lo toma en cuenta.

NUEVAS COPLAS MANRIQUEÑAS

En el mundo medieval,
donde la vida sin nexo
se plantea,
como todo es material,
medite y avive el seso
el que lea.

¿Qué se hicieron las damas?
¿Qué de su figura otrora
recatada?
Se han subido por las ramas
e van enseñando agora
la muslada.

¿Por qué triunfó don Froilán?
Méritos extraordinarios
non devana.
¿ Por qué acude con afán
a los premios literarios
e los gana?

¿Cómo en puestos eminentes
hay alguno que subió
-yo non subo-
e, según dicen las gentes,
non sabe facer la o
con un tubo?

¿Por qué non dexan entrar
en la rueda que se aprieta
junto al solio,

e paran ya de chupar
los que facen de la teta
monopolio?

Muchos hay con ufanía
que aparecen muy triunfales
e muy vanos ;
e son, por su hipocrisía,
comeesfínteres anales,
los marranos.

Por esso yo non prospero
e posición que me cuadre
non me brota,
e todo porque fui entero
e non fice ni a mi padre
la pelota.

Hay quien quiere mil prebendas
e una cruz siempre apetesce
o medalla,
e a mí, para que lo entiendas,
todo aquesso me parece
que es quincalla.

Con zajones andaluces
los hay a cavallo, ufanos,
fanfarrones,
e a mí, que estoy a dos luces,
me tocan a cuatro manos
los zajones.

EL ROMANCERO

Esto del Romancero es como lo del huevo y la gallina. Algunos autores opinan que los romances son trozos de los cantares de gesta que se han desgajado del recio tronco. Otros dicen que el asunto hay que considerarlo al revés, o sea, que son los romances los que originaron los cantares de gesta. Otros eruditos aseguran que no es verdad ninguna de las dos cosas, y que los romances aparecieron solos, sin influencias de ninguna clase. y una cuarta opinión -no tan respetable como las precedentes- afirma que ni cantares de gesta, ni romances, ni pitos, ni flautas: que lo bueno es lo que cantan, a base de comer micrófonos, los llamados «cantantes modernos» -juglares de pacotilla-, canciones que invariablemente terminan con originalidad diciendo: «¡Amor! ¡Amor, amor, amooooor!»

Aclaremos más cosas: un romance no es lo que canta el tenor de *La Favorita* vestido de fraile, o sea, aquello de «Una vergine, un angiol di Dío...» Un romance es otra cosa: tanda más o menos larga de versos octosílabos, con rima asonante que se mantiene en los versos pares.

Los romances se suelen dividir en dos clases: *Romances viejos*, los cuales, como su nombre indica, son del año de la nanita. Algunos romances son tan viejos que no hay más remedio que tirarlos a la basura.

Romances artísticos, o aquellos que fueron escritos en el siglo XVI y posteriores, y no son casi nunca anónimos como eran los romances viejos.

Aquí sólo trataremos de los romances viejos. Según su argumento y estilo, según su tema, los romances viejos se dividen de la siguiente manera:

Romances carolingios, que son aquellos que refieren con pelos y señales la vida del rey Carolo.

Romances históricos, que, como siempre arriman el ascua a nuestra sardina, según ellos nunca perdimos batallas, y el país ha sido siempre un modelo de administración y de pujanza.

Romances moriscos, que tienen por protagonistas a arriscados caballeros mahometanos ya encubiertas y hermosísimas moras de ojos soñadores y lánguidos. El argumento de estos romances es casi siempre galante, celoso o vengativo y trapsondista.

Romances fronterizos, que, naturalmente, son los que suceden en Port Bou o en Hendaya, previo registro por el Cuerpo de Aduanas.

Romances novelescos, que son los más fantásticos y exagerados de todos los romances; su argumento entra en los límites de la fábula. Estos romances novelescos tuvieron mucha aceptación en aquellos siglos antiguos y retrasados, en los que no existía, para solaz de gentes inteligentes, el «comic».

Variado y extenso es nuestro Romancero. Para dar una idea de lo que fueron aquellos poemas tengo el gusto de incluir un manojito de ellos, refritos y rehogados por el que suscribe.

ROMANCE DE ROSAFRITA

«Rosafrita, Rosafrita,
la de la fermosa cara,
la del airoso corpiño
que de tan colmado estalla;
la que las caderas mueve
de tal guisa, que al miralla
perdieron la su chaveta
los Doce Pares de Francia.
Rosafrita, si quisiérades,
abriríasme tu estancia,
guardada por once dueñas
con cucuruchos de rafia.

Si quisiérades, podrías
dexar la puerta entornada,
y yo pasaría dentro,
non para cosa malsana,
nin puerca, nin indecente,
que proponerlo no osara,
sino para que los dos
nos metamos en la cama.»
Escuchando estas razones
tan corteses y tan castas,
ansí dixo Rosafrita.
Bien oiréis lo que parlaba:
«Ven esta noche, Bardolfo,
que abriréte una ventana
por la que podrás pasar
si antes non te descalabras.
Mas non olvides, doncel,
que yo estoy ya maridada
con don Lope Gil y Puertas,
que, aunque fuese a Tierra Santa,
puede volverse de pronto,
y figúrate qué cara
va a poner si nos sorprende
con las manos en la masa.
Mis dueñas non te preocupen,
que les daré una tisana
que la santa de mi madre
usó muchísimo en casa,
que si en la color parece
cocción de tomillo y salvia,
te la tomas y las tripas
se te facen mermelada.»

Estaban folgando juntos
el galán y la su dama,
cuando cascos de caballo
en el castillo sonaban.
«Aquese trote, mancebo
-diz Rosafrita muy blanca-,

es el trote de mi esposo,
que entre mil lo adivinara.»
Ya subía el caballero
por escaleras y rampas,
y al llegar a su aposento,
estas palabras hablaba:
«¿Qué facen las once dueñas
muertas y despanzurradas ? »
«Murieron de sopetón,
pues picóles la tarántula.»
«¿Qué facen esos calzones
de varón sobre mi cama?»
«Son un precioso presente
que os manda el rey de Navarra.»
«¡Vive Dios, que están rompídos!»
«Es que usólos el monarca,
y entre Pinto y Valdemoro
le clavaron una lanza.»
« ¿ Y de quién son esos pies
que asoman entre las sábanas?»
«Del postillón, que ha venido
a repartir unas cartas.»
«¿y las reparte desnudo,
cual su madre le alumbrara? »
«En verano nada más,
porque en invierno se tapa.
El noble, considerando
la situación con gran calma,
dixo a su esposa con pena
y mansedumbre en su cara:
«Siempre dixes, Rosafrita,
que de buena te pasabas,
y como eres tan piadosa
la pringas, hija del alma.
Que se vaya el postillón
a otra parte a facer gárgaras.
¡Sin un hombre que gobierne,
la casa non es la casa! »

ROMANCE DE LA HERMOSA CERVELLONA

Grandes fiestas anunciaban
la gaita y el atabal,
que con Cervellona casa
el buen conde don Froilán.
Pónenle a la novia un sayo
y luego, un rico brial,
y después, siete corpiños,
y enclma, otros cuatro mas.
y un manto azul que le arrastra,
y otro manto de fustán,
y otro más que le caía
por delante y por detrás.
Con tan recamadas ropas
la novia no puede andar,
y arrástranla siete pajes
que bien almorzado han.
En la iglesia la confunden,
tan llena de trapo está,
con el obispo de Coria,
que es el que la va a casar .
y todos besarle quieren
el anillo pastoral,
y Cervellona les dice
que besen a su papá.

Cuando acabóse el banquete
y más viandas no hay ya,
y los convidados parten
-cada búho a su olivar-
y el buen obispo de Coria
en parihuelas se va
-tanto ha comido- con síntomas
de congestión cerebral,
delante de la su Corte,
que es feo hacerlo detrás,
levántase de repente
el buen conde don Froilán,

y con la voz mesurada
dice, sereno, a pesar
que boceras y churretes
embadurnan la su faz:
«Cervellona, aquesta vida
que vivimos con afán,
tiene sus más y sus menos, , ,
pero mas menos que mas.
Para que no te envanezcas
de tu posición social,
y como un pavo te esponjes,
que aqueso es la vanidad;
para que en la vida pienses
y en tu alma se haga la paz,
en mazmorra vil seis años
te voy al punto a encerrar.
Allí no tendrás placeres, ,
pues estaras a agua y pan.»
«¿Sin chorizo, que mitigue
mi grande cautividad?»
«Sin chorizo, Cervellona,
que ese embutido fatal
es flor de concupiscencia,
anzuelo inmundo y procaz,
tanto por su contenido
del magro en su magrear,
La cárcel es buena escuela,
y de ella salir podrás
-si sales- hecha una moza
sumisa donde las ha.
Te custodiará este esbirro,
cuya obligación será
sacudirte cada día
un soplamocos bestial,
mas con dos modalidades
que ahora paso a enumerar:
el sicario, ese guantazo
diariamente te dará
con mano abierta, aunque firme,

y los domingos, brutal,
te atizará con el puño
para las fiestas guardar.»

A los seis años, el conde
va a su esposa a visitar.
«Pálida estás, Cervellona.»
«Señor, es de la humedad,
que en esta prisión inmunda
tanto es el moho que ha,
que se te llena hasta un sitio
que no se debe nombrar.»
«¿Has pensado que este mundo
es miseria y soledad,
y que todo es perdurable? »
«Tiempo tuve de pensar.»
«Mas, agora que me fijo,
mucha hambre no pasarás ;
lo digo por los pernils
que colgando de allí están.
«yo no los traje, señor.»
« ¿ Llegaron solos quizás ?
¿ Y esos seis niños que juegan
en ese rincón al gua?
¿También han llegado solos? »
« Uno por año no más,
que tenerlos todos juntos
hubiera sido fatal»
«¿y el esbirro que te puse?
¿Por qué sonrío el rufián?»
«La satisfacción de veros
sano y salvo por acá.»
« ¡ Vive Dios, que es un milagro
que dará mucho que hablar ,
pues por propia iniciativa
no es corriente ser mamá!
Vuelve, Cervellona, a casa
para tu puesto ocupar
con tus niños, y el esbirro,

a quien nombro chambelán.
y medita en lo acertado
que fue el hacerte encerrar ,
pues al salir de tu cárcel
te arrastra la santidad.»

ALCAUCIL, MORO FAMOSO

Alcaucil, moro famoso,
el de la rizada barba,
el que lo mismo maneja
el puñal que la guitarra,
sin equivocarse nunca
al esgrimir cosas ambas :
la primera en el combate,
y la otra en la cuchipanda;
el que nació en hora buena,
aunque lo hizo por etapas, pues
fue un parto tan difícil
que su madre a poco casca
a pesar de los auxilios
de la comadre Daraxa,
que en las orillas del Darro
la obstetricia practicaba.
Alcaucil, el más valiente
moro, con cólera y saña,
pateando está las losas
de la plaza de Bib-Rambla.
y de vez en cuando mira
hacia lo alto, se espatarra,
y profiere, agrio y dolido
un «¡Maldita sea su estampa!»
A un amigo que se acerca
responde, tanta es su rabia,
arrojándole furioso
una ración de alcaparras.
y el otro moro se humilla
enjugándose la cara,
que recibió con encono

tal *alcaparrandanada*.
De pronto Alcaucil se encrespa,
¡ bien el moro se encrespaba! ,
y, perdiendo una babucha
de cordobán verde y malva,
dirígese al encubierto
grupo de cinco o seis damas,
que descubren sólo un ojo,
según la morisca usanza.
y dirigiéndose a una,
Alcaucil así le parla:
«Zulima, quiero decirte,
y honor por mi boca mana. ..»
«No soy Zulima», contesta
con risitas la tapada.
Alcaucil a otra encubierta
se dirige, verbigracia:
«Quiero que sepas, Zulima...»
«Tampoco acertaste, vaya.»
«Bueno, pues hablaré a todas,
por si mi Zulima se halla
en el grupo, que si andamos
con acertijos y máscaras,
tenemos hasta que se hundan
todos los Reinos de Taifas.»
y dirigiéndose al grupo,
por si en él Zulima estaba,
Alcaucil cerró los ojos
y dijo con voz muy lánguida:
«En las torres que a la Vega
se asoman desde la Alhambra,
y en la paz son aire y sueño
y en el combate amenaza,
no está bien, Zulima hermosa,
que tiendas la ropa blanca:
Primero, porque le quitas
altivez a las murallas,
y segundo, porque pueden
todas las huestes cristianas

mirar de pronto hacia arriba
y hacer befa, y, ¡qué caramba!,
a don Fernando el Católico
no debe importarle nada
la hechura de mis camisas
ni la color de tus bragas.»
y con un triste suspiro
se terció el moro la capa,
ajustó sobre sus sienes
esa especie de ensaimada
conocida por turbante,
y, con la cara muy pálida,
a la Cuesta de Gomeles
se fue por fin a hacer gárgaras.

JUAN DEL ENCINA

Parece ser que este poeta y dramaturgo se llamaba en realidad Juan de Fermoselle. Parece ser también que estudió en Salamanca. También es posible que hiciese un viaje a los Santos Lugares. Y, en fin, no tendría nada de particular que se averiguase que algunas de las obras atribuidas a Encina las escribió en realidad Perico el de los Palotes.

Resumiendo, se sabe algo de Juan del Encina, pero tan poco y tan embarullado, que no es posible asegurar nada sin temor a caer en la fantasía más desbocada y abracadabrante.

Esta escasez de noticias de un tan exquisito poeta nos prueban que Juan del Encina, aparte de sus calidades literarias, tuvo una virtud rara en los escritores y gente de pluma: la modestia.

Se conocen varias obras de Juan del Encina, dramaturgo que cultivó un género hoy pasado de moda: la égloga pastoril. Los argumentos de esta clase de piezas, muy almibarados, trataban de los amores de una pareja de hombre y mujer, como era entonces corriente. El o la protagonista, atravesado por los dardos de Eros, caía muerto sobre una verde alfombra de hierbas aromáticas. Entonces se aparecía Venus y devolvía la vida al suicida con gran desencanto del público, que hubiera preferido que se suicidara también el autor de la obra.

En un *Cancionero* famoso, Juan del Encina publica una serie de composiciones líricas que seguramente son más valiosas que muchas de sus mermeladas teatrales.

Se sabe -esta vez de verdad- que Juan del Encina falleció en León, donde parece ser que se había retirado para pasar en paz los últimos años de su vida.

Como ejemplo de tan lamentoso y delicado poeta lírico, ahí va una canción apasionada y elegante.

CANCIÓN

Amor sus flechas lançó...
a ml sí, pero a ti no.

Por esso non tienes gana
de salir a la ventana
de palique e de xarana,
e sabes que soy de pro.

Amor sus flechas lanzó,
a mí sí, pero a ti no.

E dices, por san Felipe,
que mis dudas yo dissipe,
porque mala estás con gripe.
¿E sin ti qué fago yo?

Amor sus flechas lanzó...
a mi sí, pero a ti no.

Si te aguardo non te inquietas
porque tenga ya aguxetas,
e me faces pedorretas,
tú siempre arriba e yo so.

Amor sus flechas lançó...
a mí sí, pero a ti no.

E si sales me hago cruces
de lo mal que te conduces,
pues me arrojas altramuces
e me das en el «chapeau».
Amor sus flechas lançó...
a ml sí, pero a ti no.

Non me temas, que es en vano.
Non soy bestia nin villano,
e xamas te meto mano,
que bien nascido soy yo.

Amor sus flechas lanzó...
a ml sl, pero a tl no.

¿E quieres que me reporte,
e non vibre cual resorte,
si me das el passaporte
e patada en el popó?

Amor sus flechas lancçó.
¡La madre que lo parió!

GARCILASO DE LA VEGA

Este valiente caballero, discreto cortesano y poeta inspiradísimo, nació en Toledo cuando por sus calles no se paseaban todavía los forasteros, y menos aún cuando la visita a los sitios interesantes no te salía por un ojo de la cara.

En tiempos de Garcilaso visitaba la catedral todo el que quería, aunque los que querían eran muy pocos, pues entonces los hombres estaban todos en la guerra y las mujeres no salían de casa, porque eso era de pelanduscas y bribonas.

Participó Garcilaso de la Vega en los más importantes sucesos de aquel tiempo, y tomó parte en las contiendas que hubo entonces, siempre a favor del Emperador Carlos I, que parece que favoreció al poeta con su amistad.

Pero hay cariños que, si no matan, joroban, y el Emperador, para beneficiar a Garcilaso, le casó con doña Elena de Zúñiga, que de seguro haría unas jaleas y unas magdalenas como para

chuparse los índices, pero que a Garcilaso «no le iba» a pesar de tan relevantes dotes.

Garcilaso se enamoró como un animal -con perdón sea dicho- de doña Isabel de Freire, damita portuguesa monísima que figuraba en el séquito de la infanta doña Isabel, luego reina de España.

A doña Isabel de Freire parece que se refiere el poeta cuando en sus versos la piropea, entre fogoso y mitológico.

Garcilaso es el verdadero introductor en España de los metros italianos, sobre todo del sonoro y elegante endecasílabo. Y del soneto. Los que el Marqués de Santillana hizo anteriormente eran tan malos que lo mismo pudo haberles llamado «fechos al itálico modo» que «realizados al modo manchego».

Pocas son las poesías que Garcilaso escribió en castellano, pero grande es su importancia. Ya pesar de haber demostrado ser un horaciano tremendo, Garcilaso tuvo donaire, flexibilidad e inspiración.

Para desengrasar, he aquí un soneto de mentirijillas del insigne toledano.

SONETO

Del ave lamentosa la querella
súbese hasta mi frente murmurando,
y es fuego que se face afogo blando
que se afogó y se fizo luego estrella.

Non lo fuyo *y* me fuyo al veros bella
aparescer, mis queexas escuchando,
y si ferísteis sin querer, dudando,
vivo de mi ferida *y* dentro della.

Agora non soy más que amor y sueño,
agora vuestro fierro me ha ferido,
agora de la muerte espero el hora,

y si agora non venço en el mi empeño,

y si agora he de ser razón de olvido,
os mando a freír espárragos agora.

FRAY LUIS DE LEON

En Belmonte de Tajo, provincia de Cuenca, nació este gran poeta español. Sus padres, que pensarían como todos los padres del mundo, le aconsejaron que buscase un empleo segurito. Como en aquel tiempo había pocas profesiones donde escoger, Fray Luis se hizo fraile. y más tarde obtuvo una cátedra en la Universidad de Salamanca, que es mucho más importante.

No le dejaron, la verdad sea dicha, llevar una vida sosegada. Calumnias y persecuciones se cebaron en aquel hombre, que, no sé por qué, pero se me antoja que debió ser *de la oposición*, si entendemos por oposición a colocarse enfrente de las arbitrariedades y de envidiosos y paniaguados.

Fray Luis gustó los acíbares y estrecheces de la prisión, de la que salió tan entero como había entrado.

Tiene Fray Luis de León una cualidad que me parece todavía más importante que sus condiciones de gran poeta lírico: la de haberse salvado del engolamiento docente y de la pedantería de los sabihondos. Por eso sus versos fluyen libres, cristalinos, serenos, inigualables; por eso su poesía no ha perdido su frescura de rosas regadas por el Tormes (que Fray Luis no rimó con *conformes*, claro).

Poco extensa es su producción poética, pero tan hermosa que no ha necesitado más el barbudo agustino para codearse con los ingenios más grandes de nuestra lírica.

Entrañable fray Luis. ..

LA ZAMBOMBA

En el aire propicio,
absorto, con el alma en cuarentena,

escucho el estropicio
que face, en Nochebuena,
el personal civil como colmena.

Los lindos pastorcicos
asan, cuecen, adoban y cocinan
loas y villancicos;
y no se compaginan,
y como condenados desafinan.

Quién la gaita discreta
face sonar con ímpetu que arroba,
quién da a la pandereta
una imponente soba
y el cendal de los tímpanos joroba.

y de pronto, no usada,
violenta y rumorosa como tromba,
sabiamente agitada,
siempre sin perder comba,
resuena impresionante la zambomba.

Su tallo circunspecto,
tallo de arbusto seco y problemático,
es un rexón selecto,
un bohordo axiomático
clavado en el ombligo de un asmático.

¡Qué bella tos ferina,
qué emocionante y fresca carraspera
la que emite y combina,
y al alma da dentera,
y en resumen, señores, es la pera!

Cómo canta y repica,
cómo la mano seca en el trabaxo
de pronto se lubrica
con un escupitaxo
para correr mejor de arriba abaxo.

Suspende los sentidos
el son que tanto ritmo desentraña,
y qué hermosos gruñidos se le sacan con maña
a esa maceta que parió una caña.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Sevilla, una de las ciudades más luminosas y sorprendentes del mundo, tuvo, en 1530, el capricho de aumentar la luminosidad y la alegría de su atmósfera enloquecedora y rabisalsera echando al mundo al poeta Baltasar del Alcázar.

Gran socarrón fue el don Baltasar de todos los diantres, y estimado, por su buen natural, de sus paisanos. Hombre culto y estudioso, se interesó vivamente por las ciencias naturales, por la botánica y la geología, en las que fue muy versado. Pero, aunque versado fue en estas disciplinas, más versado fue en sus versos.

Escribió Alcázar muy estimables poemas amorosos, cuya musa varió bastante a través de su larga vida. Don Baltasar tuvo que ser mujeriego incorregible y recalcitrante. Me lo imagino, viejo ya y solo en su casa de Sevilla, aguardando en un corredor el paso de una criada metidita en carnes para darle un pellizco de refilón, que luego suavizaría con uno de sus ingeniosos y divertidos epigramas.

Por no ser menos que sus contemporáneos, don Baltasar escribió buenos versos religiosos, acaso como penitencia y confiteor de aquellos furtivos y descarados pellizcos. Pero donde el poeta se muestra inigualable y genial es en su poesía de humor, en los epigramas, que ya he citado, y en muchos poemas jocosos y desenfadados que, en castizos octosílabos casi siempre, compuso con optimismo de hombre que ama la vida.

Fue administrador del conde de Gelves, en Sevilla. Este cargo le permitió vivir con el decoro necesario que todo poeta necesita para escribir sin angustias ni estrecheces.

La poesía *Los postres*, que va a continuación, es imitación de su famosa *Cena jocosa*, tan célebre, con razón, porque es descanso y pestiño ligerito entre tanto plato indigesto como produjo el siglo.

LOS POSTRES

Parece que de una cosa
nos olvidamos, Inés,
por culpa del portugués
y de don Lope de Sosa,

que si con gusto hablamos
mientras duraba el yantar,
me parece recordar
que nada dulce catamos.

Abre, pues, esa credencia
que el nogal severo enluta,
y saca nuégado y fruta
porque endulcen la conciencia;

que cena sin piñonate
y catedral sin crucero
son lo mismo que el sombrero,
que en el varón es remate.

Mas, ¿qué sacas? Alfandoque,
huevos moles, quesadillas,
alfajores y rosquillas.
¡Esto, Inés, es el disloque!

¿Un bollo maimón? ¡Castaña!
Invención es del infiel.
Si ves que me cebo en él

es por defender a España.

¿Esto es tocino de cielo?
Exquisito está y muy fino
De alto lugar se nos vino
para dar gusto y consuelo.

Ve que todo se resuelve,
porque, para compensar,
si el bollo me hizo pecar ,
el tocinillo me absuelve.

¿Ese lago de marfil
no es manjar blanco? Sí, tal.
A nadie le sale igual
que a las monjas de San Gil.

Pero, Inés, ¡qué imprevisión!
Tanta dulzura y halago
a voces piden un trago
de Málaga o fondillón.

Aquí están, y yo a sus pies,
como cuadra a su excelencia;
mas, ¿por cuál dictar sentencia
para no ser descortés ?

Pues es claro, ¡vive Dios!
que si escojo el uno, creo
que es hacer al otro un feo
Beberé, pues, de los dos.

Pero déjame probar
estos pellizcos de monja,
pues bien vale, y no es lisonja,
dejarse así pellizcar.

Mas, basta, no saques más
chirlomirlo, que esta cena

es más bien de la ballena
que del bueno de Jonás.

Deo gracias. Voy satisfecho.
¿Falta algo más que complete?
¡Un trago de pajarete!
Y ahora, Inés, vamos al lecho.

DON LUIS DE GONGORA y ARGOTE

El autor de esta antología apócrifa confiesa que Góngora le electriza y le conmueve. Si Garcilaso es cristal, Góngora es ágata y cornalina y lapislázuli, tallados y pulidos, casi orientales por su lujo y su pompa. Es el innovador de la poesía, el revolucionario del lenguaje; es un tío que escribió así porque se lo pedía el cuerpo, y no le importaba que leyese sus obras los hombres, porque él no escribía para ellos sino para Góngora, que sí entendía lo que escribía Góngora. El resto de la humanidad le salía al poeta por una friolera.

En Góngora no sólo tiene belleza la idea del poema y su desarrollo, sino cada frase, cada verso. A veces, sin entender muchas de las barrocas frases gongorinas, penetran, catan, emocionan, porque por encima de las palabras hay en ellas el misterio y la proyección del genio. Si Quevedo no hubiera existido, Góngora sería nuestro mejor poeta del Siglo de Oro.

Nació en Córdoba, e hizo muy bien. Góngora se hubiera podido permitir el lujo de nacer donde le hubiese dado la gana; incluso en Andorra. A pesar de ser eclesiástico fue inteligente.

El rey don Felipe III tuvo el honor de que Góngora le hiciese el favor de ser su capellán.

Maestro es Góngora de la musicalidad. Las palabras, engarzadas en el poema, no sólo tienen valor por su significado, sino por sus calidades eufónicas. Manejó el hipérbaton, distorsionando frases que nadie sabía que eran

elásticas hasta que él alteró los términos de la oración. Tuvo, naturalmente, enemigos que le ridiculizaron. Pero él, socarrón y certero, tuvo también para ellos los más hermosos desprecios y las más donosas befas.

Murió en Córdoba, en la miseria.

SONETO

Estas, que me brotaron como escorias,
azules redes de dolor, varices,
y en mi tobillo siembran los matices
de sus mil telarañas ilusorias ;

estos, sobre la piel, como memorias
que me bordó la edad, ricos tapices,
tiénenme, ¡oh Filis!, hasta las narices
de sus rosas de sol circulatorias.

Mas ¿cómo he de sanar la que me estalla ´
rabia carnal segada por el dalle?
¿Cómo medicinalla y aplacalla,
si tú, Filis ebúrnea, por la calle,
vaste con el primero que te halla
y sóbate muslamen, busto y talle?

UN PRISIONERO ESPAÑOL

Navegando a todo trapo
sobre las inquietas olas,
cruza el mar una galera
del pirata Barbagorda.
Terribles tiene el corsario
fama y prestigio en las costas,
pues según diz la leyenda,
a las mujeres hermosas
les hace con liviandad
la mayor de las deshonras :
las desnuda sobre un banco,
por los cabellos las toma,
y con la punta de un lápiz
les da en el oído y isordas!

En un grupo de forzados
que le daban con pachorra
al remo, cierto español,
apuesto y de Zaragoza, p
rocuraba suavemente,
cual quien no quiere la cosa,
remar lo menos posible,
porque eso cansa las mollas.
El capitán, que le observa,
el gobernalle abandona,
atraviesa todo el puente
sonriendo con la boca
-porque por no ser muy culto
no aprendió con otra cosa-,
y sin quitarle de encima
al español la esclerótica,
se detiene pensativo
con las manos temblorosas :
una tocando el sextante,
y otra tocando la cofa.
y conste que tocar eso
no es acción indecorosa,
que hombres de muchas agallas,
cuando se tercia, lo tocan.
Dirigiéndose al forzado,
dijo el capitán: «Perdona,
ioh joven! , si te interpelo,
mas eres la exacta copia
de un hijo que se me ha muerto
en Túnez de fiebre aftosa.
Alli tengo tres palacios
donde el agua canta o llora e
n surtidores y fuentes,
según el viento que sopla;
tengo arrogantes caballos,
redes con aves canoras,
y lámparas por los techos
y por los suelos alfombras;
que uno, que es una hormiguita

y ya se las sabe todas,
tiene el riñón bien cubierto
por si al fin se arma la gorda.
Tendrás, si vienes, soldado,
un serrallo con cien moras,
que a nosotros -i Alá es grande! –
siempre las hembras nos sobran.
y nos unimos con ellas
a la luz y no a la sombra,
como lo hacéis los cristianos
llamándolas querindongas.
Podrás leer libros raros,
podrás vestir a la moda,
podrás comer a la epístola,
vulgo carta, ricas cosas.
Resumiendo, que tendrás
buena cama y buena bolsa,
porque la renta "per cápita"
allí ni inquieta ni asombra.
Si quieres considerarme
como un padre desde ahora,
ven a mis brazos, soldado,
que lo vas a pasar bomba.»
El español, con orgullo,
así contesta y razona:
«Ni puedo ser hijo tuyo
ni lo consiente mi honra,
pues nací de don Juan Méndez,
Adelantado de Córdoba,
que tanto se adelantó,
que llegó hasta Tarragona,
se cayó en el Mare Nostrum
y se puso hecho una sopa.
Mis padres visten de negro,
negra es su figura airosa,
menos esa servilleta
rizada, que llaman gola.
Según dicen mis mentores,
el lujo, el tren y la pompa,

si a la carne dan gustito,
al espíritu joroban.
El mundo es valle de lágrimas
y no juerga o merendola,
y eso que me ofreces, moro,
casi es Sodoma y Gomorra.
Guárdate, pues, tus tapices
y el surtido de señoras,
que con altivez prefiero
mis prisiones y mi argolla,
pues soy español, y aguardo
que hará, porque es mi patrona,
mi salud un milagro
la Virgen de Covadonga.»
y dando la espalda al moro,
se fue a pasar hambre y roña,
soberbio, altivo, orgulloso,
español y gilipollas.

DON FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

Este poeta portentoso, llamado por mal nombre *el Fénix*, fue una especie de Alfonso Paso del Siglo de Oro. Puede que no llegara a escribir tanto como Alfonso. Nació en Madrid y en Madrid vivió una vida azarosa y bohemia, en la cual, para ir tirando, tenía de vez en cuando que darle un sablazo a un señor de campanillas.

Como les sucede a todos los autores fecundos, Lope tiene obras mal terminadas y peor pulidas. Pero esto le sucede pocas veces, tanta era su intuición y su capacidad.

Como entonces los autores escribían sus comedias y dramas en verso, Lope lo hizo también, versificando con una gracia personal inimitable.

A pesar de que siempre estuvo a la cuarta pregunta, disfrutó como nadie de los placeres del mundo, en forma de señoras estupendas solteras, casadas o viudas, pues de las tres clases pasaron por sus manos.

Harto de carne, como el Diablo, al final de su vida Lope se ordenó sacerdote. Lo que no consiguió ordenar fueron sus costumbres, pues a pesar de las ropas talares que vestía, continuó el trato con mujeres guapas. En cambio, dejó una serie de sonetos y poemas místicos -Lope se arrepentía todos los días, como todos los hombres- tan hermosa, que seguramente Dios, a la vista de ellos, le habrá perdonado, como en los clásicos sainetes, «sus muchas faltas».

Lope es España, con sus virtudes y sus defectos, con sus esperanzas, con su *ojalá* -una de las palabras más musulmanas del idioma-, que viene a ser como la coagulación de las ilusiones de un pueblo que no ha hecho toda su vida más que eso: esperar.

Glorioso poeta dramático, increíble poeta lírico, narrador directo y fácil -por eso le gustaba al pueblo-, Lope, a pesar de lo mucho que trabajó, a pesar de su popularidad, haciendo honor a su profesión, murió sin un puto duro.

Lo sé, me consta, que Lope recibirá estas caricaturas de sonetos con una sonrisa.

SONETO

¡Oh bella entre las bellas, Amarilis,
al recordarte en esta quisicosa,
gritar quisiera el ansia que me acosa,
porque ahí es donde está todo el busilis!

Mi rimar, que es rimar sin mucha bilis,
buscando el contrapunto de su glosa,
mueve el plectro, y mi plectro es una cosa
sin perifollos vano ni filiis.

¿Por qué como Pomona o como Ceres

no caes al soplo de mi ardor de *Eolo*?
¡Cómo sois, Amarilis, las mujeres!

Me ves que sufro y peno, que me asolo,
y tú, deidad y estrella, ¡que si quieres. ..!
¡El amor es la Flauta de Bartolo!

SONETO

Perseguíte, Lisenda, cabe el Soto,
do el álamo templaba el fino oreo,
y observéte en la sombra un manoteo
y algo más gordo con galán ignoto.

Voy sin mí desde entonces, sin piloto
que guíe mi bajel por el Leteo,
porque lo que me has hecho está muy feo
y muerdo, rabio, grito, salto y boto.

Si hubo testigos de tu gran nequicia,
prepárate a morir -la vida es corta-
luego, en seguida, agora, incontinente.

Mas si nadie lo vio, nadie lo enjuicia,
y si nadie lo enjuicia, no me importa
llevar adornos bravos en la frente.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Perdóneme el curioso y avisado lector de este libro -si es que hay alguno- que me ponga tierno en esta ocasión; ternura y nostalgia que me chorrea desde las mismísimas entretelas y forros del corazón, porque don Francisco de Quevedo -don

Paco, para mí- es uno de mis autores favoritos. y muchas veces ha sido más, porque desde el siglo XVII me ha guiado y consolado como madre amantísima. Este portentoso escritor, al que no quiero llamar *polígrafo* porque esta palabreja parece el nombre de un objeto de escritorio, nació en la Villa y Corte el año 1580.

Estudió don Paco en la Universidad Complutense, y si bien aprendió disciplinas y métodos, si se especializó en lenguas vivas, muertas ya punto de dar las últimas boqueadas, no aprendió, en cambio, lo que no se puede aprender, porque o se lleva dentro o no vale: la inspiración. y Quevedo tenía de eso para él y para repartir entre otros llamados ingenios de su época, de las precedentes y de las actuales.

Su rebeldía, sus críticas amargas y feroces, su maravilloso sentido de la libertad y su férvido y emotivo españolismo - españolismo bien entendido, claro; sin patrioterías- le acarrearón persecuciones, prisiones y grilletes, que él se pasó por de. bajo de la pierna. y dijo, cuando dijo algo, lo que tenía que decir. y lo que dijo, lo dijo como nadie.

Poeta profundo, maduro, o desenfadado y picante, se permitió el lujo de convertir la chocarrería en un arte y la poma. grafía en una deliciosa y sedante lectura apta -digan lo que digan- para todos los públicos de habla castellana. y para muchos extranjeros que no han tenido la suerte de contar entre sus poetas a un Quevedo.

Don Paco murió lejos de la Corte, en Villanueva de los Infantes. Había perdido el favor de los grandes. y el del rey.

Pero pasó delante de todos sus contemporáneos. y allí está. Sirva esta letrilla como homenaje al Príncipe de nuestras Letras:

LETRILLA SATÍRICA

La vida, Licia, no dame
lo que pedíe hasta hoy,
por eso solo me estoy,
que el buey suelto bien se lame,
No me importa que se trame,

se urda, se intrigue o se diga.
Mi Arcadia está en la barriga
con fuentes de «consomé»,
así, a quien Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga.

Hay quien córtate un jubón
por este o aquel defeto,
y como nadie es perfeto
siempre hay corte y confección.
Siga la murmuración,
que su parla no castiga,
y se me importa una higa,
que a mí nadie me da el té,
pues a quien Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga.

Hay quien promete muy cuerdo
el oro y el musulmán,
y al ir a cumplir su plan,
si te he visto no me acuerdo.
Prometa en vano ese cerdo
lo que a cumplir no se obliga,
mientras bailo yo la giga,
la chacona y el minué,
pues a quien Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga.

Por eso yo cuidaréme,
ya que nadie cuidaráme,
y como nadie daráme,
yo solo regalaréme.
Váyase todo a la eme
a pie, en coche o en cuadriga,
y si al ejemplo ves miga,
Licia, nada más diré,
pues a quien Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga.

DON JOSÉ CADALSO

Vamos por partes. Habrá observado el inteligente y sagaz lector de este tratado, casi opúsculo, que desde la muerte de Quevedo, en 1645, esta antología falsa pega un salto de un siglo, pues el señor Cadalso nació en 1741.

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué esa pausa, ese paréntesis? ¿No hubo en cien años un solo ingenio, un solo talento de quien hablar, por lo menos de pasada?

¡No lo hubo! Así como suena. Florecieron, sí, escritores de segunda o tercera fila, como Sor Juana Inés de la Cruz, Bances Candamo, Soto de Rojas, Torres Villarroel. y al decir «florecieron» me estoy refiriendo, claro, a que les salían ramitas del meollo, que se ponían preciosas todas las primaveras. Pero no producían ni una sola obra de verdadera importancia.

Así que, sintiéndolo mucho, nos tenemos que trasladar al siglo XVIII, donde tampoco hay poetas de categoría y de rango -quizá son peores que los que omito voluntariamente-, pues todos ellos están muy preocupados por unas reglas que convertían en cartón piedra cuanto tocaban.

Cadalso empezó su carrera literaria con una diatriba contra los falsos valores literarios de su época, que tituló *Los eruditos a la violeta*. La obrita, que prometía, se quedó casi toda en el tintero del empelucado escritor: no es lo suficientemente agresiva como para que los perjudicados le esperasen todos los días en la calle de la Montera para darle un soplamocos.

Melancólico, hipersensible y neurótico, Cadalso, enamorado hasta las cachas de la actriz María Ignacia Ibáñez, se empeñó en exhumar el cadáver de esta señora -había fallecido antes, claro está, de lo contrario el empeño de Cadalso no hubiera

tenido ni pies ni peluca-, y al efecto empezó a cavar en el pequeño cementerio de la iglesia de San Sebastián, de Madrid, donde la interesada estaba criando malvas. El conde de Aranda, a la sazón primer ministro de Carlos III, se opuso a las aficiones necrófilas de don José, el cual no pudo lograr su objetivo, porque entonces no vivía Narciso Ibáñez Serrador que a lo mejor le hubiera echado una manita.

Como poeta, Cadalso no se salva de aquellas versificaciones de pastaflora neoclásica que hicieron los hombres del siglo XVIII.

ODA SÁFICA

Ninfas dormidas en la verde alfombra,
suelta la crencha que con Helios juega,
frescas y libres: posición decúbito
prono y supino.

Náyades frías que escamosas muestran
húmedas pieles de verdor marino,
llena de espumas vuestra boca suave
de rodaballo.

Ebria Pomona que el vergel insufla,
fosca y crujiente, con sus áureos frutos:
dulces melones cuyo nombre es fama:
Villaconejos.

Ero es la causa de mis blandas cuitas;
Ero, que un día en la espesura ardiente,
lírica y flébil, caprichosa y dúctil
púsose a tono.

Uvas jugosas de morados zumos,
lentas medraban en la agreste senda,
y Ero me dijo con su voz de flauta:
«Entra por uvas.»

Luego perdióse en la floresta oscura,
leves sus pasos de gacela huidiza.
¡Ay!, con su ausencia créome que he hecho
las diez de últimas.

Antes de verla al manantial hablaba,

antes de verla al ruiñeñor oía,
y ahora no quiero sostener coloquios
ini con mi padre!

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

Esta losa con peluca a la federica, este pelmazo, autor de informes, de trataditos, de opusculitos -que tenían menos de «opus» que de «culitos»- y de unos espantosos *Diarios* escritos con estilo de jefe de negociado; este minucioso cargantón, ocupa un lugar en nuestra literatura. Nunca he sabido por qué. Se puede llevar la cuenta de los monumentos que hay en España, de si en talo en cual pueblo hay fuente pública o no, de si los niños van a la escuela sucios o limpios, o no van de ninguna de las dos maneras. Pero esta especie de *Guía turística* no justifica la entrada en el Parnaso, ni con la simpática recomendación de don Julián Marías.

Este escritor, al que le falta uno para tener los nombres de los Reyes Magos, no fue jamás obsequiado por las magnánimas majestades orientales, que le negaron la elegancia del estilo, la amenidad y la inspiración.

Se suele incluir a Jovellanos -que, por cierto, era de Gijón- en nuestra Historia de la Literatura, como poeta. También me pregunto por qué.

Como creo que Jovellanos no fue literato, ni poeta, ni nada, y ésta -aunque falsa- es una antología de elegidos, no incluyo ninguna poesía a imitación de don Gaspar, para que se fastidie.

E inserto a continuación una página en blanco, que debería haber contenido sus poemas, para que se fastidie más.

DON FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO

He de comenzar la breve reseña sobre este poeta del siglo XVIII advirtiéndoles a ustedes, señores míos, que los fabulistas me divierten y me agradan. Es más, creo que tras un análisis minucioso, son Samaniego e Iriarte los mejores poetas de toda la escayolada y falsorra centuria.

Me gustan los fabulistas españoles porque, a pesar de que hablan por boca de Lafontaine -el cual habló por boca de Esopo-, los poemas de Samaniego e Iriarte tienen una frescura, un tinte humorístico y crítico que no poseen las merengosas languideces de Meléndez Valdés, los trasnochados estertores de Moratín padre o los acartonados epigramas de Lista (hoy Ortega y Gasset).

Los fabulistas españoles no tienen el menor inconveniente en acudir al ripio. y lo hacen a sabiendas, dándoseles un bledo las tan cacareadas reglas del arte, que no se atreven descaradamente a saltarse a la garrocha, aunque están muy cerca de hacerlo. Recordemos aquella fábula de Samaniego, en la cual el poeta hace beber al perro en el Nilo para que pueda rimar con *cocodrilo*. Pura coña dieciochesca.

¿Hay algo más socarrón que aquellos versos del preámbulo, en los que don Félix dice:

¡Oh, jóvenes amables
que en vuestros tiernos años
al templo de Minerva
dirigís vuestros pasos. ...! ?

Se ve a Samaniego regodeándose al pensar en la cantidad de infantes repipis y asquerosos que recitarán el romancillo.

Don Félix María nació en La Guardia, en Vasconia. La crítica de la época le vapuleó todo lo que quiso y más, pero don Félix tenía buena pasta, casi tan buena como la del pastel en el cual la mosca de su fábula «enterró su golosina», y se lo tomó a cachondeo. y continuó -mesiánico e inútil- dándoles fuerte a los pedantes ya los malos escritores en las moralejas de sus historietas de animales sabios.

FABULAS

EL MÁS Y EL MENOS

El hombre no es perfecto,
y peca por exceso o por defecto.
Esta fábula a punto
viene a explicar la enjundia del asunto:
A Paco Taravilla
le crecía muy poco la perilla,
en cambio, a Ernesto Sosa
le crecía una barba muy frondosa.
Uno se despepita
porque diz que la tiene un poco larga,
y el otro se abotarga
porque diz que la tiene muy cortita.
Moraleja. Allá va:
Corta, larga, escultórica o deforme,
sea así, sea asá,
cada cual con la suya se conforme.
La barba, claro está.

LA CHACHA Y EL GRIFO

Una chacha de Alcorcón,
que en la capital servía,
le daba a un grifo, la tía,
con abundante asperón.
El grifo, aquel achuchón
sufrió con paciencia asaz,
mas le dijo: «¡Oh contumaz!
¿Por qué me causas molestia?»

¡Date brillo tú, so bestia,
que buena falta te haz!

Moraleja

En el mundo, logogrifo
que tiene muy poca lacha,
es conveniente ser grifo,
aunque te frote una chacha.

LA INSCRIPCIÓN

En la pared impoluta
de cierta valla, en Porriño,
escribió con tiza un niño :
«El que lo lea ijo puta.»

Lo leyó doña Paloma,
se acercó a la valla abyecta,
y puso en forma correcta
preposición, hache y coma.

Y es que el más intransigente
es el pobre desdichado
que se ha visto reflejado
en lo que escribe la gente.

EL ORNITORRINCO Y EL MICRÓFONO

El ingenuo ornitorrinco
-mezcla de pato y conejo-
acercóse dando un brinco
al micrófono perplejo
y dio un grito con ahínco.

Comentó el bicho: «Por Palas,
que tan bien canto, en verdad,
que puedo incluso hacer galas .
¿Tendré por casualidad
la garganta de la Callas?»

Dijo el micrófono astuto:
«No pienses que eres tenor

porque sonó este canuto.
¡No eres tú quien canta, bruto,
sino el amplificador!

Que la voz precisa ciencia,
y devoción y ejercicio,
y años de mucha paciencia,
y método y sacrificio,
y talento, y experiencia.

Y esos muchachos flacuchos,
que dicen que cantan, locos,
ni tienen voz ni son duchos,
pues artistas hay muy pocos
y micrófonos hay muchos.»

DON TOMAS DE IRIARTE

Se empeñan muchos eruditos en afirmar que Iriarte fue el rival enconado de Samaniego. y no es verdad: ambos cabían sobradamente en aquel siglo prosaico, razonador y mentecato.

Don Tomás de Iriarte nació en Santa Cruz de Tenerife. Cuando tenía dieciséis años, abandona la dulzona candonguez del hermoso archipiélago para trasladarse a la península, donde iba a tener un horizonte más amplio para sus aficiones literarias, aunque también es cierto que este horizonte se nublaba -y se sigue nublando ahora- con los vahos y halitosis de la Envidia, de la Murmuración y de la Mala Uva.

Inicia Iriarte su brillante carrera literaria traduciendo algunas obras extranjeras y publicando sátiras y otras composiciones poéticas. Pero la Fama en persona le hace una visita memorable y cálida cuando se le ocurren sus fábulas, lectura para adultos, no para niños insoportables; poemitas socarrones y satíricos que se agradecen todavía más si se piensa que nacieron en una época en la cual las ninfas engoladas y los pastores empalagosos y afeminados poblaban los divinos pensiles de compota rococó de la poesía al uso.

Su «Burro flautista», sus famosos «Dos conejos», su pedante «Mona», su marisabidilla y redicha «Ardilla», en amable coloquio mundano con el filosófico y práctico «Caballo», son otros tantos aciertos, en los cuales, con mano suavita y su poco de moralista -enfermedad del siglo-, pone de vuelta y media a los falsos ingenios ya los hipócritas.

Lo peor de una fábula es casi siempre la moraleja, porque lo que suele enseñar es una cosa que todo el mundo sabía ya; pero esas moralejas, contadas por Iriarte, parecen otra cosa, tanta es la gracia y el desparpajo del ilustre canario.

FABULAS

EL GATO Y EL SOMORMUJO

Encontróse un somormujo
a cierto gato en Breslau.
El felino dijo: « ¡Miau! »
El ave pensó, y adujo:
«Tu maullido tiene embrujo,
mas no es correcto y asquea.»
Aprenda todo el que lea
este ejemplo sorprendente,
que maullar ante la gente
es una cosa muy fea.

LA MONA Y EL «POLO»

Una mona en Chamberí,
que de seda no vestía,
encontróse el otro día
por la calle a un jabalí.
El jabalí un pirulí
chupaba; la mona violo,
con atención observólo,
y preguntó muy curiosa:
«¿Qué es aquesta quisicosa?»
«Pues esto, chica, es un polo.»
La mona quiso uno igual

y comprólo en un carrito,
pero chupaba el palito
y no el jugo tropical.
Extrañóse el animal
y dijo: «Jabalí amigo,
oye bien lo que te digo:
o este “polo” ya esta usado,
o en verdad que me ha tomado
el pelo la "Casa Frigo" .»

No acuses de fraude o dolo
a quien tu placer abona,
y no hagas como la mona,
chupando al revés el «polo»,
que quien hace tal acción
y chupa el palo, es cretino,
pues la madera de pino
no sabe como el limón.

LA EXCAVADORA Y LA BUHONERA

La excavadora, orgullosa,
dijo a la buhonera: «Eulalia,
a mí me importan de Italia,
y tú como si tal cosa.»
Dijo la vieja: «¡Mocosa!,
gracias a la chufa mía,
y al pirulí, mercancía
a la que restas halagos
nuestra balanza de pagos
se nivelará algún día.»

Moraleja

Hasta el comercio más feo
del chocho y del cacahuete,
si con ardor se acomete
llega a nivel europeo.

MELÉNDEZ VALDÉS

Se dice que este poeta pacense era tímido y encogido, con un espíritu apocado. Estas características no le impidieron regirse por las formas neoclásicas, que entonces imperaban en el arte. Así le fue, claro.

Cuando estalló la Guerra por la Independencia, Meléndez Valdés se inclinó hacia José Bonaparte; y se inclinó tanto que a poco si se cae sobre el rey y le estropea el chocolate con picatostes que se estaba tomando. Como se había significado tanto a favor de la dinastía Bonaparte, cuando llegó Fernando VII, don Juan Meléndez tuvo que tomar el tole de prisita. y dicen que al pasar la frontera, con uno de aquellos gestos cursis y relamidos de la gente engoladita, se postró de rodillas sobre el cochino suelo y, besando la tierra de España, dijo con lágrimas en los ojos y un pucherete de niño zangolotino: « ¡Ya no te volveré a ver más, patria mía! »

Don Juan Meléndez Valdés perteneció a varias Reales Academias, porque ya se sabe que en estas doctas y beneméritas instituciones siempre tienen un puesto los grandes pelmazos de nuestras letras.

Aparte de sus odas filosóficas, que son como para acordarse de toda su familia -afrancesados o fernandinos- sin dejar uno, Meléndez Valdés se salva un poquito, dentro de lo artificioso y envarado del estilo del siglo XVIII. A pesar de haberse puesto el corsé y el cilicio de las reglas al uso entonces, don Juan tiene cierta gracia e inspiración, sobre todo en las poesías en que emplea versos de arte menor, casi siempre asonantados. Lástima que el sarampión pastoril y las anginas anacreónticas estropean la mayoría de sus poco famosas composiciones.

Fue amigo de Cadalso y Jovellanos. Lo que no se sabe es si por esta circunstancia las amistades le dieron de lado o no.

ENDECHAS MITOLÓGICO-PLAÑIDERAS

Tiernas tortolillas
palomas torcaces,
alegres perdices,

altivos faisanes,
dulces rododendros,
mimosas fragantes,
higueras rugosas,
ardientes nopales,
tejedme coronas,
canciones cantadme,
que Cloris se acerca
entre los bancales.

Por eso los rábanos
se tornan corales,
y los cebollinos
delicados nácares,
y es fuego el pimiento,
y es miel el tomate,
y hasta el boniato
es azúcar cande.

Abedul florido,
desmayado sauce,
batid con las ramas
el cristal del aire,
que ya llega Cloris;
Cloris, que reparte
de Pomona y Ceres
sus galas al valle;

Cloris, que es mi ninfa;
Cloris, que es mi náyade
aunque tenga nombre
de desinfectante.

La selva enmudece,
se callan los árboles,
y aparece entonces
Cloris deslumbrante

Se muestra enjaezada
con dorada clámide
y capita corta

de velludo jalde.

Seis velos le cuelgan
de distintas partes:
unos inflamados
y otros inflamables.

Lleva un coselete
en el que, al realce,
hay bordadas liras,
caballos rampantes,
los números nones,
los números pares,
la Fauna, la Flora
y el plano de Cáceres ,

Al verla exornada
con atuendos tales,
a los montes huye
la tórtola errante.

El río retarda
su curso en el cauce;
se detiene el curso
de los manantiales,
y el curso académico
de las facultades
le da el cerrojazo
a todas las clases.

y Cloris desfila,
febril y fragante,
con tales atuendos
que, rápidos, le abren,
no sólo las puertas
de noches y tardes
y de Citerea,
sino de la cárcel.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Madrileño por haber nacido en Madrid, este conspicuo hombre de letras se halla, por su nacimiento y su larga vida, a caballo de los siglos XVIII y XIX. Como estar a caballo de dos cosas diferentes resulta incomodísimo y al señor Quintana le producía aquello agujetas, don Manuel, molesto y espatarrado, para vengarse del destino, que así le vapuleaba, dio a la estampa tandas interminables de versos endecasílabos y heptasílabos.

Es don Manuel José Quintana un ejemplo envidiable de tesón, de tozudez y machaconería. A pesar de que jamás le visitaron las musas, continuaba haciendo versos, bien medidos, bien rimados, pero carentes de gracia y de inspiración.

Era don Manuel José liberal convencido. y es una lástima que lo fuera, porque, de haber nacido con inclinaciones políticas opuestas, hubiera sido el poeta ideal de la situación. Porque don Manuel nació *poeta oficial*; es decir, ese señor que cuando hay que conmemorar algo, o recordarlo, o festejarlo, hace una oda horrorosa que se imprime a costa del Estado y se reparte entre las apretadas filas de los empleados de la Administración Pública.

Pensó el poeta que aportaba a la causa del liberalismo su granito de arena, cantando novedades y adelantos. y se arrancó por cantos aburridísimos a la imprenta ya la propagación de la vacuna por América. Dios se lo haya perdonado.

A pesar de esto -o quizá por ello- Quintana fue muy considerado en su tiempo. Cuando le faltaban pocos años para diñarla, inquietos y rabisalseros tipos de esos que nunca faltan en ningún régimen, propusieron para Quintana el máximo galardón nacional: la coronación. y coronado fue por la mano gordita y salerosa de doña Isabel II. Con ese laurel sobre las sienes se le puede contemplar en algunas litografías y estampas, con su ojerosa cara de viuda de empleado del Catastro.

Ni dijo nada, ni tuvo inspiración, ni fue ameno. España es única para elevar al pedestal de la fama a los escritores camelísticos, y Quintana fue ensalzado hasta el reventón de los globos de la hipérbole.

HIMNO AL PROGRESO

(Fragmento)

¿Cómo era antaño el mundo,
cuando el seso dormía sin el mágico adelanto
que es hoy luz de diamante y áureo beso?
¿Era pródigo y férvido? No tanto.
La ignorancia en un caos revolvía
al hombre con la bestia, y su quebranto
de oprobio se teñía
al tener a la bestia siempre cerca,
pues la bestia, aunque noble, es siempre puerca.
El hombre, con tan rara compañía,
en las cosas más fáciles erraba ;
así, cuando jugaba
al ajedrez, que es juego asaz bonito,
si el contrario intentaba algún gambito,
o quería dar jaque,
como ambos confundían el escaque,
la partida acababa
a silletazo limpio. No es extraño,
pues la ignorancia causa grave daño,
y allí siempre reinaba
la pertinacia tinta de impudicia,
la nequicia, la fosca ineficacia,
la reacia pigricia, la sevicia
y la vil estulticia, verbigracia:
aquel hombre que nada asimilaba,
de su gran cerrazón llegaba al colmo.
Si un olmo, por ejemplo, vislumbraba,
le solía pedir peras al olmo,
y éste, naturalmente, no las daba.
Mas aquel hombre ingenuo y mazorr,

aquel triste pedazo de animal,
siempre se equivocaba,
y al encontrarse a veces un peral,
que es lo que peras daba (si tenía),
se metía, ¡infelice!, en un enredo,
y en vez de peras, al peral pedía
mazapán de Toledo.
Pero un día Minerva con su dedo
oprimió aquel cacumen,
y al contacto febril del fértil numen,
al par que se extendía y se esponjaba,
ubérrimo, aumentaba de volumen.
y ligero, sin traba,
volando por las salas anchurosas
de la Creación, enormes, infinitas,
a inventar empezó muchas cositas
tan admirables como provechosas :
clavas, hachas de sílex, flechas, fíbulas,
con las que daba tundas espantosas
y destrozaba cráneos y mandíbulas.
Más tarde inventa el hacha, luego el potro,
la picota, los grillos y la reja,
que experimenta, práctico, con otro,
si el otro va y se deja...

EL DUQUE DE RIVAS

Se llamaba este simpático escritor don Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, y nació en Córdoba como el que no quiere la cosa.

La circunstancia, entonces muy frecuente, de haberle dado el gobierno el pasaporte, le obligó a viajar por el extranjero. Esto le puso en contacto con el movimiento romántico, en aquellos años vivito y coleando.

Con el Duque de Rivas y otros escritores, el Romanticismo entró en España. Tarde, como todas las novedades, pero a tiempo de que se adhirieran a él nombres famosos: García Gutiérrez, Zorrilla, Gil y Carrasco, etc., muchachos casi todos ellos revoltosos, que lo mismo escribían un candente poema que un artículo contra el gobierno. Porque los románticos, como todos los hombres de talento que ha tenido España, fueron liberales.

Don Angel Saavedra asimiló, pues, las nuevas ideas estéticas, con sus lugubreces de cementerio iluminado por la luna, con su amor a lo medieval, con aquellos protagonistas, hijos naturales casi siempre, reconocidos por sus padres en escena o, todo lo más, entre cajas. Fruto de su ideario, entonces modernísimo, fue su célebre drama *Don Alvaro o la fuerza del sino*.

La política estuvo a punto de borrar las virtudes y méritos del egregio cordobés, el cual en algunas ocasiones -aunque no de las más brillantes- formó parte de gobiernos isabelinos, siempre de corta vida. Pero como casi todos los gabinetes de la época fueron igualmente efímeros, nadie le echó en cara a don

Angel sus gestiones gubernamentales, porque el que más y el que menos se había encontrado en circunstancias parecidas.

Escribió don Angel algunas leyendas y unos romances históricos de gran belleza y casticismo.

UN CORTESANO FORMAL

(*Romance*)

I

En una estancia imponente
del palacio de Fuenfrita,
cuyos encerados suelos
cubren regias alcatifas;
apoyado en un perchero
de caoba con pintitas,
tallado con dos guerreros,
que se te vienen encima
y te hacen un desgraciado
para el resto de tus días,
hallábase don Francisco
Iparraguirregorría,
conde de Parafurchells
y San Sadurní de Sidra.

Viste un ropón de velludo,
tres cuartos, con esclavina,
alamares, sobrepuestos,
randas, pasamanería,
herretes y ringorrangos,
galones, encajes, cintas,
azúcar, canela y clavo,
fresa, limón y vainilla.

Lleva debajo un colete
de seda gualda, muy rica,
pues quien *gualda* siempre halla,
según el refrán recita.
Una hopalanda de Amberes
el conde se puso encima,

cortada con manga *ranglan*,
muy holgadita en la sisa.

Calza unas calzas de raso
que, donde oprime la liga,
amenazan la carrera
que un punto rebelde inicia,
y en el que el prócer, tranquilo,
con nobleza y bizarría,
puso, usando de artificio,
un poco de salivilla.

El conde con una mano
a un lebrel hace caricias,
con otra mano sostiene
un guante de cabritilla,
con otra saca la espada,
con otra hace empanadillas,
que es tan grande su prosapia
y su alcurnia es tan antigua,
que para tener diez manos
del rey obtuvo franquicia.

¿Por qué cual cabra enjaulada
lleno de saña y de ira,
se pasea don Francisco
Iparraguirregorría ?

II

«¡Hola, deudos y criados
de mi casa principal,
quemad pronto mi palacio!
¡Quemadlo pronto, caray,
que son muchas las ofensas
que tuve que soportar!
¡Esta casa no es mi casa,
pues mi esposa, doña Paz,
siempre está haciendo reformas
y no se puede aguantar!

Ayer me quitó un tresillo;
hoy, dos mesas de nogal,
y sabe Dios esa loca
lo que piensa reformar .
¡Quemad pronto mi palacio,
y al hacerlo, procurad
que quede dentro mi esposa,
que ninguna falta me haz!
¡Quemad pronto mi palacio
porque no quier cambiar
mis vargueños y tapices
por el mueble funcional!

DON JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH

Todos los retratos que conozco de este poeta muestran siempre a un viejecito majísimo, con mirada sagaz y puñetera que horada sus espejuelos de oro. y así me imagino siempre a don Juan Eugenio, como si hubiera nacido ya viejecito y socarrón. y no es cierto, ni muchísimo menos: tuvo una juventud dedicada a la ebanistería. El señor Hartzzenbusch, padre, era un afamado artesano alemán que se había establecido en Madrid. Pero el chico le dijo un día que aquella profesión no le petaba, y que hiciese consolas y veladores Rita la cantaora.

Con una tenacidad tudésca, el poeta, estudioso y erudito, se llegó a colocar en muy altos puestos. Fue director de la Biblioteca Nacional.

Estudió Hartzzenbusch con amor el teatro clásico y escribió, pues estaba de moda el género, dramas más o menos históricos y algunas comedias de magia. Pero su obra maestra, y una de las más importantes de nuestro Romanticismo, fue *Los amantes de Teruel*, magnífico drama, con personajes muy bien vistos y estudiados, con reconstrucciones históricas acertadas, que sólo falla un poquito en la escena final de la obra, en la cual, doña Isabel de Segura -la protagonista- fallece, no de herida o enfermedad fulminante, sino *de amor*.

Supongo que este final pertenecería a la leyenda en la cual bebió don Juan Eugenio, y ese *morir de amor* que tanto nos sorprende, bien pudiera ser colapso o embolia fulminante. Pero si Hartzenbusch lo hubiera descrito con su etiología, sus síntomas y el nombre médico de los mismos, no hubiera sido un romántico.

Dotado de un gran sentido del humor, don Juan Eugenio es autor de unas fábulas muy resaladas, escritas con un desparpajo y una gracia poco comunes en unos tiempos en los cuales todos los escritores se tomaban las cosas por la tremenda.

A continuación inserto varias fábulas que don Juan Eugenio se dejó acaso en el tintero, actualizadas, claro, como todas las poesías que contiene este funesto libro.

FABULAS

EL CERDO y LA TONTA

La tonta de mi lugar
una tarde se decía:
«¡Qué tonta soy, madre mía!»
Y, izas!, se echaba a llorar.
Un cerdo la vio al pasar,
y dijo: «El tino yo pierdo.
Ser tonto es malo, de acuerdo,
mas el quejarse no es justo;
yo, mi suerte sufro a gusto,
siendo, como soy, tan cerdo.»

Moraleja

Como la tonta, jamás
reniegues de tu destino.
Haz como el cerdo, y verás
cómo te llaman cochino.

LA COTORRA y EL PLÁTANO

Una cotorra verde y africana

un plátano encontró cierta mañana.
Lo mira, lo remira, sabihonda,
y dice al fin: «¡Qué cosa tan cachonda!
Nunca vi nada igual: largo, lustroso:
fusiforme, pulido y misterioso. ..
Mas su aspecto me llena de pavora:
pues no creo que pase la Censura.
Así es que, sin dudar, si es que dudaba
lo tiro, y se acabó lo que se daba.»
y de su acción haciendo grave dolo
tomólo, enarbolólo y arrojólo.
Mas sucedió que, envuelta en la liana,
le apostrofó de pronto la banana,
diciéndole: «¡Oh estulta cacatúa,
que lo que usufructúa desvirtúa,
muchas veces un torpe y rudo aspecto
encubre el no va más de lo selecto,
y tú, por ignorar lo que te cito,
te has perdido el jugoso platanito! »
Moraleja: Juzgad cual la cotorra
el libro por la tapa que lo forra,
que en muchísimas obras literarias
hay dentro un platanito de Canarias.

EL OSO Y LA MEDUSA

Un oso de la Meseta
tocaba la cornamusa,
y en el mar, una medusa
le daba a la pandereta.
«¡Qué mal lo hacemos, puñeta!
-dijo el oso-, mas barrunto
que no importa. Ambos a punto
nos hallamos, sin dudar,
propicio para formar

eso que llaman *conjunto*.»

DON ESPRONCEDO

Ningún señor de levita, chistera, melena y bastón más representativo que este don Esproncedo de todos los diantres. Nació en Alimendralejo, en la Tierra de Barros (Badajoz), donde sus enemigos y detractores le erigieron un busto, vecino al de una poetisa famosa también nacida allí. Las efigies de ambos poetas todavía pueden padecerse en la plaza de su pueblo, sin que una mano piadosa haya dado un cachiporrazo a estatuas tan repelentes.

El señor Bohl de Faber, caballero intachable, a pesar de su nombre de bolígrafo, y erudito notable, importó de Alemania, su país natal, un movimiento artístico y literario que en lengua tedesca se denominaba *Sturm und Drang*. Este nombre, que se asemejaba mucho a la firma comercial de cualquiera de los navieros de Hamburgo, era el Romanticismo en persona, llamado así por los alemanes, que siempre quieren complicarlo todo. A aquellas corrientes, entonces modernísimas y revolucionarias, se adhirió en seguida don Esproncedo, que era exaltado, revolucionario y majete.

Don Esproncedo sufrió mucho, pues entonces un poeta que no sufría era como un plato de arroz con leche sin arroz y sin leche. Aparte de sufrir, fundó una sociedad secreta -entonces todo el mundo de viso pertenecía a una- que se llamó «Los Numantinos». Al margen de estas actividades subversivas, don Esproncedo se dedicó a la carrera diplomática, profesión muy segurita entonces, pues todavía no se había puesto de moda el rapto de cónsules y embajadores. Fue secretario de legación en los Países Bajos, pero al notar lo bajos que eran aquellos países, don Esproncedo, que era romántico cien por cien, llevó su dolor al paroxismo.

Todavía joven, el famoso poeta, harto de sufrir y de estar en los Países Bajos, siempre rodeado de tulipanes y de rollizas campesinas, decidió morirse de una vez. y así lo hizo.

Don Esproncedo imita a veces a Byron y a Lamartine, pero nadie puede poner en duda la fuerza y la exaltada fluidez de sus sonoros versos, modelo de musicalidad.

CANTO A LUCILA

(Fragmento)

¿Por qué volvéis a mí con insistencia,
vanos recuerdos de una vida ñoña?
¿Para qué revivir lo que en esencia
se agostó para siempre y no retoña?
¡Oh Lucila, no vuelvas; ten paciencia,
no me hagas tu funesta carantoña,
y si te escapas de tu tumba fría,
no te muestres a mí, sino a tu tía!

Como un lirio dormido entre los lirios,
te abandonaste, pálida y serena;
sonreías con íntimos delirios
sobre tu altar de santa sin novena.
¡Qué túmulo tan rico! ¡Cuántos cirios!
y tu caja, ¡qué sólida y qué buena!
La pompa fue en verdad extraordinaria,
porque un riñón costó la funeraria.

Tu lecho, navegando entre las olas
-góndola mortuoria y amarilla-,
te alejaba de mí, y sus cuatro bolas,
bolas de cama, lumbre y pacotilla,
giraban sin cesar para ti sola.
La Muerte las lanzó de carrerilla
a la red de la Nada: gol molesto
de tu póstumo y triste baloncesto.

Te fuiste con el mágico aleteo
de la llama consunta de las teas,
te extinguiste sin un chisporroteo
(y no es decir que tú chisporroteas).

Partiste, pero vuelves y te veo,
y de todo mi ser te enseñoreas,
y verte siempre en tu capilla ardiente
no es lógico, ni limpio, ni decente.

Porque al aparecerte truculenta,
fantasmal, misteriosa y cejijunta,
observo que tu tez es macilenta
y tu carne entre pútrida y consunta,
cuando antaño fue rica y succulenta.
Por eso se me ocurre esta pregunta:
¿Por qué mostrarte, di, si sufro mucho
al ver lo que fue ebúrneo tan pachucho?

Por eso te huyo, sí, por eso lucho
con tu boca marmórea que me nombra,
y sufro a cada paso un arrechucho
al ver aparecer tu débil sombra,
y me entra tanto miedo si te escucho
que me cuelo debajo de la alfombra,
y hasta a veces me meto, ¡iqué demonio!,
debajo de un colchón de matrimonió.

Un colchón que es el nuestro, verde, a listas
cárdenas, que torticolis produce;
es el colchón de nuestras entrevistas,
que, fatal y alocado, reproduce,
y entra en detalles vanos preciosistas,
y la emoción de antaño me traduce,
y de visiones tuyas me atiborra
cuando me escondo entre su inútil borra.

No vuelvas, ¡oh Lucila empecatada!;
regresa al panteón, que es un coloso
de mármol, con su clásica fachada
greco-jónica y digna. Tu reposo
está allí, y no en la muerte accidentada
que llevas. y te juro, lirio hermoso,
que si la culpa de que te esté viendo
es del colchón fatal, cojo y lo vendo.

DON JOSÉ ZORRILLA

Este poeta, que nació en Valladolid y no en otra parte, decidió, de joven, interrumpir sus estudios y dedicarse por entero a las letras. Esto, que es signo vocacional y decidido, indica por otra parte una gran falta de sentido común. Pero ya se sabe cómo son los poetas.

Las estaba pasando canutas don José, cuando al egregio periodista Mariano José de Larra se le ocurrió atizarse un sonoro pistoletazo. El día del sepelio de *Fígaro*, cuando los pelmazos echaban sobre el cadáver todavía caliente los adoquines y cascotes de sus aburridas necrologías, como espontáneo que salta de pronto al ruedo, el joven Pepito Zorrilla asombró a propios y extraños con la lectura emocionada de sus candentes y sonoros endecasílabos.

La Fama, con mayúscula, le abrió sus puertas desde aquel momento. No así la Fortuna, que se mostró siempre bastante esquiva con el célebre lírico.

Zorrilla es, sin duda, el más importante poeta del siglo XIX. En tiempos posteriores se le ha vituperado bastante, acaso por la facilidad asombrosa que tuvo para versificar, facilidad que ponía, al lado de versos impecables e inspiradísimos, los más tremebundos ripios. Pero su leyenda *A buen juez, mejor testigo* es, digan lo que digan, una obra maestra. Teatral, si se quiere, porque en Zorrilla todo es teatral, dramático, casi representable; por eso *Traidor, inconfeso y mártir*, digan lo que digan también, es el mejor drama pos romántico de nuestra literatura. y digo *posromántico*, porque la citada obra, si bien conserva todas las características de fondo del drama

romántico, no se ajusta a las de la forma, es decir, la mezcla de prosa y verso.

Perseguido siempre por la miseria, obtuvo una pensioncita que le señaló el gobierno. Nada del otro jueves: para ir tirando. En el año 1893 falleció Zorrilla, después de haber sido coronado en Granada a bombo y platillo en una memorable y cursi jornada que, de seguro, adelantó el triste fin del poeta.

LOS NUEVOS CANTOS DEL TROVADOR

Con mi lira trágica, que templo y apaño,
yo soy el postrero, fatal trovador,
y al pulsar las cuerdas cuando voy y taño,
plaño todo el día, plaño todo el año,
pues si plaño y taño me sale mejor.

Plaño porque el numen ardiente y el estro
se chafan apenas me pongo a cantar,
y mi canto errante se torna siniestro,
y soy un imbécil, y soy un cabestro,
pues de muchas cosas no me atrevo a hablar.

Mi laúd doliente duerme cual ceporro.
Su voz una venda no deja salir,
y yo sufro y callo, pasivo y modorro,
pues si una mordaza te sujeta el morro,
no sé qué puñeta se puede decir .

Antaño cantaba en las cortes ducales,
y en fiestas galantes al borde del mar,
mas no concurría a los juegos florales,
porque diz que hay tongo en los juegos tales
y a los paniaguados se suele premiar .

Ahora canto al yermo, que está desolado,
y canto a las noches del fragante abril,
y canto en la puente, y canto en el vado,
y canto de frente, y canto de lado,
decúbito prono y hasta de perfil.

y pulso en la noche con dedos convulsos
la guzla morisca de Benamejí,

que lo mismo toca danzones insulsos
que aviva la sangre y excita los pulsos
cuando, más selecta, toca a Debussy.

y toco a Beethoven, que no se ha quejado,
y toco a Rossini, y toco a Lehar,
y toco a Vivaldi con gesto cansado,
y toco a la viuda de un guarda jurado,
que como está sola se deja tocar.

Pero las canciones de mi serenata,
toleradas, vibran de extraña acidez.
A ver si se acaba de una vez la lata
de tanto remilgo de monja pazguata,
y puede el que canta cantar de una vez

ORIENTAL

Niña del fino agremán
en el rico guardapiés,
por ti diera Abderramán
la paga de todo un mes.

Diera un soberbio añafil
con sonido de cristal,
y diera un aguamanil
que es un invento oriental,
porque echas agua en el trasto
y, con cepillo y jabón,
tienes, por muy poco gasto,
fregoteo y ablución.

Aunque no soy el Califa,
puedo colmarte de honores
Vente conmigo a Tarifa;
vente conmigo y no llores.

Ven, que tengo miradores
donde el agua sensitiva
sale de los surtidores,
precisamente hacia arriba

Ven a mis dulces pensiles,
do crecen entre murmullos
los sicómoros febriles
que se llenan de capullos.

Verás que, de sopetón,
si saltas de zanja en zanja,
tan pronto crece el limón
como crece la naranja.

La granada, medio loca,
abre su fruta madura
con un bostezo de boca
que enseña su dentadura,
dentadura de caimán
con seis filas de rubíes,
muerden en Ramadán
las nalgas de las huríes
y la hígera, que se eleva,
y cuyos brazos bendigo,
pues tan pronto da la breva,
como, versátil, da el higo.

Allí la especia, cual tea,
se abrasa junta al palmar,
y es culantra, alcaravea,
nuez mascada y sin mascar .

La canela observarás
que en su propio olor se inflama.
Vente conmigo, y verás
lo que es canelita en rama.

Niña del fino agremán,
por ti diera Abderramán
toda la tierra andaluza,
y yo, fortuna y placeres,
pero si la luna quieres,
que te la dé el moro Muza.

DON RAMON DE CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO

Este poeta hispano, nacido en Navia (Asturias), vino a este mundo puñetero el año 1817. Sin duda por llevarle la contraria a la gente, al revés que otros autores, que escriben una prosa florida y cincelada que parece verso, don Ramón hizo versos que parecen prosa. Pero don Ramón había nacido en unos momentos en que se acababa de descubrir el sentido común, y tenía que ser fiel a su época.

Presumía el buen hombre de ser un poeta filosófico, observador, profundo; por eso se arrancaba por aleluyas, que, si algo profundo tienen, es lo de contar las cosas, las triviales cosas campoamorinas, en el lenguaje vulgar y común. Por eso fue popularísimo y estimadísimo en sus tiempos, porque todos lo entendían; porque ni se elevaba ni se perdía, siempre a una altura prudencial, asequible y moderada. Ya pesar de sus pujos sociales, fue el poeta de las derechas españolas.

Bien comido, bien bebido, y dedicado a veces a la política, que le sirvió a la carta momios, prebendas y enchufitos, don Ramón se encerraba en su barroco y agobiante despacho, con su aspecto bonachón de obispo laico. y escribía aquellas cosas sencillotas y pedestres que publicaba luego con el nombre de *doloras*, el ladrón.

Eran otros tiempos, y las señoritas de la buena sociedad de entonces sentían bascas en el polisón cada vez que don Ramón de Campoamor y Camposorio aparecía en una reunión mundana. y se recomían de envidia cuando el vate escribía en el abanico de alguna amiga sus habituales cursilerías metafísicas.

A pesar de su extensa producción literaria, Campoamor estuvo muy bien considerado por la sociedad del siglo pasado, que comentaba, alelada y turulata: «¡Cómo conoce este hombre el corazón humano. ...! »

Era tremendo el tal don Ramón. Creo haber leído una vez que a Azorín le gustaba mucho Campoamor. Puede no ser verdad, pero si lo fuera no parecería mentira.

LOS PEQUEÑOS POEMAS

LA ENCENAGADA

O

FÍATE DEL AGUA MANSA

I

Desde su tierna infancia,
la mujer de Manuel, tensa y rotunda,
se llamaba Facunda,
ya pesar de tan triste circunstancia
y de golpe tan rudo,
nadie a Manuel negábale el saludo.
En un edén vivía
la pareja feliz y amartelada,
y Facunda, si alguna vez tenía
que salir, no salía
sola, que a fuer de púdica y honrada,
se hacía acompañar de una cuñada
y las viudas de dos alabarderos ;
y para más detalle,
del lechero, el sereno de la calle
y una unidad del Cuerpo de Bomberos.
Facunda era pacata,
y si Manuel, con gesto turulato
-porque era un mameluco, hablando en plata-,
al teatro llevábala algún rato,
y, cual siempre, la pieza era un tostón
de don Marcos Zapata,
en cuanto levantaban el telón,

de espaldas escuchaba la función;
y cuando aquella lata
llegaba en su argumento hasta la cima,
echábase una manta por encima,
pues cuando la pudicia nos achanta,
lo mejor de este mundo es una manta.

II

Mas un día que el bueno de Manuel
pasaba por la calle de Amanuel
embozado en la airosa
mesa camilla azul de su pañosa,
escuchó un comentario
que hizo cierto galán estrafalario
con lengua estropajosa.
El chisme referíase a su esposa,
y dijo aquel zanguango
que Facunda, la púdica, la hermosa,
cierta vez arrastróse por el fango.
Cual rayo justiciero,
Manuel plantóse firme ante el chismoso,
al que así apostrofó: «¡Mal caballero!»
Sorprendido, el gomoso,
respondióle con ímpetu malsano,
ímpetu de su loca liviandad:
«¡Cerdo!» A lo que Manuel, con sobriedad,
le contestó: «¡Marrano!»
En fin, lo que acostumbra el trato sano
entre hombres de la buena sociedad.
Quedó fijado el duelo en el instante
para el siguiente día, al clarear.
y Manuel, taciturno, vacilante,
se encaminó a su hogar.
Y nada más entrar,
de carrerilla fue, cogió a la inmunda
mujer que mancillóle, a su Facunda,
púsola de dicterios como un trapo,
y propinóle al fin soberbia tunda.

Asombrada, la esposa golpeada,
al ver menudear torta y sopapo
sobre su cuerpo, huía, espeluznada,
buscando con afán, ¡Pobre cuitada!,
consuelo, protección y esparadrapo.

III

Sobrio y enchisterado,
el duelo celebróse en un sembrado,
donde gente plebeya, vil gallofa,
cultivaba, exultante, la alcachofa.
Los contendientes, serios por demás,
contaron veinte pasos hacia atrás,
mas antes de acabar, cabal, la cuenta,
cayeron los rivales
de espaldas en la tierra polvorienta
de aquellos tan ubérrimos bancales .
Pero pronto se alzaron
ansiosos de venganza, mudos, fieros;
mas, a cuarenta pasos, observaron
que, salvo que los sables altaneros
crecieran de repente, se alargaran,
era poco probable que cruzaran,
vengadores, los pálidos aceros.
Pues a pesar de aquello,
a pesar del terreno y la distancia,
las armas, con un ávido destello,
se cruzaron; que el odio y repugnancia
alargan de una forma asaz terrible
cuanto de alargamiento es susceptible.
Manuel mató al taimado
lenguaraz que le había calumniado,
pero, ¡ay!, que la calumnia es vil cizaña,
odiosa telaraña,
y Manuel, por aquello encizañado,
y algo entelarañado,
con justa y honda saña,
inflexible, a Facunda,

que antaño parecíale una santa,
propinaba a diario, por inmunda,
ora terrible y coercitiva tunda,
ora espantosa y ejemplar somanta.

IV

Vivían separados los esposos,
pero Manuel sufría,
lleno de pensamientos tormentosos,
y a Facunda espiaba noche y día,
usando de artificios ingeniosos:
cuándo se disfrazaba de cochero;
cuándo cierta mañana,
con el albor primero,
púsose un traje de lagarterana;
y si con tal atuendo postinero
no logró descubrir de aquella impía
el secreto fatal, vendió a un tendero
una mantelería,
cuya contemplación -artesanía-
producía, penosa y arbitraria,
ora dengue, ora crup, ora urticaria.
Mas una de las veces, el obseso
marido, que espiaba con fruición,
vestido de holandesa,
observó a la diablesa,
que, feliz, se acercaba a la estación,
y allí, con embeleso,
se subió en un expreso.
Partió el convoy echando carbonilla,
y Manuel tras la esposa descarriada
partió también, y aquella madrugada,
asomado a la triste ventanilla,
así exclamaba con la voz temblona,
mientras miraba el campo de Castilla,
que se esfumaba pálido: « ¡ Zorróna ...! »
Al llegar a Cestona,
Facunda se apeó. La vil coqueta

a un mozo de estación dio la maleta.
Y Manuel, funerario,
en el andén teñido de violeta,
pensó doliente: «¿Es éste el escenario
do la libidinosa
el honor me macula?» Alguna cosa
extraña, un hecho acaso extraordinario
tenía algo excitado al vecindario,
que a Manuel observaba. ..¡Santa Rosa!
¡Vestido de holandesa, el solitario
continuaba aún...! ¡Qué dolorosa
fue aquella confusión del vestuario. ...!
Corrió hacia el Balneario,
cuando de pronto, bella, esplendorosa,
la vio que, hacia la fuente sulfurosa,
rica en lirio, en arsénico y en bario,
avanzaba... Torció por un recodo
y la vio que pagaba un novenario
de baños, sí, señor, pero... ¡de lodo!
¡Era cierto, gran Dios! ¡Era palmario
que acudía a enfangarse, criminal!
Manuel cubrió su faz; con un gemido
pensó en voz alta, loco: «¡Por Belial
que ese cieno termal
es el que está enlodando mi apellido!»
y exhalando un bufido,
saltó sobre la fémina fatal
que encenagó el rango,
y, con un alarido fantasmal,
sepultó a la culpable bajo el fango.
Y sosteniendo hundida la cabeza
de la vil, exclamó con entereza:
«¡EI mundo es un fandango!»

UNA DOLORA

¿Qué es la dicha, preguntas, ¡oh Florinda!,
mientras tus labios muerden una guinda?

Definir es tarea en la que erramos,
mas ya que me lo pides, definamos:

La dicha. ..Tu pregunta me concreta
que estás enamorada, mozalbeta.

Mas el pudor te tiñe de coral.
No te extrañe que sepa; es natural.

Para un viejo una niña aristocrática
tiene siempre la mente feldespática,
aparte de que vite con Juan Trillo
darte un lote de aúpa en el pasillo.

Mas volvamos al cuento de la dicha.
¿Qué es eso? , me preguntas muy redicha

Pues la dicha es, ¡oh túrgida Florinda!
-permite que de imágenes prescinda-,

para unos, el copazo de buen vino,
para otros, el chameo en el casino,
para éste, pasearse por La Habana,
para aquél, el arroz a la cubana,
para aquel otro, el riesgo y el valor,
y para casi todos. ..el amor .

Aunque he de confesarte, Florindita,
que es difícil la dicha en comandita.

Se forma luego un trío obsesionante
la mujer, el marido y el amante.

Bailes, saraos, teatros... Van, discurren,
se ven todos los días. ..y se aburren,
y es triste y espantosa, nena mía,
la soledad de tres en compañía.

¿La dicha? Muy difícil es cogerla,
pero más complicado es mantenerla

Es como la cintita que sujeta
el sostén (con perdón) de una coqueta
que si el uso fatal la muerde y rae,

todo lo que sujeta, ¡paf!, se cae.
Es pensil de mil flores olorosas,
gema con mil facetas engañosas,
pues la dicha de ayer, niña galana,
puede no ser la dicha de mañana,
ya que de ayer a hoy, Florinda mía,
burla burlando, ha transcurrido un día;
y si dejas que pasen treinta, ves
que ha transcurrido entero todo un mes
La dicha es como el cándido alhelí:
se marchita en el mundo porque si
Como la flor, la dicha es pasajera,
y muere cuando nadie se lo espera,
como murió entre nácares la guinda
que te has zampado, opípara Florinda

NÚÑEZ DE ARCE

Este importante poeta lírico nació en Valladolid. Sus padres le pusieron de nombre Gaspar, y hoy está olvidado casi por completo, no porque se llamase Gaspar, sino por esas modas y caprichos que llegan hasta la literatura. Acaso no ha encontrado todavía su exhumador .

Don Gaspar Núñez de Arce se propuso hacer -y la hizo, porque era hombre de palabra- una poesía *poética* que se opusiese a la ramplonería prosaica de Campoamor. Tan pulidos, sonoros y perfectos eran sus versos, que la gente le llamaba *el escultural*. Hoy día este apelativo sólo se emplea para calificar las exuberantes formas de las llamadas «vedettes», señoras que casi siempre suelen llenar de carne pecadora la pasarela o el escenario de un teatro dedicado al género frívolo. Lo de *escultural* le hizo poquísima gracia a Núñez de Arce, porque pensó, en un principio, que se refería a sus encantos físicos. Luego se tranquilizó y continuó su labor poética sin darle más importancia al asunto.

Don Gaspar reunió a sus poesías en un tomo que lleva por título *Gritos de combate*, famosísimo en el último tercio del pasado siglo. A esta colección de poemas pertenecen algunos que antiguamente se sabía de memoria mucha gente, tales como *La pesca* y *El vértigo*. Esta última poesía provocaba entonces teleles y pipiritajes de emoción incontenible, por lo cual los padres avisados y prudentes prohibían a sus tiernas hijas que la leyeran para que no se sponciaran delante de las visitas.

Se achaca a don Gaspar una mente evocadora y nostálgica y un cierto escepticismo. Hay quien opina que todo eso no es

más que una postura poética como cualquier otra. Bien es verdad que, como casi todos los hombres famosos del siglo XIX, Núñez de Arce se dedicó a la política, y esto es capaz de convertir en un sofista al mismísimo lucero del alba.

LA LEYENDA DEL FARO

(Décimas [de fiebre])

En un paisaje sombrío
y encima de enhiesta loma
bajo de la cual se esloma
un mar oscuro y bravío,
cual barbacana del frío
y de la lluvia atalaya,
el faro de la Papaya
se alza sobre el horizonte,
sin un cateto en su monte
ni un bañador en su playa.

Sin torrero que lo asista,
el faro a solas parece
un gigante que enmudece
y está buscando una pista;
y su pupila sin vista,
que, traslúcida, se atasca
cuando surge la borrasca,
renace con un destello,
y al que lo contempla el vello
se le eriza en triste basca.

Mas una leyenda hay luego
que en todas las lenguas anda,
desde la costa normanda
hasta el litoral gallego,
y es que un torrero noruego
que cuidaba el luminar,
a un hijo quiso enseñar
el oficio que tenía,
mas al chico le salía
por una friolera el mar .

El torrero con Belial

concertó un pacto diabólico,
y al día siguiente, de un cólico
murió bajo un ventanal.
Llegó de pronto el chaval
y se llevó el susto padre,
pues donde crece el baladre,
junto al cadáver, había
un letrero que decía :
«Torrero como su padre.»

Desde aquella escabechina
familiar, el faro se halla
solo cual nave que encalla
en la costa cristalina,
y en su figura cetrina
que se tuerce, triste y rota,
no anida la gaviota,
ni el albatros, ni el alción,
ni el paleta guitarrón
toca muy cerca la jota.

Pero aseguran las gentes
que por la noche pululan
mil sombras negras que ululan
y se estiran, repelentes.
y en las mañanas ardientes,
cuando sopla el tramontana,
dicen que con sobrehumana
calma, que produce horror ,
se nota en el faro olor
a paella valenciana.

¿Qué extraño prodigio atroz
en ese faro acontece,
y por qué razón se cuece
en él fantástico arroz?
Y es horrendo, pues la voz
del viento, aullando entre pinos,
noticia da a los vecinos
que sus cerebros desuella,
de que la extraña paella

lleva pollo y langostinos.

Al conocer el meollo
de aquel misterio tan raro,
todos, contemplando el faro
que se alza sobre el escollo,
se persignan, pues si el pollo
-ivade retro!- es perdición, f
abulosa es la adición
de los mariscos riquísimos,
pues todos están carísimos
y te cuestan un riñón.

Nadie el faro habita
(habita es diminutivo de haba),
y si en su interior se graba
la soledad infinita,
¿qué zarpa ignota y maldita
hace el arroz con afán,
y le agrega el azafrán,
el ajo y el tomatito?
¿y quién cuida del sofrito,
sino el *ojo* de Satán?

Nadie se acerca asustado,
aunque baje la marea,
al faro, que no es a brea
a lo que huele endiablado.
Y alguno se ha suicidado
ante la amenaza arcana
de que la mole inhumana
pueda oler, cual basilisco,
no a paella de marisco,
sino a fabada asturiana.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Mucho habría que decir de este gran poeta, cuyas asonancias (consonancias, pocas) conoce todo el que conoce algo.

Nació don Gustavo en Sevilla, allá por el año 1836. Unos amores contrariados y las últimas boqueadas del Romanticismo, le impulsaron a decir en verso todo lo que tenía por dentro. Pero tenía poco que decir. Cosas como ésta:

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... yo no sé
qué te diera por un beso.

Si lo que acabo de transcribir no es una copla, que me maten de un tiro en la nuca.

Sí; en contra de los que -pedantillos y topiqueros- dicen ahora que Bécquer es una especie de Heine español; en contra de los que hablan por boca de algunos gansos más o menos conocidos, don Gustavo era un poeta prosaico, vulgar, con una escasez de medios de expresión que atontolina, con unas imágenes de coplero barato. Le falta lirismo. Eso de que *crea en Dios* desde que lo ha mirado una señora es un recurso pobre de poeta facilón.

Aparte de eso, los poetas subjetivos como Bécquer -léase Salinas- me dejan, como don Gustavo, frío, porque tienen empeño en hacernos partícipes de su diario, porque se creen el pivote sobre el que gira el mundo, y son, con su intimismo, aburridos y latosos, como esas gentes que quieren a toda costa contarnos su problema, que para ellos es vital y ecuménico, y a

los que yo digo siempre, porque uno no está para gaitas:
«¡Cuénteselo a su abuela!»

Bécquer enfermó, como todo el mundo que entonces podía permitírselo, de tuberculosis. Se retiró al monasterio de Veruela, donde escribió sus *Cartas desde mi celda*.

Cuando llegó el año 1871, Bécquer no había podido ver impresos sus versos. Esto, que pudo haber hecho mella en su ánimo, le dejó más fresco que un rábano, porque había fallecido el año anterior .

A mandar .

RIMAS

En la oquedad de los rincones fríos
que crujiendo parecen despertar,
nos movemos los dos como dos sombras
que danzan sin compás.

y no sé qué silencio pavoroso
me hace intuir el tiempo en su fanal,
pues si hoyes veinticuatro y Nochebuena,
mañana, Navidad.

En el espejo vano del recuerdo
te veo esbelta como en años ha,
y ahora usas unas bragas de franela
que dentera me dan.

No hurtes tu rostro al mío en la penumbra;
no te cambies de sitio sin parar.
Si yo voy a la silla, tú a la mesa,
al balcón o al sofá.

No se detiene el tiempo en un instante
como detiene al potro el mayoral,
y el pasado pasó, y porque ha pasado,
nunca vuelve a pasar.

Hoy, si te atraigo a mí con un abrazo,
se me quiebra marchita la ansiedad,
al ver que estás más gorda cada día
y vas a reventar.

y además, te ha salido sobre el labio
un bigotazo espeso, tan audaz,
que pienso a veces si seras mi esposa
o Emilio Castelar.

¡Apártate, no intentes con tus lágrimas
llenar nuestra espantosa soledad!
¡Vas siempre en bata, en bata y en chancletas!
¡¡No te puedo aguantar!!

Del salón en el centro, la mesa
ostentaba el condumio casero,
y en el plato de límpida loza
veíase el huevo.

¡Cuánta clara tenía en su clara!
¡Cuánta yema llevaba en el pecho,
esperando la mano de nieve
que moje en su centro!

¡Ay -pensé-, cuántas veces el hombre
está frito cual tímido huevo,
esperando una voz que le diga:
«Este mes te subimos el sueldo»!

¿Qué es huevo frito? -dices mientras clavas
tu mirada en el pálido trasluz-.
¿Qué es huevo frito? ¿y tú me lo preguntas?
¡Huevo frito eres tú!

SALVADOR RUEDA

Aquí tenemos a un precursor del modernismo, pero no mucho. Don Salvador nació en Benaque, provincia de Málaga, y en sus versos presagia e intuye lo que después se haría carne y música transparente en las hadas y princesas de Rubén Darío. Don Salvador intuyó, pero no hizo en su vida nada más que eso: intuir.

Es Rueda poeta musical, musicalísimo. Con sus versos de ámbar y piedra pómez consigue rozar las cumbres geniales de la ramplonería. Rueda es un poeta colorista, que lo canta todo, lo mismo el friso del Partenón que el entierro del maestro Caballero, circunstancia fúnebre que el poeta aprovecha para salir por peteneras y terminar la composición con un sonoro *¡viva Cartagena!*, que produce al lector pudor nacional.

Si tuviera que comparar a Rueda con alguien, escogería a don Julio Romero de Torres, buen retratista, como Rueda, pero impregnado de falsa trascendencia, de filosofía de almanaque.

Don Salvador, que no paraba, se formó un lío tremendo, porque anhelaba ser original, nuevo y atrevido; pero la sombra de Núñez de Arce y la perillona de Zorrilla le estaban dando siempre la lata, como moscones tenaces y veraniegos.

Las composiciones de Rueda están llenitas de castañuelas, panderetas, peinas, mantillas, capas, sonrisas de toreros, cigarros puros, volantes, caireles y demás «souvenirs» tópicos. Las de Romero de Torres, también; por eso los comparaba antes. y todas las figuras del pintor y del poeta aparecen como bañadas en cera: ex votos y presentallas colocados por todas

las furcias andaluzas y tristonas en los altares de la copla y la alcahuetería.

De Rueda podría ser este soneto en versos alejandrinos que va a continuación.

EL BONIATO

Tubérculo grandioso que, modesto, acometes
aventuras de siembras y de recolecciones;
pedrusco que ha caído de antiguos torreones
o de los domingueros provincianos templetes.

Patata memorable enferma de diabetes,
sin insulinas suaves en dulces inyecciones;
topo alegre y grisáceo, que brindas y propones
la palidez sabrosa de tus fríos mofletes.

Tu prima, la Batata, de más rango y pureza,
desprecia tus orígenes y tu naturaleza:
extraña mezclanza de postre y primer plato
y aunque pariente pobre, con tal gusto te ofreces,
que un corazón asado partido en dos pareces,
¡oh español, benemérito y heroico boniato!

DON RUBÉN DARÍO

Curioso es que en nuestra literatura, en la que pocas veces se cuele un extranjero, se haya introducido, con la aquiescencia de todos los eruditos, don Rubén Darío, que era de Metapa (Nicaragua). Las causas de esa posible concesión de nacionalidad han de ser muy gordas, aunque, si bien se piensa, España es un país que abre los brazos a cualquiera que llega de fuera, y sobre todo a los que llegan aquí con el nostálgico y cursi estribillo de *la Madre Patria*.

El poeta se llamaba en realidad Félix Rubén García, y pensó, con más razón que un santo, que si se firmaba García, a secas, poco iba a poder hacer en el campo de las letras. Aparte de eso, es costumbre -cursi también- de algunas repúblicas americanas, cambiarse el nombre por uno que los habitantes de esas latitudes piensan que es más elegante. y así tenemos a señoritas que se llaman Irma, Mecha, Ludmila, Lilian, Olimpia, cuando en realidad se llaman, o se debieran llamar, Paca.

Don Rubén viajó bastante por Europa, y en París de la Francia asimiló los desperezos esquizofrénicos de Baudelaire, Mallarmé y Verlaine. Al llegar a España, se tropezó con un obstáculo tradicional: que aquí era imposible ser un poeta maldito, porque en esta tierra todos eran muy de derechas. Optó, pues, por un lirismo barroco y decadente con el que le fue muy bien toda la vida.

Rubén Darío fue un poeta impresionante. y un innovador, pues introdujo el uso de la metáfora, y, sobre todo, el colorismo. Todo lo que veía ¡Paf!, lo coloreaba. Ensayó toda

clase de rimas y de métricas, que dieron como resultado una serie de poemas inolvidables por su sonoridad y su belleza.

Su primera época se caracteriza por las acuarelas, que así eran sus versos: acuarelas de *boudoir* de una señora pálida, medio marquesa, medio *cocotte*.

Y todavía hizo más aquel señor con cara de indio chato: hizo música, porque sus versos son cadenciosos y musicales, ritmados, eufónicos. A veces, demasiado. Por eso en muchas reuniones caseras en las que se ha estropeado el tocadiscos, se han bailado con éxito los versos de don Rubén, declamados por una señorita feísima de Guadalajara.

LA ODALISCA

Odalisca refulgente,
que se mueve incandescente
como un flan hecho en Oriente.

Elegante como galga,
en la música cabalga
con ardor de muslo y nalga,
y sus ricas cazoletas
son dos cónicas gavetas,
disimulo de sus tretas.

Hipsipila que vacila
y los ojos encandila
del pachá, que es un tío lila:
venerable circunciso
con la frente en compromiso
y el poder en decomiso.

Odalisca que, estrambótica
da a su danza, gris y erótica
espeluznos de neurótica.

Sobre escaques de caballo,
va sembrando en el serrallo
su dolor de ojos de gallo,
y en la noche desabrida,

los consuelos de su vida
son reposo y callicida.

Odalisca desgraciada,
que no llega a Scherezada,
pues no está ni sindicada,

y por eso su castigo
es mover el rubio trigo
del buñuelo delombligo.

No es extraño que vacile
y jamás se despabile
entre el humo del narguile

Flor de histeria que se pirra
por el oro, por la mirra
y el *écharpe* de *Cachemirra*.

Los visires y cadíes
le regalan borceguíes
perfumados con benjuíes

los eunucos tontorrones
la contemplan mansurrones
con su falta de razones,

y ella sigue el exhaustivo
movimiento rotativo
con el pompis sensitivo.

CURSILINA

Margarita está frita. ¿Qué tendrá Margarita?
Su boquita chiquita se marchita contrita
con bostezos de triste e infeliz boquerón.
Margarita no dice más que cosas vacías,
y al que coge por banda la mitad de los días
o le da la tabarra o le atiza un tostón.

El crepúsculo dora la discreta persiana;
ferroviaria, la tarde con su luz provinciana,
en el río se rasca sus narices de añil,
y en la calle despierta con rebuznos de establo,

se pasea don Lucas, se pasea don Pablo,
se pasea don Cosme, se pasea don Gil.

Margarita se aburre en su silla de enea;
vocinglera, su madre, por la casa pasea,
y su padre se toma una caña en el bar .
Margarita no tiene pebeteros ni pomos,
y en lugar de los sándalos y de los cinamomos,
el olor de repollo embalsama su hogar .

¿Piensa acaso en el príncipe de una tierra confusa
(Margarita es tontarria, Margarita es obtusa),
o en un hombre maduro o en un tierno doncel?
¿O en el rey del boato y la dulce fanfarria
(Margarita es obtusa, Margarita es tontarria),
que la lleve a los toros de Cacarabanchel? ¹

¡Ay, la pobre muchacha de los senos homófonos,
quiere ser una artista y comerse micrófonos,
como todo el que piensa que maullar es cantar,
y almorzar con caviares y cenar con mariscos,
y firmar mil autógrafos, y grabar muchos discos,
que a comprar va su padre, el que estaba en el bar!

Margarita no tiene refulgentes joyeles,
ni dragones rampantes, ni fogosos corceles,
ni románticas dueñas de brial y runrún;
Margarita no cumple treinta y siete castañas,
y ha de darse prisita con truquitos y mañas,
si no quiere quedarse a *the Valencia's moon*.

Y no reina en las tierras del País de las Brumas,
ni en los vastos imperios de las Blancas Espumas
con sus olas que vienen y sus olas que van.
En su vida son pocos los momentos triunfales;
solamente fue reina de unos juegos florales,
que mantuvo y retuvo, como siempre, Pemán.

¡Oh quién fuera el liróforo que en la noche rechina
(Margarita es idiota, Margarita es cretina),
mariposa que sueña en un cielo ideal,

¹ *Carabanchel*, a secas, resultaba corto, y he agregado, con el permiso de ustedes, la sílaba *ca*.

y si piensa que a tientas va a palpar el nelumbo,
al buscarlo sus manos, se le vuelve higo chumbo,
que es la máxima gala de la flora local!

¡Calla, calla, monada! -dice el Hada Violante-
(Margarita es pesada, Margarita es cargante),
en un ocho cilindros llega ya triunfador
el gentil financiero que tu amor presentía,
don José Iparraguirregorritiechevarría,
que maneja «Iberduero», «Marcabril» y «Exterior».

DON RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Voy a revelar a ustedes uno de mis más íntimos secretos; voy a hacerles una de las más apasionadas confidencias: como libros de cabecera, como breviarios de mis insomnios y salterios de mis vigiliass, tengo siempre a mano *Tirano Banderas* y los dos tomos (el tercero tiene que ser apócrifo) de *El Ruedo Ibérico*. Los alterno con *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso*, de mi paisano Miró. No es que siempre lea lo mismo, sino que cojo otras lecturas, las cato, las termino. y entonces vuelvo a mis favoritos con más gana que nunca, porque me doy cuenta de que, después de las obras que he citado, poco hay que valga la pena.

No se sabe dónde diantres nació don Ramón María. Parece ser que fue en Puebla del Caramiñal, pero bien pudo haber sido en otro sitio cualquiera. Don Ramón María, que de modesto e introvertido no tenía nada, pudo habernos dicho que nació en Samarcanda o en Tahití. Nos lo hubiéramos creído, como estamos obligados a creernos las estupendas mentiras que Valle-Inclán refirió a los que tuvieron la satisfacción de escucharle. En él se confundía la realidad con la ficción, tan juntas iban en su vida. Narradas por Valle-Inclán, hay varias versiones, a cual más peregrina, de las causas y circunstancias de su manquedad. Yo las hubiera creído todas.

Don Ramón María nació poeta; poesía hay en sus poemas esperpénticos y poesía es su prosa, su fulgurante y pirotécnica prosa, no igualada jamás. No sé -de erudito tengo muy poco- si hay algún estudioso que ha señalado como la fuente más importante de Valle-Inclán -hablo de su poesía tan sólo-, como su antecedente más inmediato, a Guerra Junqueiro. Yo creo que este portentoso y poco conocido lírico portugués fue el padre de la poesía de nuestro genial gallego. Vale la pena estudiarlo, si no se ha hecho ya.

Mi homenaje a don Ramón María es este falso poema, estos pareados ramplones que le imitan o, mejor dicho, que pretenden imitar un estilo y un lenguaje que es inimitable.

ROSA DE NICOTINA

Cuando lo expele mi turbia pipa,
el humo verde se me constipa.

Mi pipa es alma, cenit y esencia
de luminosa concupiscencia.

Tiene, aromosa, su cazoleta
gusto a narguile de la Meseta,
y en la boquilla, frase candonga
dice: «Recuerdo de Covadonga»

Si vibra limpia su chimenea
mis horas grises me colorea,
y si se obtura, yo, demiurgo,
cojo un palito, lo meto y hurgo.

Mi pipa extraña y esquizofrénica
tiene en su kharma luz ecuménica.

Si hierve el velo del humo azul,
llego en volandas hasta Estambul,
y el tubo de ámbar me huele astuto
a bayaderas *con* escorbuto.

Si el contenido me fumo en Servia,
me llena el cuerpo con la Soberbia ;

si me la fumo cerca del Turia,
es trompetilla de la Lujuria,
y es de la gula gnóstica estrella,
porque se cuece como paella.
Mi pipa, histórica, tiempos huidos
muestra en volutas a mis sentidos;
abre sus hojas de enciclopedia
con muchas cosas de la Edad Media,
y, negros, surgen entre sus cirros,
dueñas, princesas, frailes y esbirros.
y como guipa cual topo el hipo
-tripa de topo, tropo de tripa-,
deshipo y capo la hopa de Edipo,
y con un trapo tapo la pipa.

DON JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

En Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, vino a este bajo y cochino mundo don José María Gabriel y Galán. Sus padres eran labradores acomodados, tan acomodados que se permitieron el lujo, entonces inaudito, de costear al joven José María la carrera de Magisterio. O sea, que el hombre tenía sus tierrecitas y sus cuartejos.

Si don José María, cuando vio que la profesión de maestro es en España un empleo de suicidas «al ralenti», se hubiese limitado, como dijo en una carta a doña Emilia Pardo Bazán, a retirarse al campo para «cultivar unas tierras y cuidar a mi gente», la cosa no hubiera tenido importancia. Pero don José María hacía versos, versos «con argumento», y para animarle, premiaron una de sus composiciones en unos juegos florales. Gabriel y Galán toca todos los temas agrarios y borriqueros que imaginarse pueda. y son famosos -no sé por qué- sus poemas *La pedrada*, *Mi montaraza*, *El ama*, *El regreso* y aquella otra poesía cuya protagonista es la hija del

sepulturero, a la que huye todo el pueblo, demostrando lo bestia que es.

La gente joven no ha conocido cierta época en la cual muchas personas, al parecer decentes, se sabían de memoria *El embargo*. Y se lo endilgaban a los conocidos en menos que canta un gallo.

En lugar de corregir los defectos lingüísticos del pueblo, el señor Gabriel y Galán escribió muchos de sus poemas utilizando a porrillo -¡ ay, cuánto daño ha hecho siempre el color local!- el mismo léxico de los pardillos, sus incorrecciones y cateterías, su repugnante sintaxis; porque los personajes de Gabriel y Galán no hablan un dialecto, sino un castellano mal pronunciado y reventativo.

Lo siento, pero no tengo más remedio que insinuar que este famoso poeta salmantino me repatea la barriga.

EL EMBRUJAO

Hijo de mi vida,
dime qué te pasa,
dime por qué cierras los ojos dispierto,
y por qué del catre ya no te levantas;
que así está el petate
y así están las sábanas,
que negros de mugre güelen a chotuno,
y perdón te pido por la comparanza.
Y para una madre
bastante desgracia
es tener un hijo
que echa olor a cabra.
¿Por qué no te marchas de casa, llevando
cantares y coplas siempre en la garganta,
y como antañazo ya no te sonríes,
mostrando en la boca dos muelas picadas,
que aunque amarillentas y medio podrías,
ite daban tal gracia. ...!
Estás embrujao,
la sangre te falta,

o dentro e los sesos
te se vuelve horchata.
En el pueblo todos
lo dicen: la Blasa,
y la tía Jolines, que de mal de ojo
más sapiencia y cencia tiene que la «Espasa»,
porque su marío
armao de una caña
le sacó la córnea en una trifulca,
y ese mal de ojo le ha dao mucha práctica.
No pienses en ella,
hijo de mi alma.
Tú no me lo dices,
pero, manque callas,
sé que a todas horas
piensas en la Ufrasia,
que para una madre no tiene secretos
la carne que estuvo metía en su entraña.
Y es carne que un día
alumbró con ansia,
porque tú no sabes que cuando te tuve,
la cosa de fácil no tenía nada,
porque no salías,
hijo de mi alma,
aunque pa animarte
y ver si arrancabas,
te estuvo enseñando mi prima Fuencisla
un vaso de vino y una mantecada.
y yo me temía que pa echarte al mundo
tendrían que hacerme por fin la cesárea.
No pienses en ella,
que es una lagarta,
y no pué ser buena,
porque se levanta,
y, ¡Dios me perdone!, ¿sabes lo que hace?
Me cuesta decirlo... Pues coge y ¡Se lava!
Saca un cubo lleno de agua de su pozo,
la echa despacito en la palangana,
y con una cosa que llaman *pastilla* }

se refregotea, la muy descarada.
No pué ser decente
no pue ser cristiana
moza que se limpia tanto las vergüenzas,
pues si son vergüenzas no hay por qué lavarlas.
¡Que bajo la roña
se chinchen, caramba!
La costra es decencia,
y tó el que se lava
tié que ser ateo, o anarquista de esos
que le ponen bombas hasta al mismo Papa.
No pienses en ella,
que le gusta el agua,
y eso de mujeres
no es, sino de ranas.
No pienses en ella,
hijo de mi alma,
pues usa esa moza,
como las burracas,
una botellica de agua de colonia
que güele a esas hembras que están en sus casas,
y si pasan hombres
van y se remangan.

MANOLIYO MACHADO ¡Y OLÉ!

No hay poeta más cupletero y merengoso que Manoliyo Machado. A pesar de que solamente pasó su adolescencia en Sevilla, su poesía, salvo escasas y dignas excepciones, es poesía de señorito andaluz y malasombra, poesía de requiebro y caña sanluqueña en La Campana.

Antologizado con amor por manos cuidadosas -manos casi de nieve, como las del arpa de Bécquer-, se sale de madre constantemente; y se va a la facilona charanga, al ripio descarado -cuando rima pobre con sobre (preposición)- o cuando se arranca por venenosas soleares, en aquello de

Consuelo,
tu nombre me sabía
igual que un caramelo.

Fue director de la Biblioteca Municipal de Madrid. Lamento sinceramente que en tal puesto tuviera muy poco que hacer, porque de haberlo tenido, no hubiera escrito tantos versos como sobran en sus obras completas.

Aunque Manoliyo confiesa en uno de sus detestables poemas que es de la raza mora, *vieja amiga del sol* -ignoraba tales amistades-, y más abajo afirma *que te deben gloria* -no le bastaba por lo visto su puestecito de bibliotecario-, es, con todos los respetos a los eruditos y antólogos mentecatos, que se copian los unos a los otros, un poeta de chicha y nabo.

Hasta su retrato de Felipe IV, el rey poeta, es inexacto y tontorrón, porque a nadie se le ocurre llamar *generoso* al pecho del monarca que encarceló a Quevedo cuando lo del famoso memorial que apareció, por arte de birlibirloque palatino, debajo de la servilleta del rey.

Creo que mis lectores habrán adivinado que don Manuel Machado me gusta muy poquito como poeta, ¿no?

MADRIGAL

La noche, chocolate
con buñuelos de estrellas -morucha-
sobre mi pecho late
cuando te miro en ellas.

Y la mañana de oro
mis sienes desbarata
-rolliza-
y si no canto, lloro.
¡Ya ves qué mala pata!

La dulce figulina
de tu cuerpo cimbreño
-morronga-
anuncia la divina
languidez de mi sueño.

Sentada estás en casa,
nena de mis fatigas
-tía buena-,
y todo aquel que pasa
te está viendo las ligas.

Y enseñar indolente
lo que no es necesario
-iso guarra!-
resulta un indecente
medio publicitario.

HAI-KAIS

¡Qué placer!
¡Qué ilusión!
Anteayer
el limón,
al caer

hizo ¡Pon!
Y el gabán
de retor
de un señor
de Milán,
hizo ¡pan!
¡Qué dolor!
¡Vaya un plan!

María Morón
comía melón.
Su abuelo
Carmelo
un melo-
cotón.

ANTONIO MACHADO

Antonio Machado tenía un año menos que su hermano Manuel. Por lo demás, es decir, como poeta, yo lo encuentro aproximadamente igual a su hermanito, pero en vez de serlo a la andaluza, lo fue a la castellana. Antonio Machado no me gusta ni tanto así. y lo digo pase lo que pase y caiga quien caiga. Le falta al poeta profundidad, porque Machado es tan superficial como pueda ser Io Villaespesa, sólo que más pobre de medios de expresión, de imágenes, de formas, de vocabulario. Antonio Machado -ya es hora de que alguien lo diga- es un poeta pobre y triste: siempre se queda a medias en lo que quiere decir. y como todos los poetas que, desde Bécquer a nuestros días -incluido Neruda-, se entregan a las facilidades de la rima asonante o de la rima ausente, cuando intentan hacer otra cosa, la jeringan. Observemos dos cuartetos de dos sonetos distintos de Machado:

Cabalgaba por agria serranía,

una tarde, entre roca cenicienta.
El plumizo balón de la tormenta
de monte en monte resonar se oía.

Pasemos por alto el balompédico símil tormentoso. obsérvese que, aparte el obligado acento en penúltima sílaba, los tres primeros versos están acentuados en tercera y sexta. Por eso resultan monótonos, torpes y zocatos.

Otro soneto:

¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece! ¡Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca!

Los cuatro versos -los cuatro- están acentuados en la cuarta sílaba. ¡Prodigio de la entronización de *los* falsos ídolos! y en este segundo cuarteto -icasualidad de casualidades!- volvemos a degustar *el* adjetivo *cenicienta*, aplicado también a la roca. Ni rugosa, ni caliza, ni feldespática, ni calcárea, ni enhiesta, ni bravía, ni viril, ni amenazadora, ni grisácea, ni ninguno de *los* tan variados calificativos de nuestra jugosa y rica . lengua castellana: *cenicienta*. y *res más...*

A continuación va insertada una poesía imitativa de las de don Antonio. Mucho me ha costado hacerla, porque es difícilísimo caricaturizar a un señor cuya máxima metáfora fue *el arco de ballesta* que, en su curso meandroso y serpenteante, dibuja el viejo y heroico Duero.

Vale.

A UN OLMO

Olmo dorado y fresco, que caminas
por la orilla del Duero tortuoso,
que en curva de ballesta, indiferente,
va mojándolo todo.
Arbol-padre, que mezclas tus cabellos
con jilgueros y tordos,
que no sé lo que harán, pero perdido
ponen al que en tu amor buscó reposo.
Castilla cochambrosa, ayer pudiente,

se cuelga de tu tronco,
y gimnasia ojival hace la brisa
en las vidrieras de tus hojas de oro.
Olmo altivo, atalaya de los siglos
que se han deshecho, fofos,
en torno a ti, que alientas y perduras
como un milagro entre cemento y polvo
olmo de los caminos;
olmo viejo y hermoso,
algo te pediría si pudiera:
tu fruto, por ejemplo, pero ¿cómo,
si es áspero y febril como el paisaje
que alimenta tus venas de coloso?
y pedirte otro fruto, me parece
que es gratuito y obvio,
porque dice el refrán que está muy feo
pedir peras al olmo.

DON P ACO VILLAESPESA

Don Francisco, sonoro y húmedo poeta almeriense, estudió, por lo visto, en Granada. y fue en esta ciudad donde empapó sus versos en el agua que no podía proporcionarle la árida abruptez de su tierra natal.

No era mal poeta Villaespesa: un colorista, un descriptivo inquieto y sensual, una especie de Fortuny de la poesía, siempre cincelandó a punta de pluma *vicarías*, tanto exteriores como interiores.

Lo malo de don Paco es que se puso a escribir dramas en verso, que casi siempre tenían ambiente morisco. y como por una parte el arte musulmán es empalagosísimo -en tiempos de don Paco, en todas las casas había una estancia que se llamaba *el saloncito árabe*- y, por otra, aquellos dramas estaban siempre llenos de fuentecillas que corrían, cantarinas, se le mojaban los decorados y los actores cogían unos resfriados de órdago.

La obra más famosa de don Paco es *El alcázar de las perlas*, que por muchos es considerada su obra maestra. El drama tiene fuerza teatral -algo latiguillera- y emoción en muchas de sus escenas. y su versificación, propia del orientalismo abencerrajoso del poeta, es fluida y agradable al pabellón auditivo. Fue, durante muchos lustros, obra favorita de grandes actrices; aquellas comediantas antiguas que escogían obras como ésta del mismo modo que los cantantes poseían un repertorio. y tenían un público adicto que acudía para escucharles tal o cual fragmento, que ellas, gargarizantes y ritmadas, recitaban sobre el escenario con una entrega total,

como sopranos entonando el *racconto* o cavatina a la que no le faltaba ni la música.

¡Y a mí que don Paco me cae bien...!

SONETO

Esas fuentes ocultas que con triste pachorra
resuenan en la tarde que sus oros renueva,
y manan como locas, esperando que beba
la luz, que se hace pausa, desperezo y modorra.

Esas fuentes discretas a las que alguien se amorra,
aguardando una linfa con frescores de cueva,
y se lleva un disgusto cuando coge y comprueba
que el agua es desabrida, febril y calentorra. ..

Yo también he bebido en las fuentes despacio,
y al beber he notado que Granada, grandiosa,
mis versos encendía con luces de topacio.

Pero como ir en busca de la fuente no es cosa
ni cómoda ni práctica, y yo jamás me sacio,
en vez de ir al venero, trasiego gaseosa.

JUAN RAMON JIMÉNEZ

J. R. J. es nuestro mejor poeta indio. Nació muy cerca del sitio del cual don Cristóbal salió con viento fresco para las Américas. Don J. R. J. se tropezó un día con unas obras de Tagore y dijo que eso lo hacía él en castellano. Y lo hizo.

Poeta de asonancias, exquisito y colorista, J. R. J., al revés que otros genios, que en su madurez manejan un barroquismo preciosista -léase Valle-Inclán-, se propuso ser escueto. Ya fuerza de resumir y resumir, a fuerza de abreviar y concentrar, se quedó con una rosa en las manos; la rosa juanramoniana que él, con desprecio para las otras flores, se inventó para su

uso particular. Es una rosa simbólica que, de tan concentrada, se parece a los cubitos de caldo, sólo que poética.

No tiene fuerza viril J. R. J. Su poesía es blandita y delicada. y estática; mejor dicho, estática y extática, porque da la impresión de que el autor está siempre con la boca abierta contemplando su inevitable rosa.

Es J. R. J. el autor de *Platero y yo*, un magnífico libro escrito en cuidada prosa poética, lleno de tristeza, hasta cuando el poeta se pone alegre.

El poeta fue agraciado con el Premio Nobel, cosa que le pareció muy bien a todo el mundo. Ya mí. Lo que no sé es si la Academia Sueca, al conceder el galardón citado a J. R. J., tuvo en cuenta o no una circunstancia pavorosa: que si cualquiera abusa de la lectura de las obras del maestro, acaba por no saber cómo se escriben algunas palabras, si con ge o con jota.

La tarde de los jardines
se queda a solas. Se agranda
una paz que es rosa y bruma
Ensayo el eco sus gárgaras
en los rincones umbríos,
y es de cristal la campana
que toca en el oro viejo
del monte su mojíganga.

Casi es de violeta el humo
del horizonte. Resbala
la luz sobre las esquilas,
que van muriendo en la calma.
La rosa, que es toda rosa,
más rosa se vuelve. Casca
el sol su huevo postrero
y la yema desparrama.

Oscurece. No se advierte
la rosa, que abre sus alas,
sintiéndose sola y cursi.
La rosa es inmensa y calla

Hace muy bien en callar,
porque si la rosa hablara
apañados estaríamos.
En cuclillas, las estatuas
reposan. Hasta en la sopa
rosas y rosas profanas.
y entre las rosas, la rosa,
que llora su menopausia.

EL SEÑOR CARRERE

Madrileño de pura cepa fue este maestro del ripio. Según unos, nació en 1880, y según otros, al año siguiente. La fecha del nacimiento no creo que le pueda importar mucho al interesado, porque lleva ya varios años difunto.

Extraña es la producción literaria de Carrere; extraña y desgredada su inspiración ramplona y tópica. Cuesta trabajo pensar que este poeta de cafetín, prosaico y falsorro, pueda ser considerado como representativo de algo, aunque sea de lo más descabellado.

Lo único divertido de Carrere no está en sus poemas, perpetrados a espaldas de las Musas: está en su vida particular. Porque Carrere se inventó un argumento para su existencia, y representó sus puercas escenas una a una, sin salirse jamás del papel. y como si estuviera entregado a una tarea social que podríamos llamar *plan de antidesarrollo*, vivió su bohemia falsa de tugurio y tasca, lugares trasnochados que fueron forillos de su drama y ya formaban parte del decorado del acto primero de *Juan José*, de Dicenta.

Lo más exótico de su presentación en público eran las secretarias que se buscaba siempre Carrere: mozas esculturales y mórbidas, las cuales, acaso influidas por los versos pedestres y guitarreros del poeta, tenían siempre un barniz malsano, una pátina de zorras redimidas, de putas que

han abandonado la profesión y, como penitencia de sus pecados, tienen que escuchar todos los días los versos de aquel bohemio de chambergo y pañosa con olor a copa de anís y café de recuelo.

La chalina -rosa negra parida por la glándula tiroides de los poetas facilones- se secó definitivamente con el fallecimiento de don Emilio, que se llevó la última de ellas a la tumba.

Que nos espere muchos años por allí.

LA AMADA COCHAMBROSA

De nuestro astroso cariño
nos mecimos en la cuna,
y nos quedamos sin una
peseta para un pestiño.
y en los pálidos domingos
de los tristes barrios bajos,
yo besaba sus andrajos
y ella besaba mis pingos.
Con desganas de sultán,
le regalé un abanico
con una vista de Orán
y un bey bailando el zorcico.
Pero la Puerta del Sol,
a aquellas horas muy sola,
a las doce metió un gol
con su bola, con su bola. ..

La fuente triste y cenceña,
bajo la luz de luaré,
parecía un plato de
callos a la madrileña.
Para alegrar nuestros ratos
de golfería y miseria,
yo, muy serio; tú, muy seria,
comíamos boniatos.
y aquella masa que estaba
pastosa, y fue un buen banquete,
en las tripas nos alzaba

tabiques de panderete.
Pero en la Puerta del Sol
-mingo de la carambola-,
al billar jugó el resol
con la bola, con la bola. ..

Da pena que, siendo hermosa
y habiendo nacido en Rute,
con tanta miseria tú te
veas tan guarra y pringosa.
Pero todos los bohemios,
o por lo menos, alguno,
tienen de esta vida el premio
de apestar siempre a chotuno.
Y en vez de faisán con trufas
y canapés de caviar,
podrás conmigo cenar
chochos, cacahués y chufas.
Y allá, en la Puerta del Sol,
alguien hizo una mamola
y el reloj sonó a perol
con su bola, con su bola...

ÍNDICE

LENGUA CASTELLANA	13
LA OBRA LITERARIA, SUS ELEMENTOS Y OTRAS COSITAS	48
EL ESCRITOR, SUS FACULTADES Y PERENDENGUES	85
LA ELOCUCIÓN. PROSA Y VERSO	101
LOS VERSOS CASTELLANOS. SU CLASIFICACIÓN	110
COMBINACIONES MÉTRICAS CASTELLANAS	124
FALSA ANTOLOGIA DE POETAS ESPAÑOLES	155
EL CID Y SUS COPLAS.....	163
EL RABÍ DON SEM TOB.....	166
EL CANCELLER DON PERO LÓPEZ DE AYALA	169
EL MARQUÉS DE SANTILLANA .	171
JUAN DE MENA.....	177
COPLAS SATÍRICAS DE LA EDAD MEDIA	179
JORGE MANRIQUE.....	183
EL ROMANCERO	186
JUAN DEL ENCINA	196
GARCILASO DE LA VEGA.....	198
FRAY LUIS DE LEON	200
BALTASAR DEL ALCÁZAR.....	202
DON LUIS DE GONGORA y ARGOTE	205
DON FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO	209
DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS	211
DON JOSÉ CADALSO	214
DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS	216
DON FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO	218
DON TOMAS DE IRIARTE	221
MELÉNDEZ VALDÉS.....	224
DON MANUEL JOSÉ QUINTANA	227
EL DUQUE DE RIVAS.....	230
DON JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH	233
DON ESPRONCEDO	236
DON JOSÉ ZORRILLA.....	239
DON RAMON DE CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO	243
NÚÑEZ DE ARCE.....	251
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER ..	255

SALVADOR RUEDA.....	258	
DON RUBÉN DARÍO.....	260	
DON RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN		264
DON JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN	266	
MANOLIYO MACHADO ¡Y OLÉ!	270	
ANTONIO MACHADO	272	
DON P ACO VILLAESPESA	275	
JUAN RAMON JIMÉNEZ.....	276	
EL SEÑOR CARRERE	278	



JORGE LLOPIS, nacido en Alicante en 1919, se inició en el teatro como actor y estrenó su primera obra en colaboración con Tono, *La viuda es sueño*. Posteriormente ha dado a la escena comedias cómicas como *Federica de Brabante*, *Enriqueta sí*, *Enriqueta no*, *Niebla en el bigote* y *Si te mueres, nos casamos*, y ha publicado, entre otros libros, *¿Quiere usted ser tonta en diez días?*, *Lo malo de la guerra es que hace ¡pum!*, *Almas fritas* y *La rebelión de las musas*, este último aparecido en la Biblioteca Universal Planeta. En 1957 obtuvo el «Premio Internacional de Novela Legión de Humor», y colabora, por supuesto, en *La Codorniz*.

LAS MIL PEORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA es, como dice el propio autor, un «libro de texto apócrifo» cuya finalidad es «la crítica donosa y el suavito cachondeo de las reglas y normas que aprietan de lo lindo a los poetas, apretón que se llama preceptiva literaria». Jorge Llopis va pasando revista a toda la historia de la poesía española, desde la Edad Media hasta nuestros días, dedicándose a comentar con desenfadado humor las principales formas poéticas y sobre todo dándonos parodias deliciosas de los más insignes vates del país. Desde el *Poema del Suyo Cid* a los hermanos Machado, éste es un envés grotesco e hilarante de respetabilísimos manuales que suelen carecer del más elemental sentido del humor.

La nariz/14

POLICROM, S. A. - Barcelona